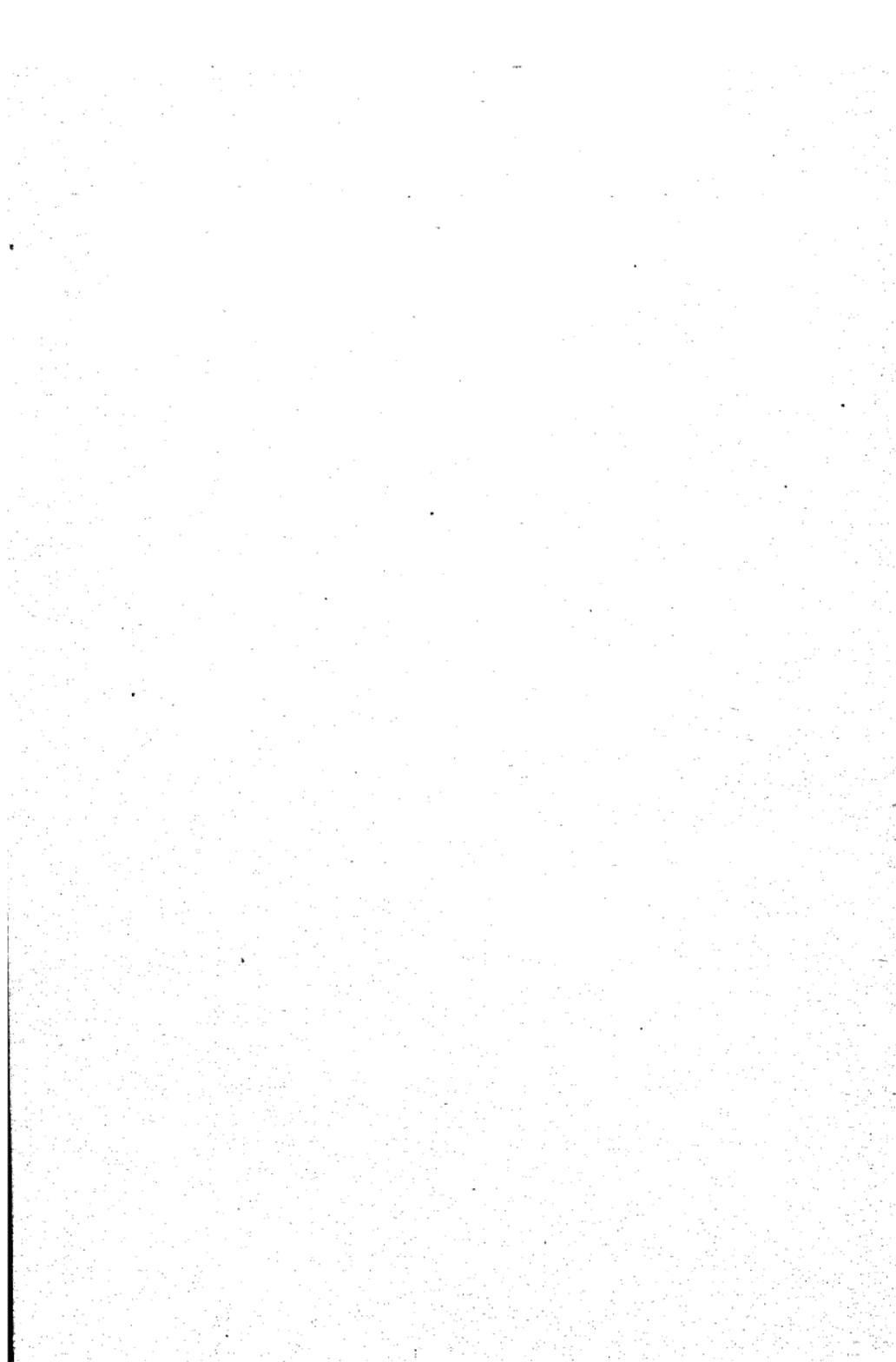


COLORÍN COLORADO
CUENTOS



17 oct.

R. 71.767

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, Pbro.



Colorín colorado

CUENTOS

(SEGUNDA EDICIÓN)



SEVILLA
IMP. SOBRINO DE IZQUIERDO
FRANCOS, 43-47

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ejemplares que marca la Ley.

Al Excmo. y Rvmo. Sr. D. Enrique
Almaraz y Santos, Arzobispo de
Sevilla.

*Primera obra literaria que lanzo
a los cuatro vientos de la publicidad
en vuestro Pontificado, esta colección
de cuentos debe ser dedicada a V. E.
Reverendísima.*

*Y no porque valga dos cominos,
ni el autor se proponga medro ni
grangería con la dedicación: es que
si como sacerdote y como Capitular
estoy con mi Prelado, también quie-
ro que se entienda que lo estoy como
artista... dado que yo merezca tan
glorioso nombre.*

*De todos modos, Excmo. Señor, es
mi firme voluntad que vaya al fren-*

*te de esta obrecilla vuestro augusto
nombre. ¡Ojala la cobije tan buena
sombra, como óptimo es el árbol a
que la arrimo!*

*De V. E. Rvma. leal servidor, que
le besa el anillo pastoral,*

Juan F. Muñoz Tabón,

Presbítero

Sevilla, Julio, 1908.

CRIPTOGRAFIA

I

La fachada de la taberna estaba ruïnosa. El balcón principal que, sobre ser de *a cuerpo*, se hallaba desnivelado como la boca de un hemiplético y amenazando declararse en huelga, necesitaba como el comer siquiera una peonada de albañilería... Pues ya, para eso, agrandarle el hueco y colocarle la reja, que arrumbada en el zaquizamí no servía para otra cosa que para que pelaran la pava a través de sus hierros las pudorosas *ratonas*, requeridas de amor por los ratones en estado de merecer, que, empinando el elegante rabo, les rondaban, suspirando, el paterno agujero.

Pues nada: a llamar al maestro Manuel,

Miguel Angel de cabo de barrio, capaz de hacer un Vaticano en media hora, cuanto más un chapuz de mala muerte como el que había concebido «en su soñadora fantasía» seño *Juaquín er del Agua*, como era llamado por mal nombre el tabernero, dueño a la vez que morador de la finca.

Y se llamó al maestro Manuel y vino sin demora. Se enteró del proyecto; hizo sobre el mostrador de la taberna el plano de la obra, valiéndose de su dedo índice mojado en su saliva; y, como pareciese de perlas al tabernero, se procedió «a la inauguración de las obras», trayendo una escalera de mano de la casa de enfrente, subiendo a ella el albañil y empezando con el pomo del palaustre a hacer un recorrido por toda la erupción de caliches, levantiscos de carácter, que había en las fronteras del balcón.

Entre éste y la puerta de la casa sobresalía un chichón enorme, donde una mata de resedá tenía asentados sus reales, sin permiso, por supuesto, del dueño de la finca, cometiendo ese pecado de arbitrariedad que se llama en el Código *allanamiento de morada*, y que debiera lla-

marse en el caso presente *abultamiento de fachada*.

—¡Abajo ese matojol—fué el decreto de ostracismo por *señó Juaquín* formulado. Y he aquí a la inofensiva y olorosa parietaria entregada «al brazo secular» del maestro Manuel, que la arrancó de cuajo, trayéndose de camino un témpano de caliche del tamaño de un plato servilletero.

Por cierto que sobre el muro aparecieron dos enormes caracteres, hechos con roja almagra y que tenían el primero de ellos forma de N, y el segundo las trazas de una K.

II

Señó Juaquín el del Agua había oído mil infundios acerca de cacharros que habían estado sirviendo de ponedero de gallinas, y que luego resultaban ser la pila donde Matusalén, nada menos, se había bautizado, razón por la cual los ingleses habían dado

por adquirirlo el oro y el moro. Había oído hablar de papeles manuscritos, hartos de rodar por los estercoleros, y que luego después eran la carta que Adán había escrito a Eva pretendiéndola, por donde otros ingleses (siempre estos compradores son naturales y vecinos de las nebulosas márgenes del sombrío Támesis) habían dado a tocatejas no sé cuántas *arrobas esterlinas*, porque libras es poco; y sabido de inscripciones murales, al parecer despreciables y baladíes, que otros ingleses buscaban punto menos que como las margaritas el mercader del Evangelio, dispuestos a sacar de pobre al que quisiera venderles la piedra, el azulejo, o el muro donde se hubiese perpetuado aquel pedazo de historia hasta aquellos instantes desconocida.

Señó Juaquín, por consiguiente, vió en aquel desconchado el cielo abierto, en cada letra una mina, y en el letrero resultante un potosí.

—¡¡Cudiaito por Dios, maestro Manué!!— empezó a decir, tembloroso de emoción.—¡¡¡Con tiento, Santos Varones!!! Ale-vante usted ese caliche de la disquierda, pero

que no paezca la discrición, que está ahí er pan de mis hijos y er *porventí y jasta er noticiero* (1) de una casa 'e familia... Y si no, bájese usté... ¡¡¡Cristiano 'e Dios!!!! ¡no pegue usté tan errecio, que no está usté en la muralla 'e la Macarena! . ¿Po no se ha creído este hombre que la suerte se la jalla uno tos los días?... ¡Na, bájese usté ya de ahí, y otra vez péguese usté en las niñas 'e los ojos, pa que aprenda usté a tener cudiao con las cosas elicás... Jágase usté cuenta de que eso es la Reina; de que tiene su merced, o su majestad, o como se diga, un deo malo, y de que tiene usté que arrancarle una postilla con er palaustre...

Y en esto se desprendió hacia la izquierda otro caliche, apareciendo entonces otras dos letras, que, unidas con la primera de las de la primera aparición, daban por resultado esta palabra:

PAN K

—¡Por los clavos 'e Cristo, maestro Manué!—siguió diciendo el tabernero, casi

(1) Periódicos de Sevilla.

con lágrimas en los ojos:—Si usted no sabe desir misa, bájese usted de ahí. ¡Misté que eso tiene que ser der tiempo de los moros, y contimás y mucho, quisá lo haigan jecho los ángeles, como a la Vigen de los Reyes!... Hoy debo yo de está en grasia 'e Dios, cuando Dios me ha mandao sin yo buscarlo ese premio gordo de Naviá. Porque eso quíe desir, pa que usted se entere, que hasta ahora no he tenío yo mi pan seguro; y que usted no lo perderá, ¿está usted? De móo y manera que, como er que está bordando al lausí, siga usted alevantando esos caliches, ¿está usted? ¡Pero 'tire usted er palaustre, hombre de Dios! y na más con la uña, y si quíe usted unos guantes, ahí están los que yo me pongo cuando me visto de nasareno.

—Misté, señó Juaquín—replicó el albañil amostazado:—que no está usted tratando con ningún inorante ni con ningún maleta: ¿está usted? que con este palaustre que vé usted aquí, soy yo capaz de curá unas cataratas, contimás de arrancá un caliche esespegao. ¿Vé usted qué fásis?

Y apareció hacia la izquierda otra A y parte de otra letra, que, tras no corto rato

de meter el albañil con mucho tiento la punta de la herramienta consabida por entre el muro y la capa de caliches, resultó ser otra K, que unida con las otras, formaba esta palabra, de no se sabe qué idioma:

KAPAN

quedando sin complemento, tras un espacio en limpio, la K del descubrimiento primitivo.

Yo no sé qué cara pondría Baltasar, al ver durante su sacrílego banquete aparecer sobre el muro la mano misteriosa que escribió el sabido mote traducido o descifrado por Daniel; pero dudo yo que fuera tan de ansiedad suprema y de interrogación infinita como la de señó Joaquín, al ver claro, legible y sin detrimento el mote revelador de su deshecha suerte, la mágica palabra, el conjuro infalible que había de franquearle los inexhaustos tesoros de los riquísimos hijos de la blanca y próspera y acaparadora Albión.

—¡KAPAN! ¡KAPAN!—murmuró para sí.—Po siga usté escubriendo, maestro Manué, a vé quién demonios eran esa gente; pero con cudiao ¿eh?... ¡misté que es cosa mu delicá!

Y rascando, rascando, hacia la derecha, apareció otra A, y después una L, y finalmente otra A, y señó Juaquín leyó, con ese escalofrío precursor del entusiasmo:

KAPAN KALA

—Lo que farta averiguá es quién sería este Cala. Lo otro está bien claro. Con que no sea argún primo de San Fernando, o arguno que tuviera aquí un tesoro... pero siga usté escubiendo por tó arreó, a ve si dice aonde está. ¡Valiente mantón de Manila—empezó a decir a su mujer, que se asomó a la puerta en aquel instante:—valiente mantón de Manila er que te voy a comprá pa esta feria de San Migué, ama 'e la casa de la moneal... ¡Tú ves ese letrero que está ahí, que paese que lo han pintao con un sepillo 'e betún? Po eso tiene mucho mérito, pa

que tú te entere; y asín son las pinturas 'e Murillo... na más cuatro berriones endeje serca, y cuanto se da un paso atrás, se vé jasta la campanilla de la imange, aunque tenga la imange, la boca serrá y la cara güerta... ¡¡¡Por la Virgen de la Esperansa, maestro Manué ¡espasito y güena letra!...

Y con el mismo cuidado con que pudiera rasurar al rey el aspirante a barbero de cámara, siguió el maestro Manuel rascando con la punta del palaustre los contornos del letrero.

Pero en vano: la frase no crecía ni poco ni mucho; como si fuera dictada por un áspero hijo de la sobria Laconia, dejaba a un lado toda las superfluidades y rimbombancias, para seguir diciendo ni más ni menos que lo ya dicho:

KAPAN KALA

III

Señó Joaquín el del Agua fué a ver al boticario de la esquina, que tenía fama de

sabijondo y de licurgo, y que se pintaba solo para dar con la clave de los más revesados jeroglíficos. Y vino el boticario y se caló sus gafas, y se puso a leer, con ambas manos a guisa de visera, pero sin poder descubrir en veinticinco minutos largos de talle más que lo ya descubierto: el claro como la luz del medio día KAPAN KALA, que, como todo lo que está a la vista, no necesitaba anteojos.

—Pues amigo, yo no sé qué quiere decir esto—dijo al fin y a la postre a señó Joaquín, que sin mirar ya al letrado, solamente miraba al rostro del boticario, ganoso de sorprender en el gesto, en la mirada, en el más insignificante movimiento, que había ya despejado la anhelada incógnita:—quiere decir que yo pensaré esta noche y hasta me asesoraré de personas peritas, a ver qué viene a ser esto.

—¿Entonse cree usted que los ingleses no querrán ya comprarme la casa?

—Hombre, todo pudiera ser. El mote es raro, la lengua es para mí desconocida... esa abundancia de kaes me parece desde luego árabe... por otra parte los caracteres

tienen algo de griegos... En fin, yo estudiaré... Si acaso daremos parte a la Academia de la Historia y...

—¿Entonse cree usted que se podrán tomá por la casa ochenta... (digo) cien miraduznos?... Si le parece a usted poco, se pía más.

—Ya veremos, ya veremos.

IV

Y el boticario se llevó toda la noche revolviendo infolios, hojeando diccionarios, libros de epigrafía... todo lo revoluble, y pase la expresión; y como ya a las tantas del día siguiente no hubiese sacado de sus investigaciones sino poco más o menos que lo que el negro del refrán sacó del sermón, escribió aquella tarde a un señor muy erudito, amigo suyo, el cual se personó en el lugar del suceso no bien hubo leído la epístola reveladora del hallazgo.

Este se vió con otros, pues tampoco atinaba con la clave. Estos con otros, y otros con ciento; y eche usted tratados de paleon-

tología abiertos sobre las mesas, pues los caracteres de la inscripción ni eran definidamente romanos, ni góticos, ni monacales, ni tenían fisonomía determinada; y cálculos por aquí, y cábalas por acullá, y la prensa local tomando cartas en el asunto, y ofertas al dueño de la finca por parte de los anticuarios de la plaza, pero ofertas del doble y hasta del triple del valor del casuco, y el amo haciéndose de pencas y dejándose querer, y mirando por encima del hombro a corredores y marchantes, y diciendo con supremo desdén a uno que llegó a ofrecerle nueve mil duros:

—¿Conque nueve mir duros, eh? ¡Vamos: usté se ha creío que la casa santa 'e Jerusalén la he robao yo, y quié usté dí conmigo a la parte! ¿Usté sabe, cristiano, lo que quié desí ese renglón, como er que no quié la cosa? Ya quisiera

er trisagio que Isaías
oyó cantar en er sielo

desí la mitá 'e las cosas que disen esas nueve letras que vé usté ahí... ¿A mir duros por

letra?... ¡por cá ladrillo me los han de ofrese y no he de querer darla! Con que espéguese usté ya, so jambrón, que yo no me 'he güerto loco pa vendé el Arcása, como si fuá una grillera 'e lanse.

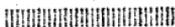
V

La arqueología local se dió al fin por *cachifollada* y tuvo que recurrir a su hermana mayor la de la corte, la que, con fotografías de la inscripción a la vista, revueltos mil mamotretos y cincuenta mil libracos, declaró que aquello era indescifrable: que ni aquellas palabras tenían raíz en ningún idioma, ni aquellos caracteres, vestigio ni precedente en ninguna escritura, a partir de la cuneiforme y primitiva, hasta la taquigráfica de actualidad palpitante.

¡Virgen llena de gracia, qué desilusión!
Post Nubila, Foebus, decían los antiguos: tras las tinieblas, la luz; y aquí tuvo cumplimiento el consolador adagio, pues adonde la ciencia más subida no pudo remontarse con su vuelo de águila, se remontó

de un salto la prodigiosa retentiva de señá Antonia la Curandera, arsenal de noticias y biblioteca de *omni res scibili* en el barrio, que, impedida en su sala del corral del Conde, se hizo llevar en silla gestatoria, cuando se hubo enterado de la *tremontina*, para explicar el misterio a tantísimo *bruto* (fueron sus palabras) que no sabía de *leé*.

—Más claro, agua—empezó a decir a la apiñada muchedumbre, que se había rodeado a su sillón como los antiguos pueblos en derredor del trípode en que se sentaba la pitonisa délfica para sibilar:—más claro, agua. Cuando yo me criaba, ahí vivía señá Hiniesta la Yesera, que tenía una calería, y ella misma lo escribió, y bien claro que estaba. KA, ca: PA, pa: NCALA, encalá. ¡Ca, pa encalál eso es lo que dice ahí. Si los señoritos de ahora no saben de leé, yo no tengo la culpa.



HAZ BIEN...

I

Venía de El Rocío el alcalde de Hinojos.

Su mujer había estado muy malita. Tan malita, que hasta le habían dado... *eso que es peor todavía que su Majestá* (fué la frase de la que me lo contó, y que, por no acordarse en aquel instante de la palabra santo óleo, se valió de esa perfrasis blasfema, aunque no sea más que materialmente), y el alcalde había «mandado» llevar a su consorte en cuanto convaleciera, a dar las gracias a la Virgen de las marismas de Almonte, en aquel Pilar de la Andalucía baja, en aquel acreditado Lourdes de la provincia de Huelva.

En una yegua torda, con aparejo re-

dondo, adornado de flecos el ataharre a la árabe usanza, delante las alforjas valverdeñas, asaz más aliviada de peso que la tarde anterior, y casi en la misma cruz de la caballería un *perrenguillo* lleno de agua del pozo de la Virgen, venía escarranchado como un patriarca el señor alcalde de mi lugar, trayendo a las ancas de su cabalgadura a la señora alcaldesa, con más ganas de meterse entre sábanas que de otra cosa, pues tres leguas de camino para allá, y para acá cerca de dos, amén de haber andado de rodillas y en cruz por doce veces la nave del santuario, son para dejar a un pobre convaleciente sin hueso que bien le quiera en muchos pares de días.

Saliendo de las marismas, y casi casi entrando en los pinares (porque hay que tener en cuenta que en el término de Hinojos hay muchos pinos)... pero hagamos un poco de historia, como hoy se dice.

II

Tantos y tantos y tan famosos pinares hay «en el pueblo que me vió nacer», que ser alcalde de Hinojos es más pingüe y de más medro que ser virrey de las Indias. De aquí las luchas intestinas, las intrigas de política de campanario entre cuantos vecinos son *alcaldables*, y el odio de Caín que los divide y que ni la misma muerte es parte algunas veces a extinguir por entero.

Yo no sé si por pinos o por no pinos, estaban enemistados hasta más no poder el alcalde anterior, Antón Dornajo, y el alcalde de nuestro cuento, Pero Pere; tanto, que hasta había habido estacadas desmochadas e incendio de pajares con no sé cuántos desaguizados más por parte del Dornajo contra su inofensivo sucesor en la alcaldía, incapaz de hacer daño a un mosquito, aunque no, y valgan verdades, tan inapetente ni desgana-do que no se le alegrasen las pajarillas cuando podía meter la mano en lo de Propios. ¡Debilidades humanas, qué quiere usted! ¿Quién al andar con miel no se chupa los dedos?

Antón Dornajo era rico; pero de esos

que traen mucho *po lante*; quiere decir, una labranza de lo más bien montado, un tráfico de cereales y una arriería de aceite que era un río de oro, y una ganadería caballar y vacuna que *enublaba* el sol.

En cambio, Però Pere no pasaba de ser un *pelentrín abrigaito* que cogía su *piojar* (pegujar) y labraba sus contados olivos, sin más ganadería que la yunta de bueyes de la carreta y la canga de mulos para el arado, la yegua torda de silla y otra yegua de cría en las marismas del Palacio, la *Lucera*, próxima a «multiplicarse dividiéndose en dos», a creer en los aforismos proféticos del yegüerizo, que había transmitido al dueño de la res «el parte oficial» del cercano alumbraimiento.

Però tornemos a nuestra retahila.

III

Cortando a campotraviesa la marisma que llevaba en arrendamiento Dornajo, venían Però Pere y su mujer cerca de los pinares, cuando, al pasar por junto a un *ojo*

de los mil que las aguas llovedizas suelen formar en aquellas inmensurables planicies, vieron un pobre caballo... o yegua, hundido en el barrizal hasta más de media anca, que, forcejeando en vano por salir, y hundiéndose más, mientras más se movía, alzaba la cabeza en ademán suplicante como el que está en las ansias de la muerte, demandando con la vista y hasta con pañideros relinchos auxilio de tercero en el apretado trance en que su mala ventura lo había atascado.

—Anda, judío: bien empleo te está. ¡Anjolá fueras tú!—fué la jaculatoria que enderezó la alcaldesa al ausente Dornajo a vista del animal, que, desde luego propiedad suya, zozobraba y se hundía en aquel mar de fango.—¡Si quisiá Dios que te se ajogaran tantos como ramas me cortaste en mi olivá, que lo que era mesté es que te se hubián caío las manos y la jacha encima, o que te hubiá salío un panaizo en ca deo que te lo hubián tenío que cortá de arraiz pa que no te hubián podío arretoñá en titita la vía 'e Dios, y tuviá yo er gusto de verte con dos zoquetes como majas 'e mortero!...

—Anda, mujé, eso es maña 'e judíos.

¿Qué curpa tiene este pobre animá de que aquer mala sangre nos haiga jecho daño? Voy a bajarme a vé si lo puo sacar. ¡Animalito!

—¡Me escasaba contigo pa toa la vía, si lo jicieras! ¡Tuvía que vél... ¡Anda y que se le ajogue jasta el ánge 'e la guarda! Güeno que no le degüérvamos mal por mal, porque eso no es de cristianos; pero jacerle tanto así de bien, que se lo jaga la sinvergonzona 'e su madre... ¡Na: no! ¡ni que lo pienses!

—Pero mira, Manuela, que esto es jacerle daño. Que dejarle morí una bestia que con un estirón está sacá, es iguar que mársela.

—Esas son ya muchas alicantinas ¿estás? Lo cierto ello es que acá no tenemos obligación ninguna de rabearle a naide las bestias que se le atasquen a ca hijo 'e vecino. ¡Que la rabee él con la peana 'el arma!.. ¡Asesino, ladrón, hijo de la gran roá, que me ha esmocho cincuenta y tres olivos como cincuenta y tres macetas de arbajaca, que por poquito largo er pellejo der disgusto, y si tú fuas otro...

—Po ¿y qué? yo no tengo corazón pa vé padecé a un animalito...

—Po vámonos pa casa, y con eso no lo ves.

—ni pa jacé con mi prójimo lo que yo no quisiera que jicieran cormigo. Suértame, que me voy a echá abajo.

—¿Qué te había yo de sortá a tí, pa que le juntes el rabo ar cochino gordo? ¡Que ca uno se arrasque con sus uñas!

—Jaz bien, y no mires a quién.

—¡Qué regüen predicaor pa la Virger der Valle, hombre! ¡Lástima que manden por él a Sevilla, estando tú en er pueblo!... ¡Pero?... ¡Nal ¡que se le puso bajarse, y se bajó!

IV

—Pero mira que es también fuerte cosa que has 'e tené siempre gusto en quebrarle a una los ojos... ¡Po como te llenes 'e fango, verás!... ¡Unos carzones nuevos, y unas botinas estrenándola!... ¡Asina! ¡Métete bien en er fangá, pa que cojas un pasmo!... ¡¡Que

te estás tú también jundiéndote, criaturaaa!
¡Sí! ¡en cuantito le amarres er cabresto, la
vas a sacá! Miá no te se caiga de la mano!...
¡Sí! ¡Estira con toa tu fuerza, que lo que
está de Dios lo güerve atrás cualesquiera!...
¿Vaya, que te se rompe er cabestro con esos
estirones?... ¡¡¡Jesucristo, y qué culá más rea-
tró!!! ¡Anda: bien empleao te está, por ha-
berte metío a redentó y en lo que no te va
ni te viene! ¡Me alegro y me retealegro, pa
que otra vez jagas caso de mí! Lo que yo
siento son los carzones, que van a queá pa
vestí a un Júa... ¡Anda, vámonos pa casa!
¿Otra vez?... ¡Pero que retestarúo seis los
hombres! ¡Aluego dicen que si nosotras!...
¡Miá qué suores, con cá goterón como una
arvellana armericana, y tó pa er demonio!...
¡Sí! ¡esnúncate ahí trabajando! ¡Pa bien agra-
decío!... ¡Na! ¡que te has empeñao en salirte
con ella, y te van a dar las ánimas 'e la no-
che estira que estira!... ¡Sí! ¡pégale al anima-
lito! ¡güen corazon!

— ¡A tí sí que era mesté romperte los
jocicos con una tranca, por jablaora!

¡¡Que te jundes otra vez!... ¡Dios, qué
sarpiconazo!... ¡Mardecío, que la sacó!...

V.

—¡Ay Pedro de mi arma, que es la Lucera!... ¡Mira er jierro en la culata!... ¡Un milagro! ¡un milagro de la Virgen del Rocío!... ¡Mírala por este laol! ¡Na: un milagro de la Virgen del Rocío, Madrecita mía, que te voy a mandá decí una Misa, que te vas a queá estroncá!... ¡Digo! ¡y que ésta está pa er mes que viene!... Miá, Pedro, que es mesté llevárnosla pa casa, pa lavá este animalito y que coma er arma mía, que sabrá Dios *los meses* que se habrá llevao aquí... ¡Ay Pedro de mi arma, y que rebién que jiciste con bajarte, y ahora me alegro que no me echaras cuenta en lo que yo te decía!... ¡Na! ¡el hijo pródigo! ¡la Lucera, que ha nació hoy de la gracia!... ¡Setenta duros como setenta soles, que se puen tomá por ella pa feria de Manzanilla!... ¡Cuando te digo que no quió pensá que se nos hubiá muerto como un perrito en

estas marismas 'e Dios! .. Miá tú por donde la Virgen del Rocío... ¡si te lo tengo dicho que no hay otra en titita la España, ni en titito er mundo!... nos endirgó pa acá, que ca vez que magino en un milagro tan repapable, se me pone er pelo 'e punta; (porque milagro los habrá en er mundo, pero lo que toca como este, mentira y requetementira) y debíamos comprarle a la Virgen un milagro con la Lucera ajogándose, y tú tirando der cabresto, y a mí era menesté ponerme tamién...

—¡Jablando más que cincuenta mil cotorras pajoleras, que no te has 'e callar ni en er *carnatu* 'e la misa! ¡Déjate de milagros y de pinturas, y siempre que pueas ¡ijaz bien, y no mires a quién!!

VI

«Allan dose laves tia depeDro Pere

atascada en uno jo, su mujé la en comen
do a Ntra. Señora del Rosío yse sarbo Mi
la Grosa mete.»

Tal rezaba un *milagro* que al siguiente
«Rocío Chico» apareció junto a la puerta del
camarín de la Virgen.





EL ROCIO (1)

AL SR. D. TOMÁS MUNIZ Y PABLOS, PBRO.

Empedernido serrano, de todo mi cariño: No me gusta vaciar al papel impresiones fiambres. Pero bien sabe Dios y bien te consta a tí que desde Pentecostés hasta ahora no he tenido ni un día de vagar para escribir las mías sobre el Rocío.

Mas como nunca es tarde si la dicha es buena, allá van, salgan como salieren; pues en Dios y en mi ánima que siento algo así como resquemores de conciencia en la mía de andaluz y de *artista a mi modo*, por no haber dicho cuatro palabras acerca de esa fiesta re-

(1) A propósito del cuento que antecede, y para que nuestros lectores de fuera de la Andalucía baja puedan formar idea de lo que es la renombrada romería de Rocío, insertamos el presente artículo, que en realidad de verdad no debía figurar aquí, toda vez que no es cuento, y colección de cuentos es lo que hemos prometido en la portada.

gional, típica cual no otra, y genuinamente andaluza, que ni hecha de encargo; regocijada y alegre como unas castañuelas, y piadosa e inocente como un ex-voto.

Quizás a tí, hijo de las montañas, criado entre picos y barrancos, de gustos alpestres, como Alarcón, y entusiasta de los panoramas a vista de pájaro, como Pereda, no te gustara, si llegases a verlo, el escenario del Rocío. En cambio, a mí, hijo de los arenales de Hinojos, criado entre pinares de verdor paradisiaco y de bravura pónica; entre olivares cenicientos y melancólicos como los de Grecia (y como los de todas partes; pero un golpe de erudición de cuando en cuando viste muy bien), y entre pródigas viñas, verdes como la esmeralda y lozanas y frescas como no lo serían ni las de Falerno ni las de Chipre, que no se sulfataban; hijo, en fin, de la campiña y adorador de las llanuras sin límites, de las lontananzas monótonas y de los océanos de mieses, el teatro en que se desenvuelve el Rocío me enamora, llegando a constituir su principal encanto para mí, dadas mis aficiones, aquella inmensa planicie en que el dorado Febo se enseñorea, como un rey en su salón del trono; aquella inmensurable marisma, fértil de pastos como las decan-

tadas orillas del fecundo Nilo, y húmeda, fresca, líquida, como la llamaría Horacio, más que las mismas Bayas de sus divinas odas.

Me entristecen las montañas y me acongoja el mar... ¿Que si me acongoja el mar?... Mira: no se lo digas a nadie; pero tengo tal horror a las grandes masas de agua, que cuando me lavo los pies, me pongo salvavidas. Déjame, pues, regodearme con el placido recuerdo de las llanuras del Rocío: mar de tierra apretada por la grama tenaz, aterciopelada a manchones por el heno aromático que crece en ella, fino más que el plumón de los cisnes de la laguna de Santa Olalla, y llena por todas partes de saguazos y murtas, lentiscos y retamas, palmas y peruétanos, romero y almoraduj, jaras y tomillos, que exhalan aquel *odor agri pleni*, olor a campo lleno a que olían en el Génesis las vestiduras de Esaú.

Tal olían el lunes de Pentecostés del corriente año en que salí de Hinojos, camino del Rocío,

Con el fin de predicar,

como dice la copla de San Francisco Javier.

Eran las cuatro de la mañana cuando montaba en la yegua sobre la que había de

tirarme al colectivo las tres leguas bien corridas que median entre Hinojos y el Santuario, escoltado por mi hermano Javier, taciturno acompañante mío en todas mis excursiones ecuestres por aquella comarca, y esperado en la Cruz del Valle por Bartolo Pichardo y Topare su compinche, y el Zapatero y su hermano Cadoro (1), que, sabedores de que yo iba, quisieron aguardarme para ir todos juntos a la buena de Dios.

Por cierto que en las inmediaciones del Arroyo de la Mayor, hubieron de darnos alcance Romualdo Merino con su huésped de Carrión José María Arenas, quienes, tras el saludo de ordenanza, celebraron e hicieron celebrar su incorporación a nuestra caravana con reverendo trago de aguardiente. No sé ellos: lo que toca los míos habían celebrado ya de idéntica saludable manera todo lo celebrable... ¡Qué bebieron, Virgen del Valle!

(1) No estará de más una nota explicativa del nombre de Cadoro. El tal Cadoro se llama José, Pepe; y hay una copla que dice:

Por un Pepe que adoro
Me ponen guardias.

—¡Pepe! ¡Pepe q' adoro!—le dijeron cierto día para llamarlo. Y Pepe Cadoro se le siguió diciendo por un poco de tiempo, hasta que, desapareciendo el Pepe, quedó el Cadoro.

Tú sabes que yo no cato bebidas alcohólicas: me hacen daño. Pero lo que tú no sabes es que mucho más que ellos con sus frecuentes libaciones, iba gozando yo con sus pintorescos diálogos y sus donosos desafíos; sus carrerras a canpotravesía persiguiendo los conejos o liebre que

Por entre unas matas
Seguidos de perros,
No diré corrían,
Volaban

en busca de la ciudad de refugio de sus respectivas madrigueras.

Topare, con ayuda de sus perros, cazó uno; dando con él, vivo aún y palpitante, monumental conejazo en mitad de la mismísima jeta a su primo Cadoro, quien se desató en dicterios contra el agresor, capaces de hacer desternillarse de risa al mismo conejo, muerto por la conmoción cerebral que le produjo el choque contra la susodicha jeta del tal Cadoro.

(Nota) Cadoro estuvo en la última guerra de Cuba herido de una bala en la mano derecha. Con otro camarada, natural de Almonte, también herido, prometió a la Virgen del Rocío ir anualmente a su fiesta si sanaba.

Cadoro volvió sano y salvo y con una cruz pensionada, se ha casado en Hinojos como un hombre de bien, y cumple como bueno lo prometido.

—Si no pueo dí a cabayo (decía), en burro pajolero. (El epíteto aplicado por él a la inocente cabalgadura era mucho más enérgico); y si no lo pueo arquilá, ni jayo quien me lo empreste, iré andando ¡.....! (Aquí una interjección). ¡Don Juan, usted ispense!

Pero hablemos de la fiesta.

Aunque parezca contrasentido lo que voy a decir, yo declararí la fiesta del Rocío *monumento nacional*, para que ninguna mano aleve la adulterara, quitándole su sabor genuino, su color local, su espíritu, su fisonomía, su carácter, carácter que hasta ha dado lugar a la creación de un adjetivo corriente por allí: el adjetivo *rociano*, que equivale a bromista, divertido y rumboso, y que recomiendo a mi amigo Rodríguez Marín para su *Diccionario de Andalucismos*.

Pues sí: monumento nacional declararí yo, a poder, la fiesta del Rocío; fiesta por antonomasia del Condado y del Aljarafe; fiesta a la cual se va en carretas todavía, como iban los comediantes que llevaba Tespis por los pueblos helénicos; fiesta en que sue-

na a todo pasto el tambor y la gaita pastoril (la *tibia* de los latinos), como en las verdes y frescas umbrías de la Arcadia; en que se guarda la abstinencia del sábado de Pentecostés, como en las catacumbas y se bebe su *mijita* de aguardiente... como en todas las fiestas andaluzas. ¿Qué quieres, hijo? Así somos. El aguardiente, como la Academia de la lengua, limpia, fija y da esplendor a todo lo andaluz... y a todo lo humano; pues, según tengo entendido, en todas partes cuecen habas.

Lo que pudiéramos llamar la inauguración de la fiesta, la apertura oficial del Rocío, es lo que se llama allí la *Entrá de las hermandades*, que tiene lugar en la tarde del sábado,

Que llueva, que ventee,
Que jaga frío.

Espectáculo es éste el más hermoso de toda la romería, visto el cual, son no pocos los que se vuelven a sus casas, hasta el año que viene, si Dios quiere y vivimos.

Imagínate un grupo de ginetes con su silla vaquera y su manta de caireles, como la del *Tren expreso* de Campoamor, escoltando al Mayordomo de la Hermandad, que

entra, portador del estandarte *de color de esmeralda*, como el de la tribu de Judá, caballero a su vez en recortada jaca, o bien dibujada yegua, con su traje de majo, por supuesto, y su hija, o su hermana, o su mujer a las ancas, por de contado, precedido indefectiblemente de uno o dos tamborileros, como de heraldos de honor, y de dos o tres o más jayanes que disparan cohetes, ruedas voladoras y... ¡hasta luces de bengala! a las tres de la tarde de un día de Junio. ¡Viva el rumbo!

Por el Rocío grande (1)
Vamos entrando,
Cogiendo clavellinas
Y haciendo ramos.

Y echa luego, detrás del pintoresco grupo de jinetes, carretas y más carretas, entoldadas de blanco, como palomas, con sus cortinas de encajes en frente y culata, y sus flores contrahechas, y sus guirnaldas de follaje, y sus cadenas de papel de colores como adorno y sus bueyes con fajas y moñas, con collares de campanillas y frontiles adornados de lazos y hasta de espejos, y su apuesto carretero delante, al hombro la agujada con

(1) Hay otro Rocío chico: el que se celebra en Agosto por voto de Almonte.

su moña en la punta, vestido con lo mejor y más majo del arca, y oyendo la indirecta que desde dentro de la carreta le canta desenfadada Altisidora:

La carreta y los güeyes
Son de mi padre.
Er carretero es mío:
Dios me lo guarde.

Porque aquí considerarás, alma devota, cómo en cada carreta va una fiesta ambulante. ¿Sus elementos constitutivos? Fulanilla, que toca la guitarra como los propios ángeles. Menganita, que repiquetea la pandereta, haciendo por todo el parche un viaje circular con el dedo de enmedio humedecido en su saliva. Zutana, Perengana y la de más allá, tocadoras de castañuelas y cantadoras a la vez como grillos orejeros... por más que eso de cantar en la entrada de las hermandades es de la guitarrera, de la panderetera, de las que van de *buenas mozas* en la culata, de las que van tocando los palillos o batiendo las palmas... de todas, en fin, las que sienten en su pecho el amor patrio, y quieren dejar el pabellón de su pueblo a la altura tradicional de los años anteriores; porque hay una socorridísima copla rociana que dice así:

En el Rocío estamos.
Nadie se pique:
Que se lleva la gala
Villamanrique.
Calla, embustera,
Que se llevan la gala...

Las trianeras, las chuceneras, las hinojeras, las almonteñas, las moguereñas, las sanluqueñas, las umbreteñas, las... cualesquiera, cuyo nombre patronímico tenga la buenaventura de ser asonante en *ea*. Es muy universal, como muy humano que es, eso de arrimar el ascua a su sardina.

Tras la fila de carretas y detrás de otro grupo de jinetes, en que va el Hermano Mayor con su vara, los dos consiliarios, con otra cada uno, el padre Capellán y lo más granadito del pueblo, avanza la carreta de la Virgen: un templete de más o menos buen gusto, dentro del cual, entre luces y flores, va el *Simpecado* que trasciende a la época de Toro, Vázquez de Leca y Miguel del Cid. Cada hermandad ostenta el suyo del color que le place. Por cierto que el que luce Villamanrique, de terciopelo color de guinda, con sobrepuestos de plata repujada de estilo Luis XV, tiene todos los honores de verdadera joya. Lo que toca en *simpecado*,

Nadie se pique:
Que se lleva la gala
Villamarique.

Engrosada por los jinetes de la primera hermandad, entra a seguida la segunda. Engrosada por los de las otras dos, avanza la tercera, y así sucesivamente la cuarta... hasta las trece o catorce que son entre todas. Así van avanzando, a paso de carreta, por la calle que mira al occidente. Describen un ángulo recto para pasar por delante de la Ermita, y, al llegar al vestíbulo, se arrodillan los bueyes de las carretas y los caballos de los jinetes; se destaca todo el mundo; se reza, se vitorea a la Virgen; se siente el escalofrío del entusiasmo; se llora de alegría... hay, en una palabra, una explosión sublime de no extinguiBLE fe: fe inculta si se quiere, bravía, marismeña, si vale la expresión; pero fe al fin, y confianza, y gratitud, y amor hasta la ternura a la Virgen de las marismas de Almonte. ¡Madrecita mía del Rocío de mi alma, bendita seas!

Después, cada mochuelo a su olivo: quiero decir: cada pueblo a su acebuche, a su rancho.

Llámase rancho el acebuche secular, grande, copudo como el árbol del grano de

mostaza, de que habla el Evangelio, en derredor de cuyo tronco y debajo de cuyo ramaje se congrega cada pueblo los tres días del Rocío, como las tribus nómadas del Norte... o los gitanos del Mediodía. Las carretas forman semicírculo en torno del acebuche, y los que fueron, o andando por promesa, o a lomos de su burra, su mulo o su caballo, al pie del acebuche se instalan como pueden, formando heterogéneo, pintoresco montón, el aparejo de la bestia y el juguete comprado para el chiquillo, el menaje de cocina y los peines, la borla de polvos, el espejo y demás enseres de tocador de la mozueta; la bota del vino y las botas que le molestaban al dueño de la bota, que anda descalzo y con sobadura; las alforjas y la jáquima; el canasto de la masa frita y la pandereta; el *perrenguillo* con agua del pozo de la Virgen y la manta para guarecerse contra el penetrante frío de la madrugada en la marisma; el dornillo para el gazpacho y el recién comprado acordeón; los cuernos con aceite y vinagre, y las dobladas jamugas; la vela ofrecida a la Virgen en la hora de la tribulación y la guitarra que quita todas las penas... y todo esto, entre chiquillos que lloran, juegan o duermen,

y madres que guisan, muchachas que hacen su *toilette* sentadas en un cántaro, y penden- ciosos que riñen, faca en mano; gente de buen humor que bromea y retoza, y parejas de enamorados que pelan la pava, o parejas de civiles que conservan el desorden, porque orden no se da allí; pobres que piden; chalan- es que contratan; bailarores contumaces que resuelven el arduo problema del movi- miento continuo; jaques que caballean, se- gún el adagio que me enseñó Topare en el camino del Rocío:—Ar cabayo, D. Juan, jierro alante, jierro atrás, y vino ermedio—(1) y amigos que se saludan y se convidan, que en el Rocío no hay tuyo ni mío; y un buey harto de arar, que se siente bravucón y em- biste con querencia como en la pujante loza- ña de sus verdes años; y caballos y yeguas relinchando entre las verdes espadañas de *la Madre*; (2) y vendedores de juguetes, y vendedores de avellanas y de garbanzos tos- tados, pregonando a cual puede más; y buño- leras gitanas comprometiendo a todo bicho viviente, a grito pelado; y cosmopolitas val- verdeñas haciendo lo propio y de idéntica suerte para que se les compre su alfajor, que

(1) Freno, espuelas y un borracho encima.

2) Cauce de las aguas que atraviesan la marisma.

sabe a moruno... y, como *acompañamiento* de toda aquella ensordecedora vocinglera gritería, veinticinco o treinta *millones* de tamboriles (tal a lo menos me parecen á mí) con sus correspondientes gaitas, tocando todos a la vez y cada cual por su lado, desde el subversivo himno de Riego, hasta la sumisamente dinástica marcha real; desde la pícarasca y juguetona seguidilla sevillana, hasta la hierática, patriarcal alborada gallega.

En la noche del sábado, ya se sabe: rosario solemne por el real: *procesión de las antorchas*, como se llamaría en Lourdes. Y cata todas las hermandades con sus pendones y sus simpecados, sus varas y su tamboril, entre millares de hachas y cientos de faroles, desenvolviéndose por aquella planicie en medio de las tinieblas de la noche como colosal luciérnaga, precediendo como damas de honor a su reina, a la hermandad de Almonte, a cuyo paso por la puerta de la casa del Hermano Mayor de cada una de ellas, se disparan cohetes, se encienden bengalas y se que-man palmas y castillos de pólvora y azufre, con su indispensable letrero por remate y corona:

¡Viva la Virgen del Rocío!

Nada de esto sirve de obstáculo a que en el mismo compás o vestibulo de la Ermita se arme, terminada la procesión, el bailoteo más monumental que puedes imaginarte. El sarao lo da la gente de Almonte, y toma parte en él lo que pudiéramos llamar *el personal diplomático* que hay en el Rocío: los Hermanos Mayores de los otros pueblos, con sus hijas, esposas, hermanas, primas y sobrinas; tal o cual ricachón, o tal o cual ganadero famoso, tales o cuales elegantonas, o tal o cual calavera de rumbo, tal cantador de nota o bolera de nombradía .. la flor y nata en fin, *er cojoyo* de lo que allí se reúne: que en todas partes hay distinción de clases, y eso de la igualdad social es el más palmario de los contrasentidos y la más irrealizable de las utopías.

La patulea, el proletarismo, la *probea*, como se dice por allí, los desheredados de Terpsícore elegante se desquitan del desdén de la *gente crema* armando en sus respectivos ranchos otros tantos bailes morrocotudos que empiezan con la noche y terminan con el alba.... cuando terminan; pues hay rancho en que se temple la guitarra el sábado al medio día, y no cesa de sonar hasta que no queda un alma en el Rocío, o ni vestigios de cuerdas en el cascado instrumento.

El domingo se oye misa por la mañana, se retoza, visita, bromea y baila todo el santo día de Dios, y se repiten por la noche el rosario en derredor de la ermita y el baile en el compás. Ya se siente el cansancio y el molimiento consiguiente a ajeteo tan continuado, pues la gente no es de hierro; pero no en tal manera, que, bien por espontáneo movimiento del corazón, bien por el compromiso de agasajar a los recién venidos, no se baile de crepúsculo a crepúsculo, como si el hombre y la mujer no hubiesen venido a la tierra a otra cosa que a bailar.

Aquí ponderarás la resistencia de la naturaleza humana para el baile, y formularás el propósito de dejarlos bailar hasta que se rindan.

El lunes por la mañana cada hermandad va a la Ermita a la misa de Regla que celebra su Capellán respectivo: cada cual con su estandarte y sus varas, sus cirios y sus simpecados. Y cuando una sale del templo, otra entra; y cuando una vuelve, otra va; y cuando ésta se prepara para hacer su estación, estotra está ya de vuelta... Y por donde quiera que tiendas la vista verás una procesión, con su tamboril o su charanga, sus indispensables cohetes y sus obligados vivas a

María *Zantízima* del Rocío. ¡En el Condado no se conoce la *ese!*

A las once de la mañana, otra procesión: la hermandad de Almonte convidando a las otras para la fiesta magna. Todas las hermandades van entonces incorporándose a la matriz, y, formando el conjunto más pintoresco, la nota de color más brillante que puede matizar el sol de Andalucía, entran con sus simpecados, estandartes, tamboriles y hachas en la única nave del Santuario.

Allí sobre las andas, colocadas sobre el altar, y bajo severo palio *de brocado de oro y blanco*, como el tabardo tudesco del Carlos V del Duque de Rivas, está la Virgen; devota, como las del período en que lo románico pasa a ser gótico; rígida, señoril, mesurada, como una reina de la Edad media en que la circunspección y la tiesura eran el mejor afeite de la mujer y el máspreciado arreo y ornato de la dama; vestida con fонтillo a lo Coello y Pantoja de telas costosísimas y ricas bordaduras, con valiosos prendidos de joyas arcaicas. De ahí las coplas:

Tiene la del Rocío
En su camarín
Más oro y más diamantes
Que el rey de Madrid.

La Virgen del Rocío
Tiene en el hombro
Una salamanquesa
De plata y oro.

Terminada la misa, en la que hay sermón, interrumpido por los fogosos vivas del auditorio, comienzan los preparativos de la procesión suprema, síntesis y resumen de todas las procesiones del Rocío: la procesión de la Virgen.

Aquello es para visto, no para pintado. No se puede pintar.

Figúrate mil hombres... todos los almonañes, en mangas de camisa, roncós de piropear, aclamar, bendecir a *aquella blanca Paloma*, empujándose unos a otros en las gradas del presbiterio, cerrado por lo mismo con alta verja, mientras se remueven del paso de la Virgen caídas, candeleros, jarras con ramos... todo lo que no sea Ella; manoteando como energúmenos; sudando como alcarrazas; revolviéndose como una gusanera y sacudiendo la verja que les impide subir, con aquellos brazos de Hércules, de músculos de acero en que se ve temblar potencia de gigante. Imagínate que de pronto se abre la verja... y que aquella inmensa avalancha, aquel invertido alud de carne sudorosa, sube

al plano del presbiterio; asalta el despojado altar; se encarama por postes y cornisas como si tuviera ventosa de reptil o alas de ave, y que entre gritos de alegría, ayes de júbilo, palabrotas que dicta la costumbre, quejidos de dolor por el codazo o el mordisco del que está junto, y vivas y aclamaciones, y plegarias, *citius dicto*, en menos que se dice, vacila el paso que está junto a las nubes, los varaes del palio se cimbran como si fueran a hacerse añicos, la umbela describe en el aire un semicírculo inverosímil, y aquella inmensa compacta mole de almonteños y Virgen está enmedio de la Iglesia.

¿Que se asfixian dos o tres? mejor que mejor: con eso dejarán otros tantos huecos en las codiciadas maniguetas de las andas. Y para que no se asfixien, cata cien padres y doscientas madres, haciendo aire en derredor del paso con los sombreros o con los abanicos... Y las andas de la Virgen, andando para detrás como para delante, a la diestra, como a la siniestra; rodando... así: ¡rodando materialmente sobre una alfombra de cabezas de almonteños! Tienen la exclusiva de pasearla en triunfo. Son los Monteros de Espinosa de aquella Reina. ¡Ay del que no haya nacido en Almonte y quiera poner su profana

mano en aquella nueva Arca de la alianza! No se abrirá la tierra para tragárselo, como a Coré, Datán y Abirón, pero no faltará al monteño que le abra la cabeza de una cascada. *Suum cuique*, ¡paso al Derecho!

La procesión se ve ecuestremente. Todos los que de oficio, por devoción inveterada o por promesa, no tienen que intervenir en el acompañamiento, han enjaezado ya su cabalgadura o uncido los bueyes a su carreta, para salir pitando, en cuanto la Virgen se recoja. Y he aquí otro momento histórico, aunque sea cursi la frase, he aquí otro momento histórico imposible de ser pintado. A lo menos yo, hijo mío, me tiro al suelo y me declaro impotente.

Figúrate que son las dos de la tarde de un día de las postrimerías de Mayo o de los albores de Junio. Conque eche usted sol. Deslumbra. Ciega. Hay que entornar los párpados, para poder resistir aquel *resestiero*. Es la lluvia de fuego y de luz de la Pentecostés, cayendo a plomo en la explanada del Rocío, emborrachándolo todo de alegría, de vida, de color...

¿Rosa? Ahí tiene usted cuatrocientos vestidos de color de rosa. ¿Grana? Quizás pasarán de dos mil los pañuelos de la cabeza,

los ceñidores, las cintas con la medida de la Virgen, las sombrillas y los abanicos que compiten con la púrpura. ¿Verde? ¿Para qué más verde que el de aquellos pinares del término de Hinojos, esos pujantes acebuches de los ranchos, y estas frescas junqueras de esta *Madre*, siempre en la primavera, siempre en el cielo, siempre fecunda? No me hable usted de verde en la marisma del Rocío: más verde es goilería. ¿Blanco, azul, morado, gualda, pero con todos sus matices y rebajos, con todas sus gradaciones y todos sus tonos? Vaya usted viendo colchas en aparejos y grupas, y, si le parece a usted poco, apunte usted quitasoles y delantales, ataharres y pañoletas, pretales y mantones de Manila, carretas y frontiles, banderolas y farolillos a la veneciana, estandartes y simpecados. ¿Rubens? ¿Goya? ¿Fortuny?... Me río yo de todos los coloristas del mundo, ante la nota de color que da el Rocío. Aquello no lo pinta más que Dios, con el iris en la mano como paleta. Y ahora caigo en que te estoy hablando de usted. No se dirá que no te trato con respeto.

¡Santo Dios, y qué apretones con ser aquello tan grande, tan inmenso, tan infinito! Es que todos quieren ver la procesión, y el caballo de éste se asusta del tamboril y

achucha al otro. Al de más allá le acaece lo propio con los cohetes y da una media vuelta que pone en movimiento a diez u once. Tal yegua está molesta con las moscas y sacude la cabeza o refriega las ancas contra el vientre del vecino. Las burras quieren meterse en sociedad, y el mulo del inmediato tiene muy poca educación y no da al sexo débil el lugar que le corresponde. A tal potrico se le ocurre mamar, con protesta de la madre que larga un par de coces... al que menos las esperaba ni merecía. Aquel jaco se revuelve, porque siente la espuela y no está para bromas. Estotro es levantisco de suyo y se encabrita y manotea... y a todo esto el tuntún de los tamboriles, los repiqueteos de la campana, los estallidos de los cohetes, el chinchín de las música, los diálogos a voces de caballo a carreta o de carreta a burra, los pregones de los vendedores que quieren realizar sus mercancías, y los vítores y las aclamaciones y las jaculatorias a la Virgen.

—Madrecita mía del Rocío: ¿quién te verá otro año?

—Madre mía de mi arma: ¡que mi Joseliyo saque güen número!

—Madrecita mía: ¡que le den la arsoluta a mi Manué!

—¡La salú pa mi Ana!

—¡Que mi Antonia sarga bien de su cudiao!

—¡Mi curro, que está empresol!

—Madre mía: ¡consérvame esta poquita e vista que me quea!

Créete, Tomás, que quisiera yo coger a Meyerbeer en el Rocío, sólo para decirle:—
¿No eres tú el genio que con sólo las siete notas de la escala reproduce todos los rugidos de todas las tormentas, todos los roncobramidos de todos los mares, todos los fragores, en fin, de todos los imaginables cataclismos? Toma: aquí tienes papel pautado, aquí pluma, aquí tinta. Escríbeme una sinfonía en que se oiga el Rocío.

¿Que la Virgen va a entrar? ¡A la puerta de la ermita todo el mundo!

Jinetes, peatones, vendedores, curiosos... todos los rocianos se congregan allí. Como en la estrofa del clásico,

El polvo roba el día y le oscurece.

Y un grito inmenso, un grito de gratitud, de fe, de anhelo, de esperanza, de amor, de... ¡qué sé yo! porque aquello parece el grito de todo un mundo, expresando a la vez tantos y tan variados sentimientos cuantas son las

gargantas que lo emiten; un grito colosal, ensordecedor, infinito, hiende el espacio. A la Virgen se le *muda la color* (así lo cree el pueblo), y, de cara hacia sus hijos, como si le diera pena de dejar de verlos, se pierde poco a poco en la relativa intensa oscuridad de la nave del Santuario.

A los pocos minutos, como si sobre el Rocío hubiese caído bíblica maldición, la marisma ha quedado muda, desierta... Todos se han ido, y

La Virgen del Rocío
Se queda sola
En aquellas marismas,
Siendo Pastora.

.....

Tal es a grandes rasgos, mi querido Tomás, la fiesta del Rocío; la típica romería de mi tierra, de mi Condado, de mi terruño de mi alma.

Díos haga que dure siempre, pero sin adulteraciones por influencia del destefido, soso, híbrido *européismo*.

¡Ah! Mientras ella subsista tal y como ahora es, retozona y devota; pero primitiva, patriarcal, pintoresca, ¡divinal porque, créelo, Tomás, allí se siente a Dios y se le magnifica en su Madre; mientras esté en pie

aquella Ermita, lacrimatorio de todas las penas, relicario de todas las devociones, propiciatorio de la Virgen; mientras se conserven aquellos muros, tapizados de presentallas o ex-votos, *milagros*, como se dice por acá, con sus inocentes desdibujos y sus faltas de sintaxis y ortografía; mientras se vaya al Rocío andando por promesa, y se ande de rodillas y con los brazos en cruz sinnúmero de veces aquella nave, y se le lleve a la Virgen aceite para su lámpara y velas y flores para su altar; mientras se compren cintas con su medida y medallas con su sagrada Imagen, y se le encomiende el hijo que se va a la guerra o el enfermo cuya vida zozobra; mientras arrasen en lágrimas los ojos al oír decir ¡Viva la Virgen del Rocío!... no se habrá extinguido aún la fe en el Condado... aunque se beba aguardiente y se bailen sevillanas en el compás de la Iglesia.

Consérvese con ahinco de avaro ese pedazo de la España de ayer, que no se ha adulterado todavía; declárese monumento nacional la fiesta del Rocío; y el que no crea en Dios ni en la Virgen, que vaya a aquella Ermita, y tendrá o que caer de rodillas y llorar, o que taparse los oídos y saltarse los ojos para seguir siendo incrédulo.

Allí se cree a la fuerza, se espera ciegamente y se ama con entusiasmo. ¿Qué más se puede pedir? No pidamos al pueblo el refinamiento de piedad del asceta, ni el exacto conocimiento de las cosas, propio del doctor. Aquello no es una *Fiesta de las Espigas*. Aquello es el Rocío.

Conque queda a Dios encomendado y perdona tanta retahila y tan larga; ve en cada una de estas letras una prenda de mi fina amistad, y sigue favoreciendo con la tuya a tu maestro... Ciruela.



SI DIOS QUIERE

TRAGEDIA EN UN ACTO

Personajes que intervienen en ella:

José, paraguero ambulante, natural de Sevilla.

Salud, su mujer, en estado interesante, también sevillana.

Pepillo, hijo de ambos, de siete años de edad.

Lolilla, hija de los mismos, de cinco años.

Señá Mariarvalle la Brunita, Posadera de Hinojos.

ACTO UNICO

La escena figura una cuadra de la posada de Hinojos. Encima de un pesebre corrido, Pepillo y Lolilla están bailando sevillanas. José, sentado en un aparejo, compone un paraguas junto al pesebre donde bailan sus hijos. Su mujer, sentada en una silla sin espaldar, se rascará unas veces y otras no. Es por la tarde.

ESCENA I.—DICHOS.

José.—¿Po no había 'e querer Dios? ¡Cu-diao que es lata la tuya con tanto si Dios

quiere! ¡Ya lo creo que quiere Dios que senen las criaturas, después de tres leguas de camino, un rato a pie y otro andando, y de una hora de corretear to el pueblo, gritando en toas las esquinas: ¡¡Componer paraguas y abanicos!! Si esto no merece un cacho 'e pan y una casolá 'e papas en paseo, que venga Dios y lo vea. ¡Na! cuantito acabe de componé er paragua, te llegas con él ancá esa señora que vive ahí al regorvé de la esquina y que tiene lleno de sidras er barcón. Se lo entriegas. Le dices que es semenesté que te dé un rear más, porque ha habío que echarle una varilla nueva, o lo que se te ocurra, aunque sea que ha habío que darle el santolío. Y si se aferra en no darte más que los cinco reales trataos, a ver si le sacas siquiera una perra gorda pa un lillo e tabaco... Y te vas con tus cinco reales a tu tienda, y te traes... po una jogasa o jogasa y media 'e pan..., una libra 'e papas..., siquiá medio par de güevos pa que trabe er cardo..., er perejín y er lauré y ¡ah! y aseite a discreción. Er perejín y er lauré y la sal se le peirá empréstá a la posaera; y verás tú gloria de Dios guisá en una casuela, que nos vamos a chupá los deos y y jasta los cós, que tengo yo más galipa que un poeta laureao, y me paese a mí que no es-

tamos en Viernes Santo, pa ayuná cuando lo manda la Santa Madre Ilesia; que endeje que comimos ayé en Armonte, no ha entrao en nuestro reino ni siquiá una jaculatoria, y bien sabe er Señó der Gran Podé que no lo siento por mí, sino por ese par de criaturitas, que..

Salud.—¡Mialas que quitás'e cudiaos! ¡bailando que se las pelan!

José (a los chiquillos). —¡Jole, salero! ¡Si sos vy a cantá una copla! (canta):

En la Macarenita
me dieron agua,
más fría que la nieve,
en una talla.

Lolilla. - ¡Otra! ¡otra!

José.—Po güeno, allá va: (canta):

Llevan las sevillanas
en la mantilla
un letrero que dise
viva Sevilla.

¡Jole, salero,
que vale más Sevilla
que er mundo entero!

Pepillo.—¡Otra! ¡otra!

José.—Ea, que no canto ya más, que no soy sorchantre. Cantar ustedes lo que les dé la gana, y cudiaito con un trapiés, no se caigáis y tengamos achocaura y sangre sin

tomate. Oye, Salú, a propósito de la sangre: ¿no te paese mejón un guisito 'e sangre con tomate? Miá: se le pué peí a la posaera su mijita 'e sebolla... y su poquito e pimientto verde... y si acaso er tomate también, aunque sea de los que le pica a los cochinos; se marea tó junto un rafo, se le echa luego su sangre, que ya quisá la habrá en la carnisería, porque aquí en Hinojos matan muy temprano; se deja luego que fría un poco, y verás tú banquetes en el hotel de Roma. ¡Po si jasta vy a brindá y tó con una talla 'e agua, que va a salí en los periódicos! ¡¡Chiquillos!! ¡¡que me vais a caer!!... Po na lo dicho: no compres papas, que no semos acá tan católicos pa tantas papas, ¡marditas sean! que si estuvieran juntas toas las que yo me he comío, habría pa empedrá el oséano. Píele a la posaera una esportilla emprestá, pa que vayas por tu sangre como una gran señora, y dile ar carnisero que te la espache bien, que no se trata de sangre de mártires pa que la espache con tanta estima; que acá no la queremos pa ponerla en ningún relicario, ¿estás tú? ¿A que se caéis con tanto bailoteo?

Lolilla.—Po cántano usted otra copla

José.—Miá, nena, que la galipa es mu mar conservatorio, ¿estás tú? Pero, en fin, allá va pa que no se diga: (canta):

Santa Justa y Rufina
son dos hermanas:
una vive en Sevilla
y otra en Triana.

Pepillo.—¡Otra, papá, otra!

José.—¿Po no paese que han bautisao
estos niños en er Burrero? (1).

Salud.—Anda, hombre, siquiera así no
se acuerdan de que tienen jambre los angeli-
tos.

José (a los chiquillos).—Pero ¿por qué
no se bajáis de ese púrpito y bailáis en er
suelo como los cristianos?

Lolilla.—No, aquí que suenan más las
patás.

José.—¡Vaya! ¡tamborí automovill! Po
güero, quearse ahí: (canta):

Mi amante es cartujano,
pintor de losa,
que pinta palanganas
color de rosa.

Y ¡éa! que ya no canto más. Er que quiá
más cante, que busque a Sesa er cantó (2),
que me paese que pa cantaor no habrá otro
en er mundo.

(1) Café cantante de Sevilla

(2) ¿César Cantur?

¡Oye, salú! ¡una idea luminosa! Si después de comprá er pan y la sangre te queara pa comprá una asendía, aunque fuá asolaná... o a ve si te la diera el ama der paragua, que tenía er sanguán llenito ar medio día, porque tú no sabes lo recomendá que está la fruta por tos los facurtativos... De mó que si quiés que yo te alevante un morumento no te vendas sin ella, ¿estás tú? Ensárteme esa abuja pa pegá er forro. (Salud ensarta una y se la da). Tenlo tú agarrao por er cabo mientras le doy yo las puntás a las varillas. (Se hace entre los dos lo que indica el diálogo.)

Y que va ser menúa, Saluilla, la pansá de sangre con tomate, que nos vamos a dar (dirigiéndose al paraguas), por mó de tí, paraguas de mi sentrañas.

Salud.—¡Si Dios quiere!

José.—¡Y dale bola! «Es Dios quisá un pupilero, pa que no quiera que coma la gente? ¡Ni que hubiá tomao por contrata el darle de comé a los cristianos! (A los chiquillos que se están peleando dentro del pesebre.) ¡¡Chiquillos!!! ¡¡que se vais a caer!!! (A salud.) Abrelo a ver cómo ha queao la varilla. Güérvelo boca arriba, le quitaremos er dolor nervioso. Pon la contera pa abajo y apuntó-

cala en er suelo: ¡ajajá!... Ponte tú en pie y ténmelo por er puño. No, muje, asín; con toa la armazón pa arriba pa poer trabajá... Espérate que voy por los alicates.

(Los chiquillos luchan a brazo partido y caen dentro del paraguas.)

(José en el paroxismo de la desesperación.)—¡Mardita sea jasta la diosa Venu, que me queo sin sená!... ¡Sí! llorar ahora (a los chiquillos, que empiezan a hacerlo desafortadamente). ¡Llorar ahora, después que habéis jecho er paraguas un sientopiés!... ¡Mardito sea Herode que no viene tos los años!... ¡Digo! ¡digo el paragua! (enarbolándolo) ¡y que ha queao güena la armasón! ¡Más escoyuntá que un Juan de las viñas! ¿Po y la tela?... ¡la capa del estudiantel!... Si paese que ha estao un hombre a jornal ja-siéndole embarsinaos!... Chiquillos, dirse de aquí, ¡dirse de aquí! ¡dirse de aquí, si no queréis que os jaga un picaillo!! (Los aludidos trasponen por el foro rascándose en las partes doloridas.)

ESCENA II.—JOSÉ Y SALUD.

José (paseándose por la escena, caída la cabeza sobre el pecho y con las manos a la espalda.)—¿Y qué jase un hombre en mi caso,

Madresita mía de los Reyes?... ¡Si quisiera vuestro divino Hijo que se me quitaran las ganas 'e sená con er disgusto!... ¡Pero na, ni por esa!, ¡ca vez más hambre! (A Salud, que se habrá quedado como si le hubieran echado un jarro de agua fría.) ¿Qué dises tú, esaboría? ¿Senamos, o no senamos? ¿Me pierdo yo pa siempre, o no me pierdo?... ¿Me enseñó a no comé, como er burro der cuento, o... (Entra la posadera).

ESCENA III.—LA POSADERA Y DICHOS.

José (a la posadera).—¡Ay, señá Mariarvalle de mi arma! ¡Yo soy mu desgrasiao! y mi mujé tamién!... ¡y mis dos niños tamién!! ¡y tamién lo que venga!!!... Yo he tenío mu güenos principios ¿está usted? En casa de mis señores padres, que en paz descansan, había un hombre to el año na más que pa quitarle er porvo a los jamones ¿está usté? Pero que ¡las cosas 'e las casas! himos venío a menos, y si le digo a usté la verdá, a muchísimo menos... Po güeno: si usted quiere que senemos esta noche, usté nos lo tié que dar; porque ¿usté ve eso que está ahí? po eso, pa que usté se entere, es un paragua... aunque en mala comparasión. Una desgrasia como otra cuarquiera, que ha pasao aquí

esta tarde, lo ha puesto como usted lo ve; y ante de apelá ar suisidio de ésta y de servidó de usted; le pío a usted, por el arma más desamparaita que haiga en er purgatorio, que nos dé usted de sená, y que le diga usted al ama der paragua, que se jaga cuenta de que ha venío un ciclón y se lo ha jecho porvo. Conque, diga usted, señá Mariarvalle, Santa Mujer Verónica... amparo de los pobres y martillo de la herejía...

Posadera.— Güeno, no se apure usted, que mientras hay Dios, hay misericordia. Vense usted cormigo (a Salud) y se traerá una pampirolá de olla de calabaza, que no la sarta un gargo...

José.— Y si quié usted mandá carne, ¡con franqueza! mándela usted tamién.

Salud.— ¡Calla ahí, comprometeó!

José.— Y si la señora tiene gusto en ello, ¿por qué se le ha de quitá? ¿Verdá usted, señá Mariarvalle, que...?

Posadera.— ¡To se andará!

José (a Salud).— ¿Ves tú como Dios quiere? ¿Si conoceré yo a Su Majestad, que he sío monasillo en Santiago? Aprieta, pero no ajoga; y otra cosa no digo que no: pero que coman los pobres, ¡vaya si quiere!

UNA PARABOLA CASI EVANGELICA

I

Su Majestad el León estaba muy grave. Muriéndose a chorros, vaya. La reina Leona, queriendo apurar todos los recursos para salvarlo, pidió una junta, y de todos los confines del imperio vinieron las mayores notabilidades en la ciencia médica.

La consulta fué larga, laboriosa, y hasta algunos aseguran que reñida. Pero como todo tiene fin en este mundo, la consulta también lo tuvo, conviniéndose, si no por unanimidad, por mayoría, en que su Real Majestad estiraría la pata, si no se le suministraba antes de la subida de la fiebre una medicina muy rara, de que hablaba una revista extranjera y enteramente desconocida en aquel imperio; a saber: en una cucharada de

aqua fontis, una gota del específico misterioso: una gota de *verdad*.

—¿Con qué se come eso?—preguntó el Jefe de palacio, que era un listísimo chimpancé, al médico de cabecera: — porque yo... por aquí... la ver... ¿qué? ¿cómo dijo usted que se llamaba?...

—La verdad; una cosa que según dicen, escuece mucho, pero que es el único remedio, si...

—Pues lo que es en palacio no la hay. ¿No sería lo mismo cualquier equivalente?...

—No; si que aquí no la hay lo sabemos nosotros, ¿está usted?: pero no porque no la tengamos a mano, vamos a dejar que se nos muera nuestro Monarca. A mandar que la traigan de seguida, hállese donde se halle, y cueste lo que cueste. ¡Pero volando! ¡mono de Dios! ¡que el tiempo es oro! es decir, el tiempo es más, el tiempo es vida.

Y salieron tres correos de gabinete, que eran tres ligerísimos ciervos, en busca de la verdad, con palabra del Rey de ofrecer a quien la suministrara toda suerte de honores con todas las riquezas apetecibles.

Al salir de la corte, se encontraron con un sabio que vivía en lo profundo de una cueva, y que, sentado a la sazón en un peñasco

de los que había a la entrada de la gruta, leía en un infolio del tamaño del aparejo de un borrico... aunque en mala comparación.

—Buen hombre—le dijo uno de los ciervos:—¿sabe usted por ventura dónde está la... ¡no me acuerdo ya cómo era!... ¡ah! ¡ya! ¡sí! la verdad?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta!—le respondió el filósofo quitándose las gafas, pues es de suponer que siendo un hombre tan sabio no iba a estar sin ellas.—La verdad es un ente de razón... ¡conque échele usted un galgo!

Los ciervos se abroncaron con la contestación del filósofo, y como no había tiempo que perder, se fué cada uno de ellos por su lado, a la ventura de Dios.

II

Andando, andando, andando, se tropezó uno de ellos con una zorra que salía de un colmenar.

—¡Hola, comadre zorra!

—¡Hola, compadre ciervo!

Se dieron la pezuña y la garra, respectivamente, como buenos amigos, y el ciervo contó a la zorra la razón y motivo de su correría.

—Sí, señor, compadre ciervo—dijo al cabo la zorra.—Conozco la verdad. Vamos para palacio cuanto antes, y verá usted cómo yo me explicoteo. Porque la verdad, para que usted se entere—siguió diciendo cuando echaron a andar,— es cosa que hay que decir-la. Para decir-la, hay antes que conocer-la ¿está usted? Por eso el compadre burro, que es tan buena persona, no la puede decir: porque no la conoce el pobrecito. Pero yo... yo soy otra cosa muy distinta, aunque a una no le toca alabarse; yo la conozco muchísimo, como que, como el otro que dice, nos hemos criado juntas, y... Y dígame usted, compadre: ¿se gana mucho? Porque exponerse una a arrostrar todos los peligros de decir la verdad, para quedarse luego en cruz y en cuadro, si es que no sale una descalabrada por haberse metido a redentora...

—Facilite usted la droga y no lo perderá.

Y llegaron a palacio.

—¡Por Dios!—empezó a decir a la zorra el hermano del Rey, que aspiraba al trono, pues estaba vigente en aquel reino la ley sálica;—mi pobre hermano está muy débil;—si la medicina esa es muy cruda, quizá sea contraproducente suministrársela... De todos

modos, por mucho que se reaccione, la lesión cardíaca que padece es mortal de necesidad, y el desenlace tiene que ser funesto, más tarde o más temprano: porque lo peor que aquí hay es que no tenemos sujeto... Aquí, en lo que se debía pensar ya, era en los auxilios espirituales... ¡que su alma se salve, aunque todo lo demás se lo lleve la trampa!...

La zorra, que era lista como ella sola, hizo al Príncipe Heredero un rendido saludo de corte, y diciéndole al ciervo que se le había olvidado la medicina, y que iba por ella, se largó al colmenar.

—¡A otra zorra con ese hueso!— dicen que iba diciendo por el camino.—¿Dar yo la medicina para que el uno no me lo agradezca y encima el otro lo lleve a mal?... ¡El que quiera saber, que vaya a Salamanca!

III

Y al rato llegó el segundo ciervo conduciendo una liebre que, poseedora de la verdad y muy adicta al trono, se había ofrecido a suministrarla gratuitamente.

—¿Te dará miedo?—le había dicho el correo de gabinete por el camino.—¿Te atreverás?

—Veremos; yo creo que sí. Que me den por si acaso una taza de tila con unas cuantas gotas de azahar, o cualquier antiespasmódico antes de presentarme ante el monarca, y verá usted cómo con la divina ayuda, porque la naturaleza de la liebre es flaca, apronto la medicina salvadora.

Y entraron en palacio. Alabarderos, gentiles hombres, médicos, damas, una mona inglesa, aya de las infantitas; la más chiquitita de éstas al pie de la cama; cosa de las criaturas! chupando un mendrugo de pan, tan quitada de cuidado y tan ajena la inocente a todo lo que pasaba a su alrededor; un gran zorro consolando a la reina Leona... La pobre liebre se echó a temblar al ver tanta grandeza y tanta gente. No sé qué demonios hizo que manchó la alfombra del miedo que le dió, se corrió de vergüenza al ver el desaguisado que había hecho, y, como alma que lleva el diablo, se escabulló por entre las piernas de los palaciegos, llevándose entre pecho y espalda la verdad. Era muy corta de genio, muy vergonzosa, muy tímida; le dió miedo y se fué.

IV

Y la fiebre del Rey empezó a subir. Se le aplicó el termómetro, y era *una bestialidad* lo que subía... De allí... a poco, el delirio, el estertor a la media hora... Su Majestad leonina se marchaba a escape, pero a escape. Aquello iba por la posta. Cuando hete aquí colarse por la cámara Real, como trasquilado por iglesia, el último de los tres correos de gabinete, con un gallo hermosísimo entre las astas, pues no pudiendo éste volar lo necesario para la travesía, ni correr lo que el ciervo, hábale exigido que le sirviera de medio de locomoción a fin de ganar tiempo y hacer menos penosa por su parte la jornada.

—Aquí está la medicina—empezó a cacarear el gallo, como si estuviera en su corral y fuera al amanecer.—¡Aquí está la medicina!

Y se apeó de la cornamenta de su vehículo para acercarse al lecho del paciente.

Sin poderlo remediar, tropezó con la Infantita que chupaba el mendrugo. Tenía hambre, o era glotón, no se sabe. Lo cierto de ello fué que, arrancándole el mendrugo de un picotazo, se lo empezó a tragar. El mendrugo

era muy gordo, y el gallo se quedó engollipado.

—¡Que se muere mi esposo!—le gritaba la Reina, hecha un mar de lágrimas.

—¡Que se muere mi padre!—gemían las Infantas, revolcándose por el suelo.

—¡Que se muere el Rey!—le decían los cortesanos, instándole a que diera la medicina.

—¡Que se murió!—dijo el médico de cabecera.

Requiescat in pace. Amen—murmuró un zorro, Grande del Reino, con voz solemne...

El Rey de las selvas era cadáver.

V

—¡Infame! ¡asesino! ¡regicidaaa!—comenzó entonces la viuda, loca, como la madre de Carlos V, a apostrofar al gallo.—¿Por qué no hablaste, infame?

—Señora—contestó el gallo, poniéndose sobre una pata, con dignidad suprema:—porque el demonio del pan me obturó el aparato respiratorio, y aunque quise, no pude. ¿Ha visto, por ventura, vuestra Real Majestad nada que ponga más afónicos a los hombres, digo, a los gallos, que un mendrugo?

SUFRAGIOS

DRAMA EN UN ACTO

Personajes:

La Molinera, vieja que cuida faroles en el cementerio de Sevilla.

La Lechuza, vieja del mismo oficio.

Tío Esnúa-muertos, enterrador.

El capellán del cementerio.

ACTO ÚNICO

La escena representa la calle central del cementerio de San Fernando. Al foro el Cristo de bronce de Susillo. A derecha e izquierda los mausoleos de los ricos. Muchas coronas sobre las tumbas; no pocas macetas y muchísimos faroles.

Habrà llovido. Es a la caída de la tarde de un día de Noviembre.

Al alzarse el telón aparecerán en mitad de la calle *la Molinera* y *la Lechuza*; la segunda con unos cuantos faroles al brazo, y la primera con faroles y una corona de flores de porcelana, hojas de latón pintadas de verde, plumas, abalorios y demás materiales en armonía con la otra vida, y adornada de ancha cinta con este mote: ¡*Recuerdo eterno!*

ESCENA I.—DICHAS

Molinera. — ¡Grandísima esvergonsál
¿Beberme yo el aceite? Quien es capaz de
beberse la carzá, si se la dieran, eres tú, iso
lechusona! ¡Miá la que se pone a hablar de
aceite, y tienen sus marchantes que echarle
pretolio, pa que no se lo empurre!

Lechuza. — ¿Pontonce er que le echas tú
tititas las mañanas, que llueva que ventee, al
arrepápaló, te lo traen a tí de tu molino?...

Molinera. — De que me arrasco la bar-
ciguera: ¡porque se pué! Y si vamos a arre-
pápalos, en tu vía te jartas tú de migas tos-
tás hasta er mes de los difuntos... En fin:
cuando te han puesto la Lechusa...

Lechuza. — Y a tí la Molinera, por er que
vendes ..

Molinera. — Mira, quitate de aquí, y no
me enrites... ¡no me enrites! no hables tú de
aceite; que si tuvián que bordar tus difuntos
con la luz de los faroles que corren por tu
cuenta, iban a perdé la vista. Conque no
hables.

Lechuza. — ¿Tienes való de ponerte a
hablá de faroles, cuando tienes los tuyos la
mitá siempre apagaos, y los dos o tres, to lo
más, que tienes encendíos, paesen triquitra-
ques, de lo que chisporrotean?

Molinera.—¡Po... será de la humidá, o de que mandarán aceite de freir sardinas! Como yo no lo pruebo como tú, no lo pueo garantisá.

Lechuza.— ¡Calla ahí, traga-sufragios! que si te sacara Dios de la barriga la mitá de lo que te has bebío en aguardiente, habríá pa dejá limpio el purgatorio.

Molinera.—Tú estás buscando esta tarde un farolaso en mitá de la jeta, y te lo vas a ganá (*enarbolando un farol*). ¡Y que va a sé de plata Meneses!

Lechuza.—Júrgame siquiera a un pelo, y te doy una patá en la corona, que va a dí a pará ar peso de Sar Migué. Tú te has creío que encima de quitarme los marchantes con tu mala lengua, que debían de picártela comopa arbóndigas, vas a...

Molinera.—¿Qué marchantes te he quitao yo a tí, so alevantaora, que eres capaz de decir que no hay Dió?

Lechuza.—¿Que qué marchantes? La señora esa que vino la otra mañana con el marío nuevo, o lo que sea, porque tavía no he visto yo la partía e casamiento, a traerle la corona al otro que se le murió esta primavera.

Molinera.—¿Yo quitártela a tí?... ¿Po

cuándo ha sfo marchanta tuya, pa que yo te la haiga quita? ¿Qué jise yo, na más que decirle que si se le ofresia argo, y que la acompañaba en su sentimiento? ¿No es quisá una... una cristiana.

Lechuza.—¡Y echar mano al rosario, pa jaserle creer que tenfas la campanilla seca de peir por los difuntos, y no sabes ni presinarte! ¡Himproquitona! ¡Borracha!

Molinera.—Miá, Mariarcarme, que me estás enritando y tavía no he jecho yo lo que estás tu jaciendo con la novia der civí: que la estás engañando como a una negra.

Lechuza.— ¡Jablaurías tuyas y de otras como tú!

Molinera.— ¿Jablaurías? Eres capaz de negarme que lo mismo es gorvé la esparda la dolienta, que quitarle tú ar civí la corona, pa ponérsela a la niña der conde, pa decirle luego a la madre que tú se la has compra con tus ajorros y te dé duros y tó?

Lechuza.— Si lo he jecho alguna ves, es pa que no se le moje a la infelí. Que una pobre costurera, como tú comprendes, no pué comprá una prenda asfn tos los días. Por eso la meto en er panteón, pa que no se le mojen los pensamientos y se le espinten. No pa que la condesa me dé propinas. ¡Tengo yo mucho orgullo!

Molinera.—¡Tú eres mu cuidaosá! (Con ironía).

Lechuza.—Más que tú y que toa tu casta de sinvergüensas.

Molinera.—Miá, Mariarcarme, que no quiero perderme ni echá por ahí un faró. ¡Miá que!...

ESCENA II.—DICHAS Y TÍO ESNÚAMUERTOS POR EL LADO DE LA DERECHA CON UN AZADÓN AL HOMBRO.

Esnúa-muertos.—¡Peleando como siempre! ¿eh?

Molinera.—Esta, que es mu comprometeora y mu zafá.

Lechuza.—¡Ella! ¡que tiene una lengua como el espíritu de sal: que aonde la deja caé jase una llaga!

Esnúa muertos.—¡Tan honrao es er conde como er gitano, y tan sinvergónsona seis la una como la otra!

Molinera.—Miá, Manué, que tavía no himos abierto acá ninguna seportura pa robá unos sarcillos, como tú.

Esnúa-muertos.— ¡Mardesía, sinvergüensa!... ¡borracha! ¡mala mujé!... ¡cunera de nacimiento!...

Molinera.—¡A mí no me fartes tú!

Lechuza (a Esnúa-muertos).—Pégale una gofetá, que le jínques en la nunca ese diente de guardaporvo!

Molinera (a la Lechuza).—Sí; defiéndelo tú, y ponte de su parte; ¡pa que aluego no haiga sospechas!... Yo se lo diré a tu mujé (*a Esnúa-muertos*) y a tu marío (*a la Lechuza*)

Esnúa-muertos.—¡Er demonio! ¡er demonio en carne mortá es esta rata de caño sucio disfrasá e mujé! ¡No te doy con el asaón en mitá e la carva, porque...

Molinera.—¡Andar los dos conmigo!... ¡Ensañarse en una santa, que eso está muy presioso!...

Esnúa-muertos.—¿Santa, y eres capás de levantarle una calurnia ar Divino Verbo? ¿Cuándo he abierto yo seporturas pa robar sarsillos?

Molinera.—Pa robá sarsillos, nó; pero sí pa robarle al generar der mes pasao las charrateras, y las meallas y las borlas, y los galones, y jasta la muela der juicio.

Esnúa-muertos y Lechuza (al unísono),
—¡Grandísima!!...

(*Esnúa muertos* va a echar mano a la *Molinera*, y ésta empieza a correr. El suel-

ta el azadón y sale en su seguimiento; la *Lechuza*, envalentonada con la ayuda de *Esnúa-muertos*, corre detrás de los dos. Por entre los mausoleos de la izquierda vagarán un buen rato, hasta que la perseguida dará un resbalón en el fango de una sepultura cubierta de coronas, y caerá sobre ellas. *Esnúa-muertos* resbalará también, perdiendo el equilibrio. Para no caer, se asirá a la *Lechuza*, arrastrándola en su caída sobre la *Molinera*, sin que quede un farol vivo ni para un remedio. El *Esnúa-muertos* y la *Lechuza* golpean despiadadamente a la *Molinera*, que hace por defenderse, arañando a los dos).

Esnúa-muertos, (cogiendo a la *Molinera* por el pescuezo en ademán de estrangularla).—¡Resa er creo, mala víbora! ¡que te ví a enterrar viva!

Molinera (con voz de anginas en vísperas de reventarse).—Mía, Manué, que te habfa confundido con otro, hermanito, ¡que ahora me acuerdo que no fuiste tú! ¡Por la gloria de tu madre; güeno está lo güeno!

Esnúa-muertos.—Pontonse, lengua sacrllega...

Lechuza (a *Esnúa-muertos*).—Júndele ahí en er fango ese josico 'e lombrí.

Molinera (a *Lechuza*).—Anda, muje, no

le des malos consejos... ¿Tú no sabes que este es mi genio, y que luego después soy una marva? ¡¡ Er Pae Capellán, Manué!! ¡Suértame por la Vigen!

(*Esnúa-muertos la suelta, y los tres se levantan.*)

ESCENA III.—DICHOS Y EL PADRE CAPPELLÁN REZANDO EL BREVIARIO.

Padre.—¿Qué es eso, buena gente?

Molinera.—Na, Padre santo; que por jace una obra de caridá, he jecho un estrupicio y perdío dos casas de una vez. Que pa que Mariarcarme no fuera tan cargá (como la pobre está vieja y tampoco vé tó lo 'e Dios), le cogí sus faroles pa llevárselo... íbamos en las letanías por que acá, usté lo sabe, enviciás en el rosario, que lo mismo es acabá uno, que ya estamos presinándonos pa emprecipiá otra vez, y ar llegá ar *vasin sine devosione*, voy y pego un rebalón en er condenao der barrisá, y una tortilla e faroles que no ha queao uno sano. Pasaba er probe Manué, y como tiene tan güen corazón, me estaba ayuando a alevantá; Dios se lo pague...

Padre.—¿Pero te has hecho daño?

Molinera.—Yo creo que sí; esa marde-sia rosa 'e porselana me sa jincao titita en

sarva sea la parte (*señalando a la cadera derecha*), que milagrito será que no me esté hasta esangrando. Pero lo que siento, créalo usted, son los faroles de esta infelí, que no tiene más amparo en er mundo que sus difuntos, y que mujeres de bien las habrá en er simenterio: pero como ella y una servidora, aunque a mi no me gusta de alabarme...

Lechuza.—Dí usted que sí, Padre Cura. Acá, nuestro rosario a tó pasto; nuestra misa por la mañana, porque una siempre se ha criado en eso, porque, no por alabarme, pero a cristiana nadie me gana; y miusté por donde el enemigo malo, que le tiene a una tirria porque va mucho a la ilesia, ha jecho que esa güena mujé dé un rebalón y me quee yo sin pan pa mientras viva... ¡Y que han queao güenos los faroles! ¡miusté éste, que paese unas parrillas de aplastao (*Llora desconsolada*).

Padre.—Bueno, no se apure usted, que todo tiene remedio, menos la muerte. ¿De quién eran los faroles?

Lechuza.—De ese difunto mío que su mujé le está hablando ahora a ese empleo de San Paulo, que... mi palabra no lo ofenda, pero...

Padre.—Sí, ya; del marido de doña Sa-

lud... Nada, pues yo le hablaré y verá usted cómo la señora, porque ella es buena.

Molinera.—Po ya, santo varón, jaga usted er favó por completo. Háblale usted también a la Marquesa, diciéndole la desgracia que me ha pasao sin comerlo ni beberlo, y que soy una infelí, y que le dé gracias a Dios, porque se ajorra eso que se da ahora por ar-sidentes der trabajo. Lo que yo he dicho a usted es el Evangalio que ha dicho usted hoy en la misa. Un rebalón, sin poerlo remediá, y la perdición: pa siempre de dos mujeres de bien, como usted no lo arregle. (*Se echa a llorar*).

Padre.—Pues bueno, lo arreglaré o haré por arreglarlo... Tú, Manuel, a cerrar la cancela, y vosotras a acabar de una vez y a iros a vuestra casa cuanto antes, que no quiero mujeres de noche en este lugar.

(*Vánse Esnúa-muertos, la Molinera y la Lechuza*).

ESCENA IV.—EL CAPELLAN, SOLO

Pues, señor, estas contras tienen estos sufragios de última invención. Que se marchitan, si son flores; se derraman, si son aceite; se enlodan, si son trapos; se sueltan y se desparraman, si son abalorios; se quie-

bran, si vidrios, y se rompen, si porcelanas...

Sufragios de vanidad, que, porque son vanidades, se los lleva el viento... ¡Sufragios de tierra, que, porque son de tierra, no suben más allá de la superficie del sepulcro, y a la tierra vuelven!...

Bien dijo San Agustín: Una flor sobre su tumba, se marchita; una lágrima, se evapora... ¡una oración por un muerto, la recoge Dios!

(La campana de la torrecilla de San Lázaro.) ¡Tan! ¡tan! ¡tan!

Padre. — ¡La oración! (Se descubre). Angelus Domini nuntiavit Mariae...

TELÓN RAPIDO

ANGELITOS AL CIELO

CUENTO ANDALUZ

I

Señorita: ha dicho mi mama que me dára usté er velón de las cinco piqueras, y la colcha colorá, y unas poquitas de flores, que me se ha muerto mi niño.

—¡¡Vaya por Dios!! ¿Cuándo ha sido, mujer?

—Esta mañana, cuando estaban alzando a Dios. Le puso mi mama un rabico y tó en la boca del estómago pa vé si revivía, y dió una encongetá y dos retemblos y se queó como un pollito.

La mensajera se echó a llorar.

—¿Y tu papá, no ha ido por allí?

—Otavía no; pero ha dicho la comá Cua-tralva que a vé si lo pué llevá esta noche pa que balie con mi mama en el mortorio, pa vé si se ajuntan; y mi má Rosa le está ya poniendo las cuerdas a la guitarra de mi chacho

Cisco, pa cuantito sean las ánimas empren-
cipiá la fiesta.

—Pues bueno; toma la colcha. Sal al jar-
dín y corta tú las flores, mientras te lleno de
aceite el velón. ¡Cuidado como lo derramas;
que tú eres una cabra montuna que no haces
más que machotear por esas calles, y ya es
menester que tu madre te vaya cortando un
poco la zanca. Lévalo derecho; y aquí la
colcha, debajo del brazo. ¡Mejor será que des
dos viajes! Lleva primero el velón, y ven
luego por la colcha y por las flores. Toma
este canto de pan, que no habrás almorzado,
y para sentir es menester comer. Espera: te
echaré unas pocas de zurrapas de lomo, que
no sólo de pan viven los hombres.

—¡Si yo ero una chiquilla!

—Verdá, mujer, que no me había ente-
rado.

II

¿Iría el papá al mortuorio? Probablemen-
te no. Estaba muy reciente la ruptura con su
mujer. La lengua de la suegra, realmente
vipérina, se encargaba de avivar diariamen-
te el «fuego sagrado» de la odiosidad entre los
cónyuges, separados por imprudencia de la

iracunda vieja, y el niño había nacido después de la separación, sin que el mismo bautizo hubiera sido parte a que hubiesen llegado a una avenencia. ¡Cómo ha de ser!

Y cuidado que Frasquillo el Jareño, queremos decir, el papá, tenía un corazón hermosísimo y quería a su mujer con *tittos los reaños*, y cada vez que veía a su chiquilla se la comía a besos y a mordiscos, y antes vendría del campo sin alma en el cuerpo que sin traerle un nido de pájaros en primavera, una *sená* de frutas en verano y otoño, o una cuelga de palmitos en invierno... pero no dejaba de tener sus puntas y ribetes de orgulloso, y la echada a la calle por parte de la zafia suegra no podía desecharla un punto de la memoria, *aeternum servans sub pectore vulnus*, como la soberbia Juno, de Virgilio.

Por eso, para que su dignidad de marido y de yerno pudiese quedar triunfadora sobre su corazón de padre, se fué a *plao* la noche del bautismo de la criatura, y por eso, al oír aquel día «hacer señal» y saber que era por el crío de la *Mastranta* (su mujer), vaciló entre ir a verla para compartir con ella su dolor, y echarse las alforjas al hombro y *esmanchá* de Hinojos y hasta del término. ¡Estaba muy llagado de su *má* Rosa!

III

Las muchachas de la vecindad han blanqueado el portal de la calle y pintado de almagra el suelo y los *reores*, y levantado en el rincón el «catafalco», es decir, la única mesa de la casa, vestida con la colcha de *andá* la señorita, un embozo de cama con randas y encajes, que debió pedir la mensajera y no pidió, costándole otro viaje, por consiguiente, y una almohada de la cunita con funda de linón, adornada de lazos, escapularios y brevetines.

Otras dos, de las más pespunteras y primorosas, han *geminado* entre tanto la mortaja, comprada por la madrina, o sea un par de varas de holán de Escocia con puntas recortadas a tijera por abajo... Un cuarto de hora más, y cata «la traslación del cadáver» desde las faldas de la abuela al «lecho mortuario» de la «capilla ardiente»...

—¡La quisnarda de flores pa la cabeza!

—¡El ramo pa la mano!

—¡La moña pa la cintura!

—¡Las flores pa encima!

—¡Er velón! ¡Enciéndelo ya, mujé!

.

—¡Qué precioso, mujé! ¡Paece que está dormío el arma mía!

—¡Mi arma como la suya!

—¡Ya se quitó de jambreá y de pasá tramojos!

—¡Una gloria poco hermosa que tendrá a la hora esta!

—¡Oséale esas moscas, mujé!

—Anda: jazle un pañito pa la cara de er peazo 'e tela que ha queao allí; arrecórtale unas puntitas, trae pa acá las ticeras!... asina, ¿ves?

IV

—Titito lo que usté quiera, comadre, menos 'e eso.

—Pero ¿por qué, compadre?

—Porque yo no güervo a mirá a esa mujé a la cara mientras el cuerpo me jaga sombra.

—Pero vamos a vé, compadre: ¿ha tenío ella la curpa de ná?

—No; pero la ha tenío su madre, y mientras su madre esté allí no pongo yo los pies en aquella casa manque se junda er mundo. Eso de haberme a mi tirao la maja del armiré, que si me atraca en la cabeza me

deja en er sitio, y haberme echao fuera como a un perro, ieso no se jace en er mundo con un hombre de vergüenza! Si fuá yo un borracho, penene tós los días, güeno que me hubiá insurtao; pero un hombre que jace un trato, que toma un par de vasos 'e vino, que se le suben a la cabeza, y que entra en su casa armando camorra por la primera vez en su vía, no merece una maja de armiré ni que se hubiá puesto aquella mujé como se puso. Y sobre tóo, que a mí me echó ella fuera sin un motivo, y yo no güervo allí mientras la casa sea suya!

—Güeno, po no güerva usted; quié decí que el niño no llevará fiesta, y que irá el arma mía como un perro. ¡Está poco precioso un mortorio de ánge sin baile y sin bateo! ¡¡qué precioso!!

No; porque yo no vaya a la casa no quió yo que a mi niño le farte ná, ¿está usted? Vaya usted ancá el amo y dile usted de mi parte que le dé a usted medio jornal pa el aguardiente, y ar maestro López que le jaga la cajita por mi cuenta, y a Mariquilla la Enjetá que se estirace esta noche y que cante la toná nueva del Rocío y que bailen jasta la madrugada; que mi niño no es hijo de ningún judío ni de ningún hereje pa que no lleve su fiesta, ¿está usted?; pero que yo...

—Po como usté no jaga un arresto y se lle la manta a la cabeza y diga: a Roma por tó, y se plante allí y baile la primera copla con la comadre, no se temple una guitarra, ni se canta una siguerilla, ni se tocan unos paillos ni par Pastó. Conque piénsalo usté bien; y usté, que no le gusta que tenga naíde que jablá, no vaya usté a dá el escándalo en er pueblo de no bailarle a su hijo. Y que está poco precioso el arma mía. Le himos puesto su arrebó que está que parece un clavé; su mortaja de lo mejón que había en la tienda; su velón con sus cinco piqueras encendías, que paece er portá meramente er monumento; con sus macetas de arbajaca por tó el reó de la mesa, que paece un mes de María, y titita la gente der Pendique diciendo que no se ha visto en titito Hinojos mortorio más bien puesto, y que qué lástima que usté no quiera jacer las paces con la comadre, porque la comadre dice que como usté no vaya, ella no consiente ni que se baile una copla; conque ya vé usté, compadre, que no me debe usté de dejar más fea de lo que soy; y siquía por ese ange que tiene usté en las puertas del cielo y que no pué entrá mientras no se le baile (1),

(1) Tradición de alguno pueblos del Condado de Niebla.

es mesté que dé uste su brazo a torcé, y en er mundo toas las cosas se orvían, y entre los matrimonios mucho más, porque usté no es malo, y si es la comadre, eso es una marva...

—¿Una marva? Diga usté una marva loca.

Güeno; pero eso es cuando le echa cuenta a la madre que es ahí la manzana de la discordia. ¿Quién no tiene alguna falta en er mundo? Porque prefeuto no hay naide. Con que andusté, compadre, vámonos pa allá, que titito en el mundo tiene arreglo, menos la muerte.

V

Son las nueve de la noche de verano y con luna, es decir, de una noche dos veces hermosísima. Todo el honrado vecindario de El Pendique, Triana de Hinojos, está esperando que el sangre gorda del *tocaó* acabe de templar. Ya están hasta palabradas las parejas y escombrándose el pecho la *cantaora*... El guitarrero, al fin, preludia una seguidilla rasgueada; los padres del difunto se ponen en mitad del ruedo «porque no diga la gente»; la concurrencia aplaude a la pareja,

y la cantaora empieza con todo su *guindío*, penetrante como una flecha:

Angelitos al cielo
van de camino;
noragüena a sus padres
y a sus padrinos.

.

VI

Reflexiones del autor aquella noche:

I. Pues, señor; si no lo viera no lo creyera.

II. Esta gente de mi tierra baila por todo.

III. ¡Mire usted que bailar en un mortuorio!

Reflexiones del autor, por la mañana, durante el entierro.

I. ¿Las campanas a vuelo, repicando como locas de alegría?..

II. Casi empiezo a explicarme que «los padres del cuerpo» se pongan a bailar en el *mortorio* de su hijo, cuando «la Santa Madre de los espíritus» les da ejemplo repicando así.

III. ¡Nada!... La fe llevada en sus manifestaciones hasta lo inverosímil para el que

no ve más que la tierra.. No tiene vuelta de hoja: todo esto es fe.

Fe en Dios, que tiene un cielo.

Fe en Jesucristo, que con su sangre lo ha comprado para los hombres.

Fe en el Bautismo, que nos traspasa los derechos de Jesucristo Redentor.

Y fe en la consecución de la eterna bienaventuranza por parte del bautizado que no manchó la estola del bautismo.

VII

.....
Pues... ¡a bailar!

VIII

EPÍLOGO

Un matrimonio evenido... sin cencerrada.

IX

CORO FINAL

Angelitos al cielo
van de camino;
¡norabuena a sus padres
y a sus padrinos!

¡HABIA PROVIDENCIA!

(DICEN QUE HISTORICO.)

I

Dos mercedes había pedido a Dios, como gracia especial por su primera misa: morir en su santa gracia, y vivir los pocos o muchos años que hubiese de peregrinar por el destierro, allí, en aquel convento de frailes Mínimos en que había pronunciado sus solemnes votos, clavos forjados por su albedrío para enclavarse con Cristo al leño de su cruz, en frase de San Pablo.

Por eso, cuando sonó en el reloj de la Divina Providencia, sin la que ni se mueve la hoja del árbol, la hora de la exclaustración, nuestro bienaventurado padre Garrido se sentó cual otro Jeremías a llorar con lamentos inenarrables la dispersión de sus hermanos de Orden y la ruina de su convento de los Terceros, de Sevilla, y si no la ruina

materialmente, pues la fábrica había quedado en pie a pesar de la piqueta demoledora, el ingreso de tanto incircunciso militarote como asentó sus reales en aquel santo asilo de la oración y del estudio, del silencio y de la mortificación, convertido en cuartel de buenas a primeras.

Quomodo obscuratum erat aurum, mutatus color optimus?...

No se ha averiguado aún por el cronista de la Orden si fueron trazas humanas del pobre fraile, o bien designio especial de la Divina Providencia lo que consiguió el milagro de un nido de golondrinas, o punto menos, que pudiese servirle de albergue en no sé que cuchitril de detrás de un retablo, al par que el nombramiento a su favor de capellán de aquella iglesia tan querida para él, nido de sus amores, reclinatorio de su oración y relicario de sus recuerdos.

Por lo menos, la segunda gracia de su primera misa se había alcanzado. Jeremías se quedaba en Jerusalén; y aunque *bebiendo su agua por su dinero*, vamos al decir, en Jerusalén a la postre.

¡Había Providencia que alimentaba sin graneros a los pajarillos de los aires, y vestía de esplendores más que salomónicos a los lirios del campo!

II

Pues, señor: que lo mismo soldados que oficiales acabaron por hacerse amiguísimos del exclaustrado, dechado de caridad y sencillez de espíritu, que cautivaba a los jefes y se entendía con los subalternos como los que se valen de un mismo idioma; y padre Garrido aquí, y pae Garrío por acullá, no había en todo el cuartel quien bien no le quisiese, ni quien de palabra o hecho no se lo manifestara. Está escrito y no puede fallar: —Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

III

Era una tarde del mes de abril, la del día primero por más señas, cuando, adornada la iglesia de los Terceros con sus mejores galas, como víspera del día del Santo Mínimo, acercóse a la puerta del cuartel una gitana de aspecto de Pipota, dejando ver, no sé si de propósito, si por inadvertencia, por encima del mantón un más que regular escapulario del Carmen, y liado a la muñeca, de color de mojama, un rosario de cuentas de huesos de aceitunas; quien cansada de

aporrear en vano la puerta de la iglesia, encarándose con el cabo de guardia, húbole de decir con mucho comedimiento:

—Oigasté melitá, y usté perdone: ¿está ahí, por una causaliá, er pae Garrío, aunque mar pregunte?

—Ahí está en la sala de guardia con el capitán Valero.

—Po jame usté er favó de decirle que está aquí una güena mujé, pa una cosa de concencia.

Pasaron dos minutos, y el padre allí, y la gitana diciéndole con voz como con sordina por el terror sagrado de lo sobrenatural y milagroso:

—¡Ay, pae Garrío de mi arma, y qué caminos y qué vereas los caminos y las vereas de su Divina Majestá de Manifiesto! Mi marío le ha tocao Dios ar corazón, y se quié confesá con usté, pero esta noche mismo. Ya himos jecho entre los dos er desamen de concencia y jasta himos rezao... cinco creos en penitencia a tititos los santos del armanaque. De moo y manera, pae Garrío de mi corazón y de mi arma, que esta noche en puntito de la quea espéralusté en er confisionario, pa ponérmelo en paz con Dios, que es lo prencipá; y lo que toca yo es cosita que me

he enviciao en el rezo, y primero me queo sin la camisa que sin mi escapulario der Carmen, ¡míalo usté!... Así es que esta noche es semenesté que usté me lo espache y que le dé usté su santolio, que dicen que es tan güenísimo...

—¿El Santo Oleo también? ¿Pero está malo?

—No, señó; malo no, en güena hora lo cuente; sino que como le ha entrao esa virtù tan a rajatabla (porque santos los habrá en los artares, yo no lo niego, pero como él, mentira), quiere er probecito recibí to lo güeno que puean darle. ¿No se llama er santolio eso que se le da a la gente con los faroles y que está metío en una lacenita pa comulgá? Po eso habíamos pensao que le diera usté esta noche, que dicen que es una cosa atroz lo de indulgencias que tiene. El no quíé vení por las mañanas, porque alospués toas son jablaurías de la gente, y por eso es queré que sea de noche, que tos los gatos son pardos, como dijo el otro.

Conque queamos en que usté lo espera, ¿estasté? Acá venimos, o viene él sólo, porque yo quizás me tenga que queá ancá mi hija; usté le hecha su bendición y me lo deja más blanco que una paloma. ¿No era Santa

Mónica, viúa, la mujé de San Grabié, que estaba la pobrecita siempre en un grito, porque él era de los protestantes y alospué fué santo y tóo? Po aquí tiene usté otra, aunque en mala comparación. Tanto le he dao con que si Dios, con que si la Virgen, con que si señá Santa Ana, que no quiere que pase de esta noche sin ponerse en gracia 'e Dios, y onde haiga joyo, que se eche tierra.

Lo que le he dicho a él: San Juan Evangelista, que sale en las Cofradías y tó, miá tú si será santo, ¿no era también ladrón (porque él, pa que usté se entere, ha sio del oficio) y er Señor lo perdonó en deje la cruz, y quearon a partir un piñón y a darse el agua a buches? Y misté, pae Garrío: se me echó a llorá mi hombre, que jasta tos le entró; y allí le tiene usté esmoreció que parte los corazones, aguardando el arma mía que suene en la Girarda er toque de la quea.

—Bueno: pues lo esperaré—respondió el exclaustado.—La Providencia de Dios tiene designios inescrutables. ¿Quién reduce a guarismos las maravillas de la gracia?

—¿Conque a la quea?

—A la queda.

IV

Y al sonar la primera campanada, el fraile, abriendo el postigo del cancel... allí estaba el gitano, descendiente de larga dinastía de cuatrerros y rufianes, quien, destocándose muy devoto el sombrero a lo tío Canillitas, se dejó tomar de la mano por el fraile y conducir suavemente hacia el confesonario...

¡La gracia de Dios triunfaba! ¡La ovejuela lueños años huída del redil se dejaba atraer por el cayado del Buen Pastor!... ¡Había Providencia!

—Conque, vamos, hijo mío: respetos humanos al traste; ábreme de par en par tu corazón. Yo también soy pecador, por desventura mía; y lejos de horrorizarme de tus pecados, por muchos y muy grandes que éstos sean, harto haré con compadecerte y perdonártelos... Anda. Por la señal...

—Misté, pae Garrío—replicó el penitente, cuadrándose ante el confesor,—déjamusté de cantinelas y de pamplinas pa canarios. Las cosas claras y er chocolate espeso. Yo he venío na más que a garveá la prata que hai-ga en la ilesia: de moo que mientras más prontito me la endiñe usté, más aina remata-

mos. Conque abre er párpago, que has pisao un queso.

—¿Qué estás diciendo, boca sacrílega?... ¿Entregarte los tesoros de la Iglesia de Dios? *Non mittendum sanctum canibus*, como contestó San Lorenzo! ¡Antes dejarme matar cien veces que coadyuvar a pecado semejante!

—Pae Garrío, pae Garrío, misté que a mí no me gustan las cosas por la mala. Lo que pué ser por la güena... jacerlo por la güena. Yo no he venío a esta feria pa no enferiarme.

—¡Hijo mío! ¡Existe una Providencia que, aunque parezca dormida a veces, da a cada cual lo suyo tarde o temprano. La Providencia de Dios, que dispone todas las cosas con suavidad, y...

—Que me deje usté a mí, le tengo dicho, de infundios y pamemas. Yo no vengo a porfiá si hay Providencia o no; pero lo que dijo el otro, cuando lo amenazaba er tabernero con er día der juicio: Si pa allá me la guardas, échame otro medio. Lo que a mí me está jaciendo farta, pero ya mesmo, es titita la prata que haiga en la ilesia, si no quié usté que le jaga cosquillas en la nué con este cortaplumas.—Y sacó una *charrasca* de vara y media de andadura.

—Pues hijo, tú allá. Entra a saco por la casa del Altísimo y expólfala a tu sabor. ¡Pero que no se te olvide que hay Providencia!

—¿Conque Providencia, eh? ¡Po dale usted memorias 'e mi parte!

Y comenzó el gitano su expolio sacrilego, descolgando aquí una lámpara y arrebatando acullá el cetro y la corona de una Virgen, removiéndole allí una cruz y aquí unos candeleros, sin que dejara de resonar en sus oídos, a cada arrebatón, la conmovida voz del exclaustado, como enérgico aunque impotente grito de protesta del derecho contra la fuerza bruta: ¡¡Que hay Providencia!!... ¡¡¡Hijo mío, que hay Providencia!!!

Dentro de la hornacina del altar mayor, con las manos cruzadas sobre el *Charitas* del hábito, y los ojos clavados en el cielo en ademán de perpetuo éxtasis, estaba la santa imagen del «Mínimo entre los máximos y Máximo entre los mínimos», en expresión de uno de los oradores de los tiempos del padre Isla, sosteniendo entre los brazos un báculo de plata, maravilla del arte plateresco.

Verlo el gitano y encaramarse al altar, todo fué uno... ¡Ahí era nada lo que se le *esorviaba* con la priesa!

El exclaustro se quedó atónito.

¡Aquello era ya lo último! Y dando una palmada, en señal de estupor, por lo inaudito del atropello, exclamó con una voz en que iban todos los acentos del horror... del espanto:

¡¡Hasta el báculo de mi Padre San Francisco!!!

Y cual si fuese cosa de encantamiento o desquite de tamaños desmanes por parte de la Divina Providencia, a la palmada del fraile surgieron de repente de entre las densas tinieblas de la noche, que invadían el santuario, dos a modo de soldados de complexión atlética, quienes, desenvainando sendos sables, se liaron, zurra que es tarde, con el sacrilego, mientras el exclaustro repetía con desesperadora chunga:

—¿No te decía, hijo mío, que había Providencia?

V

Cuando a las tantas de la noche volvió a sus dioses penates el gitano, molido como alheña y sin más plata ni gorda ni *menúa* que la que sobre sus costillas había nenudeado, preguntóle su mujer el por qué de tanta sangre como por todas partes le chorreaba.

—Na—le contestó el doliente, con voz de frío de calentura: —¡que *había provien-sia!* ¡por vía de su estampa, y que me han jecho porvo!

VI

Explicación del misterio.

Que el bienaventurado padre Garrido, aunque sencillo como paloma, no dejaba de tener prudencia de serpiente, y había tomado sus precauciones por si la maravilla de la gracia era añagaza y ardid de la bellaquería.

Mientras yo no dé una palmada—había dicho a dos soldados, devotísimos de él por no sé qué documentos que el fraile les escribía periódicamente (malas lenguas aseguran que eran las cartas para las novias),—mientras yo no dé una palmada, vosotros quietecitos; no vayamos a estorbar la obra de Dios. Ahora: en cuanto las oigais, San Palermo bendito sea con él que es Santo muy milagroso.



“PETITIO DECENTIUM”

(HISTÓRICO)

I

Adherido como nido de golondrinas a un rincón del incomparable arco de herradura, por donde de la calle de los Alemanes de la ciudad del Betis se entra en el patio de los Naranjos de la más grande Catedral de España, hay un retablo de jaspe rojo, con incrustaciones de mármol negro, que acaso no valga ni brizna como obra de arte decorativo, pero que así y todo *decora* hasta hacerse imprescindible allí, viniendo a ser, a pesar de sus nadas grandiosas proporciones arquitectónicas, algo así como el altar mayor de aquel risueño templo al aire libre.

Cércalo elegante verja de hierro forjado, de intrincada labor y complicada urdimbre; del lado allá de la cual arden las lámparas y se consumen los cirios que encendió la devo-

ción y se marchitan las flores que depositó sobre el ara la ternura, mientras sinceros exvotos de cera u hoja de plata, con lazos multicolores, pregodan, con la bondad del Dios de las misericordias infinitas, la eterna gratitud de los favorecidos por la largueza de la divina mano.

Luz torrencial del sol de Andalucía y agonizante fulgor de lámparas; efluvios de azahar... cuando lo hay, y olor a humo de cera, diluído perfume de arábigo incienso y ráfagas de aire impregnado de aceite de *calentitos* de la vecina plaza; voceo de vendedores, campanillazos de los tranvías que vienen de la calle de Hernando Colón, chirigotas de los cocheros de la parada próxima, y cuantos mil ruidos de todo género brotan de la ancha vía, de las más transitadas de la ciudad, mézclanse continuamente con los rezos de los devotos que circundan, arrodillados unos, y otros de pie, la verja del retablo, dentro de cuya hornacina, contraída la boca por el olor y agobiada la vista por la vergüenza, ensangrentada la divina frente y acardeñaladas las mejillas, se destaca la imagen de un *Ecce Homo*, con su mantolín de púrpura, su corona de espinas y su cetro de caña, divinidad de aquel templo sin techumbre, como

los atrios del templo del pueblo que lo condenó a la cruz vociferando ante el Pretor de Roma: *Nolumus hunc regnare super nos*: No queremos que éste reine sobre nosotros.

Conócese en Sevilla la santa imagen con el hermoso nombre del Señor del Perdón, y duda el que esto escribe que haya otra imagen, en toda la ciudad, de devoción más tiernamente callejera; más de todos los días del año y de todas las horas del día; más popular, más arraigada, más democrática. Y lo mismo vé usted allí una moza de servicio arrebujada en el mantón de flecos con la cesta de la compra al brazo, que encopetada señora de alto coturno, con los cien mil alfileres; el título de Castilla, que el operario que va al taller; el empleado del templo, que vive adherido al templo

como el muérdago a la encina,

que el *tourista* que pasa; la cigarrera que vuelve de la fábrica de tabacos, que el prebendado que se dirige al coro; el mendigo que pide, que el limosnero que da... gente, en fin, de todos los estados y posiciones y de todas las cataduras y pelajes, que pasan y se entrecuzan, se detienen o no, se arrodillan o permanecen de pie, rindiendo cada cual a su

manera pleito homenaje de devoción al lastimado *Ecce Homo*, que ve rodar los siglos desde su hornacina de piedra y desfilar por su propiciatorio todas las cuitas y todas las gratitudes, todas las penas y todas las alegrías, todas las esperanzas y todos los anhelos.

Y verán, verán los lectores, o, por mejor decir, oirán, si es que siguen leyendo, la peregrina oración que yo oí cierta tarde, cuando estaba de Cura en el Sagrario de la Santa Iglesia, sentado en la espaciosa colecturía, junto a la puerta que cae frente al retablo, abierta a la sazón de par en par por hacer un calor como de Agosto, que era el mes que corría, si no flaquea nuestra memoria:

Señor mío Jesucristo...—pero hagamos por pintar el tipo del orante.

II

Tendría su medio siglo. Pero si se le querían añadir de cominitos media docena de años, también los admitía tan guapamente; no pondríamos la mano en el fuego porque no hubiese cumplido los sesenta. Era hombre desmedrado de estatura, desgastado de indumentaria, limpia como si estuviese loco y tuviese la monomanía del aseo, muy rapado de

barba, muy peinado de pelambre y muy pintado de bigote, por donde ¡vaya usted a poner puertas al campo... de la imaginación! hubiéramos roto lanzas porque fuese barbero.

Estaba de rodillas ante el altar, y por ende de espaldas a la colecturía; con el sombrero bombín sobre las corvas, los ojos en la imagen, los brazos en cruz y el alma en los labios; y como se viese solo y sin testigos de vista ni de oído, he aquí que empezó a decir, exhalando un suspiro como si el alma se le arrancase:

—Señor mío Jesucristo... Dios y hombre verdadero... Criador y Redentor mío... Jesús mío del Perdón, de mi alma... Padre de mi corazón. ¡Por tu pasión y muerte, Jesús mío! ¡Por... las lágrimas de tu Madre y Señora mía... de la Soledad, que yo soy hermano suyo de la de San Lorenzo (!) y salgo todos los años de hermano de canastilla!... ¡¡Por el Santísimo Sacramento del Altar!! ¡¡¡Por lo que Tú más quieras en el mundo... y en el otro!!!... ¡¡¡Por la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero!!!... ¡¡¡¡Que mañana se juega, Jesús mío!!!!... ¡Que no se te

(1) Cofradía que hace estación el Viernes Santo.

olvide el número!... ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

¡No por mí, Jesús mío de mi alma del Perdón, sino por aquella casa de familia, sin más amparo en el mundo que la miseria que viene uno a ganar! ¡Ocho, ocho, Jesús mío, contando con mi suegra, y la casa nueve! ¡Nueve bocas... abiertas en mi corazón, todas a la clemencia del cielo, como Tú no lo remedies con tu poder divino!! ¡Que no se te olvide el número, por el amor de Dios!! ¡Catorce mil novecientos treinta y siete! ¡Jesús mío de mi alma! ¡¡Compasión de este infeliz!!!

—¡Vaya!—decía yo entre tanto, compadecido del novenario de bocas abiertas en el corazón del cuitado,—habrá jugado a la lotería de mañana y viene a pedir al Señor el *apósito* de un premio. Dios premie tanta fe y acoja benigneamente tan ahincada oración. ¡Pobrecito!

Cuál no sería mi sorpresa, cuando oí que decía, con las manos cruzadas sobre el pecho:

—¡Que yo no quiero ni pensar que venga premiado! ¡Jesús mío de mis entrañas, que no llegue a venir ni en la pedrea! ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!! ¡Que no se te olvide, por lo clavos de... tuyos!!!

Yo me hacía cruces. ¡Pedir con tanta instancia hombre tan necesitado que no fuera a tocarle la lotería!... ¿Era una de esas almas desasidas de todo lo terreno, que ven en la riqueza un obstáculo insuperable para la salvación, candidatos seguros para la bienaventuranza, como supremos pobres?... Pero si no quería dineros, ¿por qué demontres jugaba a la lotería? Y si estaba tan enamorado de la pobreza voluntaria, ¿por qué se lamentaba de las nueve bocas con que le había agasajado el Dios que todo lo dispone con suavidad? Yo estaba aturrullado.

Y prosiguió mi hombre la siguiente letanía, con la voz entrecortada por los sollozos, golpeándose el pecho a cada jaculatoria:

—¡Por tu oración del huerto! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tu columna y azotes! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tus tres caídas... que también soy hermano de la de San Isidoro! (1) ¡¡Que no me salga!!

¡Por la Santa Mujer Verónica! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tus siete Palabras en la Cruz! ¡¡Que no me salga!!

(1) Cofradía establecida en dicha parroquia.

¡Por tu muerte santísima! ¡Que no me salga!!

¡Por la soledad de tu Madre! ¡Que no me salga!!

¡Por San José de Arimathea, y Nicodemus, y San Juan Evangelista, y las tres Marías, y el santo Sepulcro! ¡Que no me salga!!

¡Por... las sibilas del santo Entierro!
¡Que no me salga!!

—Pero ¿por qué ese horror—segua yo diciéndome—a que le salga la lotería? ¿Tiene más que repartir entre los pobres lo que le toque, y hasta romper el décimo para que le sea imposible el cobro, ya que tanto parece repugnarle el poder llegar a ser infiel a la pobreza, con la que se ha desposado a lo Francisco de Asís?

Y añadía el sin ventura, con el afán con que el náufrago se agarra a la tabla salvadora:

—¡Cinco años, Jesús mío! ¡cinco años, en memoria de tus cinco llagas, prometo venir a verte día por día, que llueva que ventee! ¡Pero no me desampares, por las ánimas benditas del purgatorio! ¡Que no se te olvide el número! ¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

Como en esto llegasen por distinto lado una vieja encorvada y angulosa y un caballero de noble porte, y una y otro se arrodillasen ante el altar, nuestro orante dejó de orar en alto. Tornó a ponerse en cruz por espacio de tres credos; besó el suelo tres veces con la mayor humildad y compostura; recogió el bombín, que se le había rodado de sobre las corvas; se alzó del suelo y se limpió las rodilleras, y, santiguándose de despedida, desapareció de la escena en derechura de la puerta del Lagarto.

III

AL DÍA SIGUIENTE

—¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Afeitamue-
tos!

—¡A la cárcel! ¡Al Pópulo! ¡A la casilla!

—¡Dale un trancazo! ¡Pégale un tiro!

—¡Bribón! ¡Reladronazo! ¡Diego Co-
rriente!

.....

—Pero ¿qué ocurre?—preguntamos al
remendón de la esquina, que arengaba a la
turba sediciosa como Marat.

—¡Ahí es ná lo del ojo! Que er tío ese ha dao partisipación a medio barrio en un dé-simo 'e lotería que no compró; ha venío premio con er gordo, y misté ponde nos vamos a esayuná con chuletas 'e barbero. ¡Anda ahí con él! ¡¡A cuarto la vara 'e tripa!!

—¿Y recuerda usted el número?

—¡Er catorse mi novesiento treinta y siete!

—¡¡Jesús mío del Perdón!!



LA MADRE ALEGRÍA

TROZO DE HISTORIA

Cuando con los ojos bajos, las cejas de color de castaña oscuro un si es no es reman-gadas en su vértice, y entreabierta por el ja-deo de la respiración la boca de pronunciadas comisuras, entró en el locutorio donde yo conferenciaba con la madre superiora, me pa-reció una *Piedad* desprendida por arte de magia de la dorada tabla de un tríptico góti-co; que había en aquel semblante de color de marfil antiguo, al que prestaba tonalidades de carne humana la azulada blancura de la toca, esa expresión inmoble de triste resig-nación, o resignada tristeza con que el genio del *divino* Morales marcó el rostro ojival, más expresivo que bello y más místico que hermoso, de sus incomparables Dolorosas.

Yo me puse de pie al verla entrar, como cumple a todo hombre educado cuando entra donde esta él persona extraña, más si es una

señora. Hizome ella una cortesía, que dejaba adivinar toda una gran dama de raza bajo la burda estameña del hábito monjil; habló unas cuantas palabras con la madre—con permiso del señor por supuesto —y con otra reverencia de corte distinguidísimo, que ya quisieran algunas reinas cuando saludan, se perdió por el soleado corredor por donde había venido.

—No conozco a esta madre—me permití decir a la superiora, intrigado, como suele decirse, por tanto señorío y tanta distinción en amigable consorcio con tan hiératico continente y rostro de tan mística amargura.

—No es extraño, porque vino anteayer me contestó la superiora—de la casa que tenemos en Madrid; es la madre Alegría, tan perita en idiomas, de quien habrá oído usted hablar cien veces a la madre Amparo.

—Madre Alegría... madre Alegría...—Y yo no recordaba.

—Sí, señor: la condesa de las Torres del Castillo, que costeó el noviciado de Barcelona

Y como, en honor de la verdad, yo no sabía nada de dicho noviciado, ni era cosa del otro jueves que en aquella religión hubiese o dejase de haber una condesa más o menos, y como, por otra parte, lo que a mí me había

llevado a conferenciar con la superiora era asunto de más monta y de mayor momento que quién pudiese ser monja tan señoril y distinguida, reanudamos nuestra interrumpida conversación, hasta que llegó la hora de darle finiquito.

Me despedía de la madre hasta más ver y me alejé del convento, preocupado ¡mire usted qué bobada! de que llevase el nombre de Alegría una monja tan triste. ¡Cuánto mejor no le cuadrara llamarse madre Angustias!

Pues, señor, andando el tiempo vine a trabar con la madre de mi historia una estrecha amistad; llegó a ser superiora de aquella casa, donde yo dirigía una Congregación de mozas de servicio, y superiora y padre director tuvimos que tratarnos con frecuencia.

—Pero, madre—le dije un día, después de un reparto de premios en que todos los asistentes hubieron de reír por los siglos de los siglos con un chusco sainete, donosamente representado por las muchachas, sin que ni por soñación de casualidad la madre se hubiese ni sonreído:—¿quién tuvo el desacierto de poner a usted el nombre de Alegría?

—Yo misma, padre, que lo pedí a la superiora general con la más viva instancia.

—Como no fuera por llevar la contra a su temperamento...

—No, padre: ¡nada de eso! Es porque usted no sabe todo lo desgraciada que fui yo en el mundo.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Pues yo se lo explicaré.

—Pues luego es tarde.

—Usted sabe que yo soy viuda, o mejor, que lo fui; pues ahora soy, a Dios gracias, esposa, aunque indigna, de Jesucristo Nuestro Señor.

—Sí, señora; lo sé.

—Pues yo fui muy sin ventura durante los cinco años que viví en matrimonio; durante esos cinco... clavos con que quiso el Señor crucificar mi alma.

—Enamorada, como de un ídolo, de un hombre sin corazón, que se casó conmigo por puro cálculo, mi vida conyugal fué una interminable calle de la Amargura, y la cruz de mis cruces una... infeliz mujer, mantenida por mi marido con mi dinero, paseada con el mayor descaro en los coches de mi casa, aposentada en mis quintas y hasta regalada a veces con mis mismas joyas.

Un día, de Carnaval por más señas, entré en mi tocador y ví abierto mi joyero (una preciosa arqueta florentina, que hoy sirve en nuestra casa noviciado de Barcelona para urna del monumento) y al conde guardarse algo en el bolsillo precipitadamente, como el ladrón sorprendido por la justicia con las manos en la masa. Era un collar de perlas de Guzarate, única joya que me quedaba ya de las pertenecientes a mi madre de mi alma, reliquia tres veces santa para mí, por haber sido regalo de mi padre a ella en el día de sus bodas.

Contra mi temperamento de mansedumbre, pues siempre me pase de débil para con él... (así y todo, lo amaba), contra mi costumbre de devorar en silencio mis muchas amarguras, me abalancé a mi marido, dispuesta a todo, y le arrebaté el collar. Hizo él por recobrarlo de un manotón, y yo, por defenderlo a todo trance de profanación tan sin nombre, rompí el hilo y tiré a la calle, maciza de más caras y de transeuntes, aquellas preciosas perlas que una reina se prendería con orgullo.

El conde entonces, hecho una fiera, como si fuese poco haberme abofeteado el alma tantas y tantas veces, me abofeteó la cara... Mi dignidad de mujer y mi orgullo de grande levantaron su cabeza de serpiente pi-

soteada. Le escupí en la frente, y mi tío el duque de Huétor, que acertó a entrar y que sorprendió la escena, le disparó dos tiros de su revólver.

El muy cobarde huyó, sin que nadie averiguase su paradero; hasta que a los seis meses se supo que había muerto en Monte Carlo de la epidemia reinante allí: de desesperación que remata en suicidio.

La monja ahogó un sollozo que se le había venido a la garganta. Se limpió dos gruesas lágrimas con el desteñido pañuelo de yerbas que sacó de la manga, y terminó su relato diciéndome con una sonrisa de mártir en el Ecúleo.

—Conque ya tiene usted ahí la historia de mi nombre.

—La historia de usted, dirá usted—hube de replicarle;—pues lo que es la de su nombre no la veo.

—¡Ay, es verdad! ¡Cabeza de chorlito como esta!... Bueno: pues esa mujer, mi cruz y mi calvario; se llamaba... ¡Alegría!

ééé. .!!! —esto dijo mi cara.

—Sí, señor—añadió la monja:—me pareció la manera más... fina de perdonarle cuanto me había hecho llorar en este mundo, y pedí a la madre general el nombre de Alegría.

LOS ZAPATOS DE PAQUILLO

CUENTO DE REYES

I

Paquillo el de la Casera estaba muy resentido de los Santos Reyes.

Eso de dejar pasar los años y los años sin venir a los Corrales repartiendo .. siquiera calzones y zapatos, gorras y chamarretas (ya que no trompos y caballitos de cartón), y no dejar entre tanto niño rico de la barriada sino juguetes costosísimos y golosinas idem, parecíale a Paquillo una parcialidad irritante por la burguesía y una injusticia tamaño contra el proletariado... algo así como poner en acción el refrán de: «Al cochino gordo, untarle el rabo.»

Los contadísimos años que le cogía con zapatos la venida de los Reyes, los ponía (los zapatos, que no los Reyes) en la venta-

na de su vivienda. Las muchísimas veces que no tenía zapatos que poner, ponía los desportillados alpargates de desflecadas punturas. Y cuando ni de lo uno ni de lo otro había en su ropero ni sombra de ejemplar, entonces ponía la gorra sin visera, pero con ventiladores a los cuatro vientos, pues contaba con agujeros para los cuatro cardinales, y aun sobrábale a veces para todos los radios de la rosa.

Pero .. ¡que si quieres! Los Santos Magos del Evangelio pasaban siempre de largo por la ventana de Paquillo, los años que acertaban a pasar, y sólo en una ocasión, después de esperarlos muchísimo y de hacer muchas cábalas de color de rosa acerca de su venida, le dejaron un *puro* de oroúz, ¡mirara usted qué porquería para gentes tan ricas y principales!

Paquillo se sentía anarquista en miniatura; pero anarquista al fin. ¡No por él sólo, bien lo sabía Dios, sino por todos los demás granujas del corral, tan desheredados de la fortuna como él, tan olvidados y preteridos anualmente de los Santos aéreos viajeros, repartidores de juguetes!

—¡Qué quieres, hijo!—le decía su madre, cuando él se aperreaba y ponía el grito

en el cielo, viendo las parcialidades de los Magos por los niños ricos.—Esos niños serán más buenos que tú y más bien mandados; no se destrozarán tantísimo las rodilleras, ni pintarán muñecos en las paredes. Sé tu bueno como ellos y verás cómo los Reyes no te echan en olvido para otro año.

Paquillo proponía entonces mejorar de vida y costumbres, aunque luego se olvidara de sus saludables propósitos; pero no bien empezaba a alborear en el horizonte del almanaque... y de la Alcaicería (1) el tiempo de la Natividad de Jesucristo nuestro Señor, nuestro héroe se trocaba en lo más recoleto que imaginarse puede, y si había de tirar veinte piedras a los tejados, hacía un esfuerzo de voluntad y no tiraba más que dieciocho; si pintaba monigotes en las paredes, «al carbón», los borraba al instante con el dedo mojado en saliva, y si había de saltar a la *piola* sobre la primera vieja que tropezase, lo conmutaba con halarle del mantón o darle un garfañón de la mantilla. Los mandados de su madre, también, también los hacía... algunas veces, y en cuanto a ir a la escuela... lo menos dos veces iba en toda la temporada

(1) Calle de Sevilla, donde se venden nacimientos.

de Adviento. Pedir más los santos Reyes ¡vamos! que hubiera sido gollería.

II

Aquel año de Cristo quiso la señorita de calle Acetres celebrar sus días—se llamaba doña Concha,—repartiendo entre los pobres de su conocimiento calzado y ropa de abrigo que de los rigores de la invernada los resguardase; y mire usted por dónde tocó a su lavandera (la madre de nuestro Paquillo) una manta... que empeñar, y una toquilla de estambre que ponerse, pues no era cosa que la echase de menos la señorita, amén de unos zapatos de becerro para Paquillo, primeros hasta entonces lo que se llama estrenados por sus pies.

Paquillo se volvió loco. Jamás había leído a Pereda, como nuestros lectores comprenderán; pero adivinó la razón del deleite con que el maestro de la novela española contemporánea olfateaba de niño *el hedor del betún de los borcegués recién traídos de la zapatería, y de propio intento puestos por él debajo de la cama el sábado por la noche* (1). No arrancará de la alegría de

(1) De *Reminiscencias*, en «Esbozos y Rasguños.»

Paquillo la comparación popular «más contento que chiquillo con zapatos nuevos»; pero en Dios y en mi ánima que mereció haber dado motivo a la frase el contento del muchacho.

El primer día de Pascua los estrenó para saborear a todas sus anchas un presentido y nunca hasta aquel día saboreado: el de coger una lata de tomates, vacía por supuesto, buscada entre la basura de la casa del señor Conde, ponerla boca abajo sobre los adoquines de la calle é ir dándole puntapiés, con el fragor consiguiente, hasta la puerta de la Macarena; y desde allí hasta el puente de Triana. ¡Jamás sonata de Beethoven produjo tan intenso placer acústico!

Pues, ¿dónde me dejaba usted poder atraer un gato con zalameros ¡*minis!* y traidores castañeteos de dedos, guardarlo a pie firme con aire inofensivo y bonachón, y, *citius dicto*, ¡¡plaf!! remontarlo hasta el alero del tejado, como proyectil de catapulta, de otro puntapié indefectible, certero como el golpe del mazo de un batán, y potente y brioso como el del émbolo de una máquina? ¿Para qué, si no, se hacían botas nuevas en el mundo, ni cuál otra era la misión del pie calzado? ¡Ah de la raza felina, mientras

no se convirtieran en tostadores de castañas las botas de Paquillo!

III

Y pasaron quince días sin novedad mayor, a excepción de otros pocos de puntapiés dados en otras tantas espinillas, pero en justa defensa ¡que conste!, y llegó el día 5 de Enero, víspera de la venida de los Reyes Magos.

Paquillo hizo examen de conciencia aquella noche, y se sintió contrito de todos sus desmanes. Prometió firmemente la enmienda para lo sucesivo... menos en lo de los puntapiés a las latas de tomate, por tratarse de cosa inanimada, y sin que de ello se percatase la autora de sus días, que se lo había prohibido terminantemente, abrió con gran cautela la puerta de la ventana que daba al corredor, y con el mayor sigilo puso en el aféizar la prenda de sus amores: sus zapatos.

No se coscó en toda la noche. ¡Como piedra en pozo!... ¡Dios, y qué cosas más lindas las que empezó a soñar!

Un camello, cargado hasta renguear el pobrecillo, de caballos de cartón y Juanes de

las Viñas; de pelotas de goma, escopetas y sables; de celadas de armados de Semana Santa y de *bolindres* de cristal policromo; de globos y de látigos, carros y tambores, trompetas de latón y soldados de plomo... ¡Jesucristo, cuantísimas garrapiñas y caramelos saliéndose por la rotura de aquel fardo de oro...—¡Aquí, aquí! ¡En estos zapatos que hay en esta ventana!... Ya, ya: ya viene el Negro. No da miedo ni nada, ¿verdad?... Lo mismo que un rey de copas de la baraja: su corona de *pinchos* en la cabeza, su talabarte color de oro, con espadín; su tabardo de púrpura aforrado de armiños, y su *tarro* de forma de compotera lleno quizá de dulce de cuchara, como cabello de ángel, meloja, arropé... ¡Pues también podían traer dátiles y madroños, cabezas de girasol... y triquitraques!... ¡No! ahí no. ¡Que el niño que vive ahí es, muy acusón y muy *soplete*, y pega muchos cates, y... ¡Aquí en esta ventana están los míos! Yo les prometo a ustedes ser de aquí en adelante lo más... edificante que haya en el corral; y si ustedes se empeñan en que no corra más latas de tomates, quiere decir que me haré cuenta de que me han cortado los pies en la casa de socorro. Pero echen ustedes ese caballo con ruedas. No le

equivale que no quepa en los zapatos: pónganlo encima. ¡Y esa pelota también, y... mire usted, señor paje: ¡usted, el de los globos! mire usted que a mí me gustan mucho los globos. Los verdes, no: ¡Los colorados, que son más bonitos! Amárrelo usted, si acaso, al cuello del caballo para que no se vuele. ¿Juan de las Viñas también? pues póngale usted encima un sable para que no se *roe...* o si acaso un tambor con una trompeta encima para que esté más seguro... y si acaso ¡ese látigo!... Amárrelo usted al gatillo de esa escopeta, que lleva usted muchas; y si le parece a usted, eche usted veinticinco o treinta soldaditos de plomo. ¡Que vengan un abanderado y una cantinera! ¡Ajajá!

Mire usted: ya haga usted el favor por completo. Lléneme usted los zapatos de piñones de dulce... ¿Polvorones también?... Pues para eso, eche usted garrapiñas... No, de las de color de rosa... Bueno: pues de las blancas también, para que haya de las dos: a bien que son dos los zapatos. ¿Esos dos desollones que tienen en la punta?... Pues... que *trompiezo* algunas veces sin querer con algunas latas de tomate; pero que es sin querer... Y esa mancha de sangre del pie derecho... pues como no sea de algún gato que se me haya metido entre las piernas sin yo verlo...

¿No trajeron ustedes algún chalequillo y una bufanda? ¡Hace tanto fresquete por las mañanas temprano! Y a propósito de mañanas: todavía no me he hartado de tejeringos en la edad que tengo. ¡A ver si por casualidad me dejaran ustedes una rueda como la de la noria de Capuchinos!

—...

—Yo, no: la verdad; de verdad que yo no hago eso en la cama... sino que sudaré mucho por las noches y se moja el colchón. Dénme ustedes un casco de armado, y no *sudo* más. ¡Ande usted, sota de bastos! Démelo usted, y voy... dos veces a la escuela todas las tardes.

—...

—Sí, señor: la sé toda. ¡Una barbaridad! Y si no, vaya usted preguntándome.

—...

—¿Los mandamientos? El primero.. creer que es en cuanto hombre. El segundo... amar su santo nombre en vano. El tercero... no hurtar por Pascua Florida, y el séptimo.... no alevantar por los vivos y los muertos. Luego después se dice:—Sí, Padre; antes si hay peligro de muerte o se ha de confesar.

—...

¿Que quién es Dios? ¡Los Apóstoles!

¿Para qué? Para *enfundarnos* en la fe... Pedro, Juan, Francisco, *ecétera*.

— ..

—¡Ya se vé que lo sé! y eso que no voy nunca... que estoy malo, porque el maestro me tiene tirria...

—...

—No, señor: descuide usted. No pinto más cosas feas en las paredes, y si las pinto las borro.

—...

—¡Pues deme usted una tira de cerillos de cartón y una pistola! Métala usted en un zapato con la culata para fuera... Retemuchísimas gracias, y salud para que nos veamos muchos años.

IV

El despertar fué cruel. Ni había nada en los zapatos, ni... ¡ni siquiera zapatos en el alféizar! Cierta vecina madrugadora se los había llevado tan campante, empañándolos, camino del mercado, en el Monte de Piedad, en la fabulosa suma de dos reales, que se *empurró* en aguardiente la muy ladrona. ¡El que nace para ochavo!...

LA PROMESA

CUENTO SEVILLANO

*dedicado a mi excelente amigo el señor
don Manuel Díaz Caro.*

I

La noticia de que Pepe el Platero había muerto en ese episodio nacional sin nombre que, para que tenga alguno, hemos dado en llamar *El desastre de Cavite*, corrió de boca en boca por toda la Macarena, causando, por donde quiera que pasaba, profunda lástima y honda conmiseración.

Se trata de un mocetón como un roble; garboso y dicharachero, donde los hubiera; rumboso, como un rey... (que sea rumboso, se entiende, porque si no, no hay caso); punteador de guitarra, hasta hacerla hablar; salado, como la mojama de la taberna de la esquina, y con una cabeza de Apolo con

tufos, capaz de no haber dejado en el Olimpo ninfa con seso, musa con juicio, ni diosa con cordura, si hubiese aparecido por allí.

Pero, si en todas partes produjo la noticia de su muerte honda conmiseración, en ninguna tanta, como en un corazoncito macareneno que le estaba *camelando* con fatiguitas negras: en el de Esperanza la Guantera, su novia desde que él estaba de monaguillo en la parroquia de San Gil, y por agasajar a la cual robaba los mejores claveles del altar de la Virgen y se gastaba en chochos, cotufas, palmichas, arropías y almendrados cuantas perras gordas y no gordas sacaba como propina en los bautizos.

Cuando la sotanilla de bayeta grana empezó a quedársele cada vez más corta; a enronquecérsese y destemplársele la voz de tiple; a angulársele las facciones y a ennegrecérsele de aterciopelado bozo el labio superior, trocó la sacristía por el taller de la calle Chicarreros; su simulacro de noviazgo con Esperanza dejó de ser simulacro para ser realidad, y, en medio del idilio, vino la elegía de la guerra con los yankees, que el Señor confunda. Amén.

—¡Ay Pepe de mis centrañas!—le decía la Guantera la noche de la despedida, mien-

tras con los picos del blanco delantal se limpiaba los ojos grandes y pestañudos, negros como dos noches y expresivos y acariciadores como dos besos:—¡qué penita tan grande quedarme sin tí! ¿Volverás, Pepe?... ¿volverás? Y, si vuelves, porque tienes que volver, porque Dios es muy grande y la Virgen de la Esperanza muy rebuenísima y muy milagrosa, ¿me seguirás queriendo?... ¡Ay qué clavo tan hehecito ascua el que me quea aquí—y Esperanza se señalaba a la sien—y ¡ay qué triste, Pepe, y qué sola, y qué desgracia tan regrande, y quién tuviera seis mil reales en el mundo, pa que tú no te menearas de mi lao y me tuvieran envidia tititas las mujeres de la tierra... hasta la infanta, Pepe, hasta la infanta! ¿Tú ves San Termo?... ¿Qué tenía que valé San Termo ni la media mitá que medio pelo tuyo?

—Yo no sé, Esperanza de mi arma, si volveré. Lo que sí te prometo es casarme contigo cuantito vuelva, poncima de los Hércules de la Alamea y poncima der muñeco de la Giralda... y ¡límpiate esos ojos, y que yo no te vea llorá por mor de mí, si no quíes que me pierda pa siempre, y deserte esta noche, y le meta fuego ar cuarté 'e la Gaviaría, y le corte la cabeza a la reina y arme la

‘e Dios es Cristo!... y ¡ea! que me voy ya: que no quería llorá, y lo has conseguido.

Y se fué Pepe a servir a... al rey; ya que esa es la frase. Esperanza quedó en la Macarena, y a poco, la noticia de que había muerto el soldado, la conmiseración y la lástima donde quiera que llegaba la noticia, y en el alma de la pobre guanterera la pena más sin consuelo que ha dilacerado almas enamoradas en el mundo.

De vuelta del taller venía la tarde en que se lo dijeron y no lo quiso creer. ¡Que no! ¡que no era posible que Dios hiciera con ella una cosa así! Y entrándose en la Iglesia de San Gil, destocada como venía, y atravesando las tres naves con andares de loca, se arrodilló ante la verja de la capilla de la Virgen, y con los brazos en cruz, el alma en los labios, y en el alma un mundo de esperanza, y de fe, y de amor, y de amarguras, y de anhelos, comenzó a decir:—¡Madrecita mía de la Esperanza, que no se haya muerto! Y si se ha muerto, ¡que reviva... o que no se haya muerto! ¡que yo le vuelva a ver, Madrecita de mi alma, que yo le vuelva a ver...! ¿Lo ves? por esta santa cruz te lo prometo: siete años, Madre mía, siete años seguros, en memoria de tus siete Dolores...

Y en esto salió el sacristán de la capilla, esgrimiendo, a guisa de *tintinábulo* de velonero, un manojo de llaves, con lo que sólo la Virgen y Esperanza pudieron enterarse de lo demás.

II

Aquel verano hubo viruelas en Sevilla. Como siempre acaece, se cebaron en los barrios pobres. Entraron en la casa de vecinos en que vivía Esperanza y asentaron sus reales en el hermoso cuerpo, y más que en el hermoso cuerpo, en el hermosísimo rostro de la tan dolorida cuanto enamorada joven.

—¡Viruelas, madre viruelas!... ¡lo unquito que me fartaba! ¡lo que dice el refrán: al perro flaco, tó se le vuelven pulgas! Pero ¡andusté! ¡dejarlo! ¿pa qué quiero yo ya la hermosura, si se ha muerto él? ¡Esa sí que es pena, madre! ¡que se me haya muerto aquel rey!; porque aquello era un rey mago, pero de carne, ¡y que yo no lo vuelva a ver más!.. ¡Mirusté qué bonita ocasión pa que er Señor sacordara de mí y me arrecogiera!...

—¡Cállate, mujé, por el amor de Dios, y no te aperrees; que, si ese se ha muerto, otro vendrá!

—Sí: lo que dice la copla: a rey muerto, rey puesto. No, madre, no es posible que nadie me quiera a mi ya, ni que yo vuelva a querer en mi vía. ¡Si aquello era un San Rafael de plata! ¡Si Dios rompió er morde! ¡Si mejón que él... ya, pa eso, la Virgen de los Reyes! ¡Si yo me debía morir, porque ¿qué hago yo ya en este mundo, más que estorbá?

—Güeno, hija mía; no te aperrees, por los clavos 'e Cristo: vamos a vé si te pones güena, que es lo principá, porque onde está la salú no llega ná. Si no estaba de Dios que te casaras con él ¿qué vamos a hacerle! y no me llores, por Dios, que me matas; no te apures, mujé, que más largo es el tiempo que la fortuna.

Pasaron las viruelas. Esperanza convaleció. Empezó a levantarse, y una tarde pidió a su madre el espejo para ver como estaba. La madre no quería dárselo, ni por un solo Dios, y decía que no sabía dónde habría ido a parar. Pero salió la madre al cuarto de una vecina, y Esperanza, buscando, dió al fin con él. Se acercó a la puerta en busca de luz; se miró en el azogado vidrio y se halló tan fea, tan fea, tan deforme, tan grotesca caricatura de sí misma, que el espejo se le cayó de las manos, haciéndose pedazos contra el

poyete, y dos lágrimas, como dos gotas de fuego, le corrieron, escociéndole, por la aún rojiza y escamosa faz. ¡Pobrecita!

III

—¿Lo ves tú como tó no era ni más ni menos que infundios y jablaurías de la gente?

—¿Qué, madre?

—Lo de la muerte de Pepe.

—¿¿¿De verdad???

—¡Como lo oyes!

—Pontonces ¿qué?...

—Na: que le dieron un balazo en salva sea la parte; pero que ni le mataron, ni ese es el camino 'e er Puerto. Ya ha salfo pa acá.

—Pero, madre, ¿es verdad? ¿eso es verdad?

—Pero, hija, ¿cómo quieres tú que se te digan las cosas?

—¿Y quién se lo ha dicho a usted?

—Curro er de la Resolana, que acaba ahora mismísimo de llegá.

—¡Yo voy a verlo, madre!

—¡Chiquilla! ¿a onde vas con ese pelo suerto?

—¡¡Que yo voy a verlo ahora mismo!!

— ¡Mujé, abróchate ese saco!

— Y a rezarle de camino a la Virgen cien creos en cruz.

Tan no había muerto Pepe, que, antes de un mes, volvería a los patrios lares con una cruz pensionada en el uniforme de rayadillo, una cicatriz en el pecho y un mundo de ilusiones en la cabeza. Antes que a su propia madre, fué a ver a su Esperanza; pero se la encontró tan... otra, que se le cayeron los palos del sombrero.

Ni lo pudo, ni lo supo disimular, y antes de dos semanas se había mudado de la Macarena y vivía con su madre en San Bernardo.

Con respecto a *su* Esperanza, si te ví, no me acuerdo.

Esperanza no había en toda su vida cogido un libro. De haber sido dada a la lectura, acaso hubiera tropezado con esta cláusula de no recuerdo quién: «Las viruelas son el Waterlío de las mujeres. Sólo después de ellas pueden conocer cuáles son los fieles.»

IV

Serían las seis y media de la madrugada del Viernes Santos. Sevilla olía a cera y a

acacias, a incencio y azahar. La cofradía de la Macarena hacía su estación. El *paso* de la Sentencia de Pilatos estaba entrando por la calle de Culebras, y el de la Virgen de la Esperanza venía lamiendo con las bordadas bambalinas del artístico palio los herrajes de los balcones de la calle de Placentines.

¡Qué hermosa, Dios eterno, venía la Virgen! Bordada de oro la blanca saya; con montones de oro, pues aquellos eran montones mejor que bordaduras, el verde manto; cuajados de brillantes el pecho, los dedos de las manos, el cíngulo, las muñecas y la corona; con una selva incendiada por delante, que eso parecía el macizo de cera encerrado entre los varales de cincelada plata; entre nubes de incienso, desgarradas al tener que pasar por entre velas, varales, flores y borlas; entre los patéticos acordes de la marcha fúnebre y las sentidas notas de la meridional saeta, que ya quisiera tener de mística lo que tiene de árabe y de gitana; entre los rezos de unos, los vítores de otros y las admiraciones de otros y de unos; entreabiertos los labios por infinito anhelo; enrojecidos los ojos de tanto haber llorado; con lágrimas en las mejillas, tan limpias y briosas como los brillantes de su prendido; hermosa, en fin, y

radiante y divina en medio de su amargura; aquello, más que obra suprema del cincel de la inmortal artista Luisa la Roldana, parecía un sér vivo; una mujer ahogándose de penas; la Heroína de la Pasión, camino del Monte Calvario; ¡la Madre de Dios y de la Macarena, paseando en triunfo por las calles de Sevilla su dolorida hermosura, o sus hermosos, y sublimes, y augustos y divinos dolores!... ¡Qué hermosa venía la Virgen!

No lejos del paso de la Señora, habíase parado, junto a la puerta de un casuco, un nazareno con los pies descalzos. Suelen verse de esa guisa y talante con tanta frecuencia, que apenas si nadie para mientes en uno más.

—¡Mira, mira! ¡pobrecito!—decía, sin embargo, a Pepe el Platero, una mujer de rodetillo bajo, de abundantes rizados tolanos y peludo mantón, que estaba junto a él, recostada contra el quicio de una puerta:— ¡qué apuraito que se habrá visto er pobre!

—¡Mírala, Trini!—empezó a decir Pepe, sin reparar en lo que su compañera le decía:— ¡Mírala! ¡Si es mentira! ¡Si no es posible que los angelitos der cielo hagan otra igual ¡Mírala, Trini! ¡Olé por la Macarena, y vivan la Virgen de la Esperanza y er Padre

Eterno que la pintó! ¡Por esa que viene ahí, sin poder andar de preciosa; por la Virgen de la Esperanza te lo juro, Trini...

Y el nazareno de los pies descalzos vaciló un momento; dejó caer el cirio, que se rompió al chocar contra las losas de la calle, y se desplomó en el suelo, descoyuntado.

El revuelo consiguiente y los comentarios de rigor:

—¡Oye! ¿qué ha pasao ahí?

—¡Na! ¡Un nazareno con dos túnicas!

—¿Qué quiés tú? ¡una papalina cualquiera se la pone!

—¡Sí! pa abrigarse: ¡como están tan frías las madrugás!

—¡Y que ésta ha sido de las que le dicen a Dios de tú!

—¡Oye! ¡y no se meneal... ¡un municipal!... ¿No hay po ahí ningún municipal?

—Sí fuá pa conviarlo...

—O pa cobrá una murta...

—Déjalo, hombre: le estarán calentando las estenacillas a la mujé del Arcarde.

—Andusté, compañero damusté una manita y quié decí que lo llevaremos a la casa 'e socorro de la plaza 'e San Francisco.

Y Pepe el Platero y otros dos hombres cargaron con el maltrecho penitente. Al al-

zársele en la casa de socorro el antifaz, se vió que era una mujer: Esperanza la Guanterera que, aspirando un poco de éter sulfúrico, aplicado por el médico de guardia, recobraba el sentido, se pasaba la mano por la frente, miraba en derredor y rompía a llorar.

—¡El pulso!—le decía el médico:—¡Criatura! ¿desde cuándo no come usted?

—Me parece que desde ayer al medio día.

—¿Y no ha dormido usted antes de salir?

—No, señor; soy guanterera, y hemos tenido que velar el miércoles, y ayer, y esta noche, hasta la hora de vestirme de nazareno.

—¡Jesús, y qué disparate! ¿por qué ha hecho usted eso, mujer de Dios?

—¡Ya ve usted... una promesa!

—Pero, ¿qué promesa es esa?—le preguntaba Pepe, que se había ofrecido a llevarla hasta su casa y que le había hecho que tomara un vaso de leche caliente en un café:—¿quizás por las viruelas?

—No, nene, que es por tí.

—¿Por mí? ¿por mí, Esperanza?...

—Por tí, Pepe, por tí. Cuando corrieron las voces de que te habían matao, yo le pro-

metí a la Virgen, si volvías, salir siete años vestía de nazareno, descalza como ves, y sin menearme de la fila, aunque me dieran de puñalás. La Virgen hizo lo suyo, trayéndote sano y salvo, y yo debía hacer lo mío, como mujer de bien y de vergüenza.

—Pero es que yo... ¡ya tú ves!... La verdá que yo...

—Sí; que tú te has portao mu recochinamente: conforme; pero eso no le inquivale pa que yo le cumpla a la Virgen mi palabra. Porque mi promesa, pa que te enteres, no era porque tú te casaras conmigo, ¿estás?, sino porque no te hubián matao y yo te volviera a ver. La Virgen te ha traído, ¡Dios se lo pague! y yo te he vuelto a ver; y, si tengo cara, debo cumplir lo prometido.

—¡¡Esperanza de mi arma!!

V

Al año siguiente iban dos nazarenos descalzos junto al paso de la Virgen de la Esperanza.

CUADRO DE NAVIDAD

Diferencia como la que existe entre el pobre sombrero del guarda de un melonar y esas aristocráticas quintas de recreo que a las salidas de las grandes ciudades se elevan entre pulidos y, por decirlo así, encorse-lados jardines,

hijos míseros del arte,

que diría el poeta, pero que, a pesar de su amaneramiento y convencionalismo de composición, son la delicia del bienaventurado mortal que los posee, es la diferencia que existe entre los nacimientos que ponen los chiquillos pobres de Hinojos y los que, desde la Inmaculada hasta después de Reyes, se exponen como aperitivo y reclamo en las tiendas de juguetes de la calle de la Alcaicería de Sevilla.

El que quiera ver cómo son éstos, que haga lo que hace el autor (que, dicho sea entre paréntesis, se siente chiquillo todos los

años en dicha época): darse una vuelta por la mencionada calle y quedarse embobado y boquiabierto ante tanta «maravilla de ejecución» como hay por aquellas montañas de corcho, a las márgenes de aquellos ríos de pedazos de espejo, encima de aquellos puentes de madera y a las puertas de aquellos ventorrillos o suntuosos palacios de cartón, enriscados en lo más inverosímil y esquivo del monte o suspendidos milagrosamente en lo más peligroso del tajo, que, tocando con su cima la estrella de los Reyes Magos, clava sus pies en el tenebroso abismo... de la tabla. Y el que quiera formar idea de cómo son los nacimientos que en Hinojos se ponen, o se ponían ha veinte años, una de dos: o que tome billete hasta Aznalcázar, conquiste por asalto un asiento en el coche de Pilas y busque allí quien le alquile un caballo o burro, tanto da, que a Hinojos le lleve, o tómesese el trabajo de leer estos renglones, con que intenta pintar un cuadro de costumbres mi mano pecadora.

Empecemos por el cimiento, para no edificar en el aire.

Base: una mesa, la única de la casa, la en que se come la cena en medio del portal por toda la familia en uno y mismo plato, y

que medirá hasta medio metro de altura con un tercio por dos tercios de ancho y largo de tapa.

¿Qué? ¿que la madre no quiere facilitar-la? Santo remedio: se llora a grito pelado hasta que amaine. A un cuarto de hora de llanto no hay una madre que se resista. Una vez obtenida la «tabla salvadora», péguese contra uno de los muros del portal de la calle, cúbransele los bajos con una colcha doblada dos o tres veces para que no arrastre, que eso es superfluo, si bien lo que arrastra honra, y ahora a cubrir la tapa, bien con el más almidonado y pomposo embozo de la cama matrimonial, «la cama grande», bien con otro cualquier paño blanco.

—¡Qué bonito! ¿verdad?

Ahora de izquierda a derecha... ó de derecha a izquierda, según de donde se mire, un montecillo longitudinal de arena fina, ora traída del *Valle* en el sombrero del que lo use, o en el delantal de la que lo gaste, ora de la *Cruz de tío Pollo*, montecillo que será ni más ni menos,

y quien dijere lo contrario, miente,

que... un caudaloso río. ¿No está usted viendo, cristiano, para que no le falte tilde, cla-

vadas en la menuda arena, conchas del *arroyo de la Mayor*, o de la playa de *Matalascañas*? Me parece que pedir más es gollería. Retírese usted pronto si no quiere usted coger un paludismo que lo balde. Eso es un río; y el que lo quiera más propio, haga que venga Murillo y se lo pinte.

Ahora el portal. ¿Que no lo hay siquiera de cartón, con *orito* en las paredes y con su estrella de papel dorado en lo alto del tímpano que corona la entrada? Pues maldita la falta que hace. Se sube *ar soberao* por el medio *armú*, se pone éste sobre la mesa con la boca hacia el espectador, y cata ya el portal de Belén más confortable (entarimado y todo) que han podido concebir los más afamados arquitectos del mundo. ¿Estrella?... ¡No es *cemesté*! Ahora... ahora... ¡nada, que no hay más remedio que apelar a lo que hay que apelar para todas las grandes empresas!... Que se impone formar una compañía de accionistas que contribuyan a la realización del proyecto con el concurso de su oro, pues oro es lo que oro vale.

A buscar socios, que apronten acciones.

Fulanilla, que tiene una Virgen acabadita de comprar a tía Clara a precio de trapos rebuscados en los estercoleros del *Cortinal*.

Menganillo, que tiene un San José sin cabeza; pero que eso no importa, porque con una poca de brea de *la jornilla* se le pega al instante y no se le conoce. Zutanilla, que tiene un *Niño Dió* que, aunque parece un pedacito de arropía color de rosa, tiene en cambio, a la cabecera de la camita, un nimbo de alambres con estrellas, meramente garbanzos... ¿Buey? Perenganillo tiene uno que le trajo su chacha de la feria de Manzanilla, y que el mismo Benlliure firmaría con orgullo. ¡No importa que haya perdido los cuernos! Mejor: sobre que para maldita la cosa los ha menester, así estará más tranquila y libre de todo linaje de sobresaltos la Sagrada Familia con semejante huésped bajo el mismo techo.

¿Mula?... ¿mula?... ¡La que tiene o tenía Juanillo el de... (aquí el nombre de la madre de Juanillo, pues es de saber que en Hinojos se hacen las genealogías por la manta baja). ¡Nada, nada! ¡la mula de Juanillo! Si ha perdido las patas, tanto mejor, con eso estará echada y «descompondrá la línea».

El que tenga un pastor o una pastora, que lo traiga o la traiga, y adquirirá una acción; y al que apronte un Rey Mago se le dará derecho a dos acciones: una por el caballo, y otra por el jinete.

También se admiten niños *tarrereros* de rigidez cataléptica, y gallitos de esos que, con un elástico en el dorso, vuelan de arriba a abajo, y viceversa, al impulso de la mano de su envidiado poseedor; y siempre tiesos... ¡Todo, para decirlo de una vez, lo que pertenezca al arte de la estatuaria!... ¿Una muñeca de trapo?... Bueno; también se admite. Se pondrá sentada en la mesa contra la pared... ¡A ver si hubiera otra para el otro lado!... ¡Ajajá!... Que ni pintada. Ahora, a cubrir los muros con follaje.

Las madroñeras, detrás...

—¡Lambruciona! ¡no te comas los madroños, que siempre estás rabiando.

Y ahora, para taparles los *troncones*, *armorauí* y romero.

La que se comió los madroños, besándose la punta de los cinco dedos de la mano derecha:

—¡Hija! ¡qué reprecioso!...

Un chiquillo, despatarracado ante la obra de arte con las manos cruzadas sobre las asentaderas:

—¡Ilo, ¡qué bonito está! ¿Vé a mi casa por una zambomba, y me junto?

Otro, rubio e hirsuto como los pelos de un baúl:

¿*Quiés* que vaya a los *pinales* por *má armoraú*, que hay aquí *mú* poquillo, y me junto?

El amo los mira de arriba abajo con desdén supremo, y ni siquiera se digna de contestarles.

Una chiquilla, con dos castañas sobre la nuca, que apenas si merecen el nombre de bellotas, sin vestigio de zapatos, ni recuerdo de medias, mondando a colmilladas un palmito:

—¿*Quiés* que le *pia* a mi madrina una estrella que tiene en *er bazá* y me junto?

—No, que eres *mú liosa* y *mú dijus-tona*.

—Anda, y te doy un bocao en la cabeza. (Entiéndase del palmito).

—*Po* dame las *ajuelas tamién*.

—Tómalo *tó*

—*Güeno, po* júntate.

La admitida, dando un brinco de entusiasmo, deja caer unos cuantos muñecos y desparrama la arena del caudaloso río.

—¿Ves tú? ¡Ya lo *rundiste tó!*—le increpa muy indignado el accionista principal, o, como si dijéramos, el Romero Robledo de aquella Azucarera Antequerana.

—¡Échala *ajuera!*—grita otra de las admitidas... con dispensa del dote.

El accionista principal:

—¡Arza pa ajuera!

—Po dame mi *parmito*.

—Po ¿pa qué me lo diste? Quien da y quita tiene una mano *mardita*.

—Po no me voy ¡ea!; que esta casa no es tuya: ¡esta casa es de Dios!

Tres o cuatro, cogiéndola por donde cada uno puede y empujándola hacia la calle:

—¡Arza, vete!

La agredida, a uno que le escupe:

—¡Judío, maña judío! ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

—Esto porque le tiran de las *bellotas*, que parecen dos moscas perreras atadas con hilo azul.

Un hermano de la agredida, que entra con un *trabuco*... de renuevo de higuera.

—¿Vais a pegarle a mi hermana estando yo *alante*?

Esta, subiendo el tono una tercera:

—¡Ay má... ma! ¡ay má... maaaa!

El hermano, repartiendo cachetes a diestro y siniestro y recibiendo algunos:

—¡Nagüeros! (a los del sexo masculino).

¡Cochinas! (a las del sexo *menosculinos*.)

Las aludidas protestan, bien con una saliva, bien con un arañazo, bien, en fin, con un tirón de pelos.

Los aludidos, muy indignados, cerrando el puño, doblando el brazo y levantando el codo:

—*Miá* que te...

—*¡Júrgame!*—dice el mantenedor al más valiente:—*Júrgame* y vas a nacer.

Los otros, dejando el campo libre al retador y al retado:

—*¡Chito, pelea!*

Momento de expectación. Los dos combatientes se miran un instante, midiéndose con la mirada como dos gladiadores en la arena del circo. Echándose una saliva en las manos, las refriegan.

—*¡Andar, valientes, ahí!*—dice uno de los espectadores, como dando la palmada en un desaffo... Los dos beligerantes se embisten a la vez como dos fierecillas, y, luchando a brazo partido, con agilidad de discóbolos, ruedan por el santo suelo, haciendo volar la mesa de una patada y dejando inservibles los pocos muñecos que no lo estaban de antemano...

Las chiquillas, mirándolos *ex moenibus hoscitis* como la *matrona bellantis tyranni* y la *adulta virgo* de que habla Horacio, suspiran:—*¡Eheu!*—interjección que en el caso presente tiene estas traducciones:

— ¡Mardesío!

— ¡Mi *Vigen!* ¡Ay mi *Vigen!*

— ¡Mi niño *tarrero!*

— ¡Mi *Niño Dió!*

— Y mientras unas recogen los tristes restos de las malaventuradas víctimas, otros y otras hacen por *cepartar* a los dos irritados contendientes que se arañan, se abofetean, se muerden y hasta se mientan las madres, como si no hubiese nacido en Belén un Niño Dios, saludado en su natalicio humano, con este hermoso cántico: *¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!*



UN CARACTER

I

Era el maestro Antonino un honrado barbero, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Quiero decir: que lo mismo manejaba la brocha y la descoyuntada navaja con que ejercía de émulo de los atormentadores de San Bartolomé bendito, que empuñaba la lanceta para sangrar a los pocos que en estos tiempos de anemia y de emigración, por parte de los glóbulos rojos, habían menester operación tan prehistórica.

Quizá precisamente porque sangrar es raro, porque el alcalde lo hacía con prontitud y con limpieza no comunes, y porque de un lancetazo sacaba más medro para su bolsa que de un día de enjabonado y de rasura, sentía como una voluptuosidad profesional en hacerlo y como calambres de gusto cada vez que su buena estrella le proporcionaba la buenaventura de un llamamiento.

Pero, lo que son las cosas: más que sangrar, con gustarle muchísimo, le gustaba

dejar de sangrar cuando era de noche y estaba acostado; pues, como había de tener otra falta, tenía la de ser comodón y aficionado a la postura supina, y, a falta de otros odios en su corazón cristiano de mazapán, sentía el odio al frío y a levantarse a deshoras, sobre todo en invierno.

Y sería la media noche.

Janque quiescebant voces hominumque canumque, cuando recios aldabonazos dados en la puerta de la barbería hubieron de despertar a la maestra Rosa, la que transmitió el *despertamiento* a su marido dándole primero un codazo y después un zamarreón.

—Antonino, que llaman.

—Bueno; déjame tú a mi ya, y no me incomodes. No te gusta más que despertar a uno.

¡Plan!... ¡Plan!... ¡Plan!...

—Hombre, que han vuelto a llamar.

—¿Quieres dejarme ya el alma quieta? ¡Mira que es fuerte cosa que no se ha de poder dormir en esta casa! Contesta tú si quieres, o deja llamar a quien sea, hasta que saque lustre al aldabón.

—Po bueno: si luego es una sangría y la perdemos, aprevante (decían malas lenguas

que le pegaba), flojo, reflojo, que no tienes alientos ni pa rascarte cuando te pica.

¡Plan!... ¡Plan!... ¡Plan!...

—Hombre, asómate por Dios, a ver si es pa sangrar a la Carnicera, que decían ayer que le había dáo una subía 'e sangre y que iban a sangrarla.

Y el diablillo de la codicia empinó el rabo en el corazón de D. Antonino, que incorporándose sobre el lecho con un— ¡tienes razón!—de resignación forzosa, echóse a tierra dando un estornudo furibundísimo al poner los desnudos pies sobre los fríos ladrillos del dormitorio. ¡¡Chchchsssss!! ¡Jesús, María y José! ¿Vaya que se había resfriado?

II

Imposible nada más escandaloso, ni más pendenciero, ni más borracho, ni más comprometedor, ni con peor *boquijo*, que Frasco *Meliquisti*, como por su afición al aguardiente se le llamaba. Con decir que del presidio lo hubiesen expulsado por sinvergüenza, se dice, si no todo, algo de lo que era aquel charrán, ratero como los tertuliantes de Monipodio y perdido más que la Chula, en todos los sentidos... y potencias.

Jugando al monte en la taberna de la esquina aquella tarde, había ganado *pa jartarse 'e bebía arguna ve en su vía pajolera*; y con sed de condenado que nunca se sacia, había apurado cuanto tenía a mano el tabernero, y eso que a su merced, sin que supiera gran cosa de mitología griega, gustábale la mar unir a Baco con Neptuno, incurriendo diariamente en una herejía, nueva en los fastos de la historia eclesiástica; pues si hubo rebaptizantes, que eran los que bautizaban segunda vez, nunca hubo *retébaptizantes* ni *requetébaptizantes* como aquel condenado tabernero, que, no contento con bautizar y retebautizar el vino, seguía administrándole el sacramento *fluminis* cada vez que lo veía en peligro de muerte... por consunción.

¿Diría el Cisne de Dirce que

Alto don es el agua,

teniendo en cuenta lo que hacen con ella los taberneros?

Como cada borracho tiene su monomanía, la de Frasquillo *Miliquisti* era la de ser municipal, y hacía una temporada que, no bien se ponía calamocano, ya estaba dale que dale con que si estaba ya *armitío* y no le *jasía farta ná más* que unos papeles; con

que si el uniforme lo tenía ya *jecho* y *jasta pagao*, na más que le había *salió* un poco grande y le estaban metiendo un *deo*... no se en qué parte sospechosa; con que..

Pero volvamos a aquella *noche oscura* no cantada por San Juan de la Cruz.

III

De pared en pared, caída la cabeza como un higo maduro, que diría el Padre Isla, aunque hablando de otra cosa, lacios los brazos y como descoyuntados como patas de anafre abiertas hacia fuera, las piernas lacias, caído el mugriento sombrero sobre la nuca, con la colilla apagada en la asquerosa boca de dientes verdinegros, y cantando un tango infame, salió de la taberna Meliquisti, soltando una blasfemia por cada tropezón y dando un tropezón por cada paso.

A tientas, y como por instinto, llegó a la puerta de la barbería, y como el que está en lo suyo, empezó a dar tales aldabonazos, que si no los oyeron los muertos del cementerio debió de haberlos oído el Padre Capellán.

—¡Plan... ¡plan!... ¡plan!...

—¿Quién es?—preguntó el maestro bar-

bero desde el ventanuco de sobre la puerta, dándose el infeliz un golpe en el ojo izquierdo con la perinola de una jaula vacía, que por poco más le deja la cuenca, *idem per idem...*

—¡Jaga usted er favó e' bajá!

—Pero ¿pa qué?

—No es cosa de andá a voces como los pregoneros; baje usted, que no es usted ninguna donseya encantá pa andá con remirgos.

—Quié usted hasé er favó de desí ya lo que quiere, o de ¡chchchsssss!... ¡chchchsssss! ¿Ve usted, hombre?... ¡ya me he refriao por mó de usted!

—¡Po pa la Vigen de Agosto pué usted suá!

—¿También brometas, hombre? ¿también brometas?...

—¿Usted va a bajá ya, so tío leña, o voy yo por usted, pa traerlo a puntapiés por la escalera abajo?

—¡Que le está usted fartando a la *autoridá!*

—Po cata usted una cosa que a mí no me gusta, caé en farta; y con darle a usted dos gofetás, una en ca lao, no me pué usted desí si le he desairao este ni el otro.

—¡Que se vaya usted a freir monas, so tío indecente!

Y dió un recio portazo en la ventana, tornando al lecho matrimonial hecho una furia.

IV

¡Plan!... ¡plan!... ¡plan!...

— ¡So tío cochino!... ¿Darme a mí con la puerta en los jocos, a mí que me sienta los domingos el señor Sobispo a su mesa porque es mi confesó?...

¡Plan!... ¡Plan!... ¡plan!...

— ¡So tío ladrón! ¡sinvergüenza! ¡lechuzo! ¡arcagüete! ¡hijo de la gran roá!... ¿Va usted a dejá con tres cuartas 'e narices ar prínsipe de Ustria que ha venío a su puerta como un hombre de bien?...

¡Plan!... ¡Plan!... ¡Plan!...

— ¡Si no le miento a usted jasta la leche que mamó, porque tengo prensipios y porque ur munispá debe da güen dejemplo! ¡Pero baje usted, so gallina, cobarde, maleta, chu-petón, afeitamuertos, mala mujé!...

¡Plan!... ¡Plan!... ¡Plan!...

Y se puso a cantar, haciéndose acompañamiento con el aldabón, «sabiamente meneado», que diría el poeta, el tango más indecente, más sucio y más obsceno, que ha producido la musa popular.

El maestro Antonino acabó de perder la paciencia. Se tiró abajo del lecho y se envolvió en la capa. Por meter el pie derecho en la babucha correspondiente, que buscaba a tientas, lo metió en no sé qué demonio de vaso que había junto a la cama, no enteramente vacío por cierto, con lo que hubo de soltar una interjección demasiado enérgica para lo que él tenía de costumbre, «partida por gala en dos» merced a un nuevo estornudo que hubo de interponerse entre las sílabas. Encendió entonces un fósforo y con él una *capuchina*, y, bajando la escalera precipitadamente, se plantó de dos zancadas en la tienda.

Crujido de la llave. Chirrido del cerrojo. Patada del maestro a la hoja izquierda de la puerta para despegar la otra, y cata frente a frente a los dos adversarios.

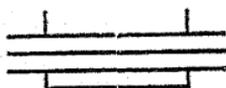
—Vamos a ver: ¿qué es lo que quiere usted con esta escandalera?... ¿Son estos modos, hombre?... ¿A quién hay que sangrar con tanta prisa, pa que esté usted escandalizando toda la vecindad?

—No es pa ná de sangría—respondió Meliquisti, empezando a vomitar en los pies del maestro:—es que vy a tomar mañana... la arternativa... 'e munisipá, y venía por el certifição... 'e guena condurta...

V

—¿Y qué hizo usted, maestro?—preguntaba el autor al barbero, cuando éste se lo contaba a la mañana siguiente.

—¿Qué quería usted que jisiera?... ¡Po dárselo!—Y añadía con el aire de venganza satisfecha con que volvería después de vérselas con el Conde Lozano el Cid adolescente:—¡¡Pero le costó un real!!



BUENAS PALABRAS

CUENTO POPULAR

I

Vayan con Dios los potros marismeños, vayan con Dios los toros de la decantada ganadería con Miura y hasta, si a mano viene, las panteras de Java, en comparación con aquella rica hembra de lugarejo, engreída, hasta la insensatez, de su fortuna, como si un triste cuarto de millón fuera cosa del otro jueves, y orgullosa de su prosapia, linaje y abolengo, como si el ser biznieta de un abogado de secano fuese descender por línea recta de varón del mismísimo muslo de Judá, por la rama de David.

Alta y de buenas carnes, huesuda como un atleta y con pronunciado bozo en el carnudo labio, era de lo más agresivo y lengua-raz de la comarca; respondona con sus padres, como si tuviese las contestaciones pen-

dientes de las narices, y como si le diesen cuerda para ocho días refunfuñadora; insultante hasta el sarcasmo con todo bicho viviente que se le ponía a tiro, y levantisca contra toda autoridad, indómita ante cualquier imposición y desprovista de miramientos e ineducada, como si en toda su vida, y tenía sus seis lustros largos de talle, hubieran quebrado encima charamusca.

No le faltaron sus pretendientes, lo mismo del lugar que de los circunvecinos; pues, sobre ser guapetona, aunque un tanto cuanto hombruna, no hay dote matrimonial de los que se valían por talegas, que no tenga postor más tarde o más temprano. Pero, no bien se entablaban las relaciones, se armaba una churrichomba por daca esas pajas, y venía a rematar el preludiado idilio en tirarse amadora y amador los trastos a la cabeza.

Mas, como desde el *ultimatum* con el último aspirante a la mano de doña Leonor hubiese transcurrido cerca de un lustro, sin que hubiese sonado en las orejas de nuestra infanzona ni barruntos siquiera de requerimiento, y no quisiese, por otra parte, acompañar a la hija de Jephté en el motivo del duelo por su muerte, tuvo que bajar la mano, pues como dice el proverbio: «para vender y

casar, bajar», y aceptó aunque dándose las de desganada y con dengues, melindre y remilgos, a un mocetón como un pino de oro, robusto como un jayán y sano como unos corales, que entre encogido y codicioso, medrosico y no ayuno de esperanzas, húbola de pretender en no sé qué romería de por aquel Condado.

II

Pues, señor, que se casaron como Dios manda, cuando llegó su tiempo. Que, contra lo que esperaba todo el mundo, se llevaron como las propias rosas, ¡como los ángeles, vaya!... todo el día de novios cuan largo fué; hasta que, entrada la noche, se armó el gran rifirrafe y la de Dios es Cristo, por haberse propasado el infeliz esposo a sentar a la mesa de la comida de bodas a cierto pariente suyo, *no de clase*.

Y allí salió de labios de la novia, a guisa de proyectiles de catapulta, lo de ¡imprudentes! y lo de ¡hambrones!..., lo de ¡piojos resucitados! y lo de ¡la culpa tengo yo, que he descendido de mi pedestal y ahora me arrepiento!...; lo de ¡bien dice el refrán: cada oveja con su pareja, y con quien te ví te compa-



rél, y lo de ¡gentuza! por arriba y lo de ¡zupial! por abajo..., y dale que es tarde a lo de ¡patulea!, y torna que vira que dale a lo de ¡perra canalla!

No era día el del último Sacramento de la Santa Madre Iglesia para romperle el primero a quien acaba de recibir aquél. Así, pues, el esposo no le rompió el bautismo, aunque hartó lo mereció la pobrecita. Limitóse simplemente a desearlo, con todas las energías de su alma, sin ponerlo por obra; sino que tragó saliva y más saliva... bebida a la que *se dió* durante meses y más meses, en que ella, la consorte, cada vez más envalentonada, le armaba un Dos de Mayo por la valía de un alfiler y lo ponía de vuelta y media cada vez que venía a pelo, y muchísimas más que a pelo no venía.

Que ¡si todo lo que hay aquí es mío!.... que si ¡te he sacado de la miseria para este pago!... que ¡conmigo no puede nadie, y lo hago y lo retehago porque me da la gana!... y ¡judío! y ¡hereje!! cuando él le iba a la contra, y ¡Juan Lanas! y ¡calzonazos! y... hasta otra cosa no para escrita, cuando, después de haber estado irritándolo como a fiera con agijada, él tomaba el sombrero y se largaba a donde cantan los empedradores, por no arras-

trarla por el moño como lo estaba solicitando en papel de tres reales.

Y, como tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe, un día el pobre marido no pudo más. Una oleada de sangre que pasó por su cerebro le nubló la vista. Y tomando de un rincón una vara de acebuche, desechada por gorda, se fué temblando de ira hacia la provocativa, y altanera, e hiriente, y ¡blin! ¡blan!, ¡blin! ¡blan!, ¡blin! ¡blan!... ¡vaya!, que se durmió descargando varazos por toda la periferia de su costilla.

Cuando ella cesó de vomitar insultos y denuestos y maldiciones (y respondía con un racimo de ellos a cada vergajazo), cesó el implacable esposo de esgrimir su tizona del reino vegetal. Echó hasta otra media docena por vía de cominitos o añadidura (cicatero, nunca lo fué) y la vió entre miradas iracundas y ademanes amenazadores, echarse sobre los hombros un mantón de flecos y salir de estampía a casa de sus padres.

¡Morro, ma vindicato!

pudo decir con el *Otello* de Verdi, o con quien quiera que fuese quien lo hubiese dicho, y saboreó a sus solas «el placer de los dioses». Mi hombre se juzgó vengado y con usura. Fué de padre y señor mío la azotaina.

III

Cuando los señores suegros se vieron a su augusta hija entrar por sus puertas en la guisa y talante en que venía, se quedaron más fríos que dos sorbetes. Mucho más, cuando la madre, bajando por aquí la indumentaria de la hija y por allí subiéndola, vió con sus propios ojos las pruebas fehacientes de la «hecatombe» referida por la víctima ensangrentada entre hipidos de llanto e inescribibles dicterios...

¡Arnica que te crió y punto en boca! Tal fué el dictamen del consejo de familia.

Y para que la cosa no trascendiera al público—¡por la *bendita* pública!—decía la madre; y porque en realidad de verdad el viejo matrimonio se encontraba como perro sin pulgas sin aquella arpía, el padre, entrada ya la noche, se decidió a ir a casa de su yerno y traérselo a la suya, donde tanta matracaca se le dió a lo de «en todo matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido», que se hicieron las paces aquella misma velada, aunque de cuello vuelto por ambas partes.

—¡Nada! Tú, hija mía, prudencia. Al fin eres la mujer, la parte más débil, y ya lo has visto: siempre se rompe la sogá por lo

más delgado. Y tú, ¡por Dios... el del Portal! no te vayas del seguro si vuelve a desmandarse, que creo que no, pues para muestra con un botón basta. Pegar a una mujer está muy feo.

—¡Pero si es imposible! ¡Si no puede con ella ni Job en el muladar!... ¡Si la saliva que yo he tragado por no pegarle...

—Pues nada: eso está muy feo y ni dice bien de ella, ni de tí. A la mujer se le reprende con buenas palabras...

—¿Y creerá usted que yo no le he dicho... un Diccionario?... Pues, bueno—añadió de pronto, como el a que se le ocurre una feliz idea:—yo les prometo a ustedes, bajo la palabra de caballero, no llamarla nunca al orden sino con buenas palabras.

—Que lo jure—exigió desde un rincón la escarmentada, dispuesta por lo visto a seguir dando margen a ser llamada al orden...

—¡Por ésta: míralo!—y besó el dedo gordo colocado sobre el índice en forma de cruz. —Si alguna vez te desmandas y te me vas del seguro, buenas palabras en tí hasta ponerte como una seda.

Y se fueron a su casa los consortes, ni en paz ni en gracia de Dios.

IV

—Oiga usted, Padre Cura: usted que sabe tanto: ¿hiciera usted el favor de irme diciendo, para apuntarlas en este papelito... pues unas pocas de buenas palabras?

—¿Buenas palabras?... Eso es muy poco concreto. Las palabras, como tú comprenderás, son buenas o no buenas, según los casos. Ya ves: el Avemaría, qué buena es, y sin embargo, no sirve para dar la absolución; como las que constituyen la forma del Bautismo, pongamos por caso, tampoco sirven para el Santo Oleo... Palabras buenas...

No, señor; lo que yo quiero no son más que... ¡vaya! palabras, buenas en sí, ¡de las mejores!... palabras que cualquiera que las oiga no tenga más remedio que decir que son buenas palabras.

—Pues mira: «Bendita sea tu pureza»; ahí llevas unas.

—¡De primerísima! —Y lo apuntó en su papel.

—Creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios.

—¡De rechupete!

—Otras que no le van en zaga: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal. Y si

quieres no dejarte cosa buena en el tintero allá va esta jaculatoria, hasta con indulgencias: Jesús, José y María, el corazón os doy y el alma mía.

—¿Sabe usted que está usted inspirado? ¡Caray, qué serie de palabritas! Otras más, y ya tengo bastantes.

—Pues, mira, este pedazo del Padre-nuestro: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Esa' vale por todas y aun le recuelga.

—Pues Dios se lo pague a usted y usted dispense.

—Adiós, y para servirte.

V

Mentira y rementira: de los escarmentados no nacen los avisados. Dígolo, porque a la media semana de la tunda de que queda hecha mención párrafos más atrás, la infanzona volvió a las andadas de brusquedades y picotazos a la cresta, con la agravante ahora de sus resentimientos de Juno, rencorosa e inexorable por la pasada tollina.

¡Cobardel... ¡Haberle pegado a una mujer!... ¿qué decía, a una mujer? ¡¡Pegarle a una señora!!... ¡Después que lo había sacado

de la miseria!... Como que la primera papilla no se digería nunca, y el que salía a los suyos y lo heredaba no lo robaba: honra merecía quien a los suyos se parecía.

Al fin, hijo legítimo de tío Fandango, que el día que no le pegaba una soba a su mujer, era porque binaba... La culpa y la re-teculpa la tenía ella, por haberse casado ¡maldita fuera la hora en que tal había hecho! con quien no era de su perigual. ¡Estripa terrones!... ¡Harto de ajos!... ¡Hambarrera!... ¡Piojoso!... ¡Que no había comido caliente hasta que se había casado con toda una gran señora!... ¡Para bien agradecido, si Dios quisiera! Para, en vez de ponerla en un altar y de mirarla como a una santa... porque ¿cuándo en el mundo había él de haber soñado con semejante suerte? tratarla como a un trapo de aporrear moscas... a ella, rica, hasta el punto que cuanto había en la casa era de su exclusiva pertenencia... y luego, de padres nobles: no él, hijo de un tamborilero, por mote tío Fandango, y de una zarrapastrosa, cogedora de aceitunas!... ¿Y querer semejante pendón que nada menos que ella... ¡ella! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! le dijera mamá Joaquina?... ¡Mamá Joaquina!... ¡Mamá Joaquina!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Jurrio, pestel!... ¡pazcuerca!... indecenteeee!... ¡perra canalla! ¡zupia!...

Y otra vez el marido no pudo más. Abrió de un empujón la puerta del soberado, de donde bajó al minuto con una disciplina de correas, con cinco o seis ramales. Agarró a la deslenguada por el moño y la sacudió en el aire, como a un trapajo; le cogió la cabeza como pudo entre sus piernas, que apretó por las rodillas a guisa de tenazas, y en la parte más carnosa del ser humano, o sea allí donde las espaldas empiezan, como alguien ha dicho, a perder su honesto nombre, descargó con brazo hercúleo cuantos disciplinazos le vino en gana.

A los gritos desaforados de la energúmena, en que iban todos los desgarrados acentos del dolor y la ira, de la impotencia y el odio, de la vergüenza y la rabia, acudió presurosa la vecindad. Los padres, avisados de la ocurrencia por no sé qué oficioso, volaron desolados al teatro de la catástrofe, que estaba a la sazón en todo el apogeo de su trágica magnificencia; y, al apostrofar al enfrascado esposo por violar de aquella suerte su juramento, oyéronle replicarles, sin cejar en la tarea que traía entre manos, como si a jornal estuviese:

—¿Pero no habíamos quedado en que la corregiría cuando se desmandase?

—¡Sí! ¡sí! ¡Pero con buenas palabras!

—¿Y qué es lo que estoy haciendo? vamos a ver.

—¡Matándola de una soba, que quizás no la cuente!

Pero con buenas palabras nada más. Y si no, vean ustedes las disciplinas—dijo, y las alargó al maestro de escuela, espectador de butaca, pues se había arrellanado en una de las sillas del portal.—Haga usted el favor, señor Maestro, de leer lo que está escrito en esas cinco correas.

—Creo en Dios—leyó el maestro,—espero en Dios, amo a Dios... Bendita sea tu pureza... Jesús, José y María, el corazón os doy y el alma mía... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...

—Pues háganme el favor de ir a ver al señor Cura, a ver si hay en el mundo otras más buenas palabras.

Y diz que dió resultado lo de las «buenas palabras».



MISTERIO DE REDENCION

CUENTO

I

Ello acaeció en Marchena, célebre en cincuenta legua a la redonda, por su Semana Santa. Figúrese usted si será famosa la Semana Santa de Marchena, que, como no sé cual de los Duques de Osuna, en no sé qué viaje tocase en ella por el mes de Agosto, deseosa la señora Justicia de festejar al egregio huésped y no ocurriéndosele cosa más digna de ser vista, acordó agasajarle con una Semana Santa.

Y cuenta la tradición que ayunó todo el pueblo, como Ninive a la predicación de Jonás. Se comieron potajes, torrijas, tortillas de bacalao y, sobre todo espinacas, por cierto cotizadas a precio de *foie-gras* por no encontrarse una ni para un remedio; pero lo que ellos decían: —¿quién ha visto una Se-

mana Santa sin espinacas?--; se levantó el monumento en la Matriz y filiales; salieron todas las cofradías; se arrastraron *caenas* (los hermanos de nuestro Padre Jesús arrastran dos: senda en cada pie); se cantaron las lamentaciones y el Miserere, y hasta se celebraron los Divinos Oficios, desde la bendición de palmas del Domingo de Ramos, hasta el *ite: missa est, alleluja, alleluja*, del Sábado de Gloria.

Claro está que semejante *infundio* no es más ni menos que una chuscada *paraeña* (1), como allí se dice: pero la cosa corre por toda Andalucía por hecho tan histórico, como la rendición de Sevilla a la espada de San Fernando. Ni quito ni pongo Semana Santa, sino como me lo contaron te lo cuento.

II

Pues, señor, los marcheneros son muy dados a las saetas. ¿Cómo no, si son andaluces? Y las cantan de estructura de redondillas, que son las más corrientes y usuales; de estructura de quintillas o *de renglón añato*, que son de prodigioso efecto lírico, porque

(1) De Paradas, pueblo cercano que sostiene con Marchena tiroteo de puyas y de cuchufletas.

vienen a ser lo que pudiéramos llamar el en-
sañamiento, la voluptuosidad en el arte; y las
cantan, finalmente, de las que llaman ellos
retorneás, estrofas de pie quebrado, al tenor
de las sabidísimas de Jorge Manrique a la
muerte de su padre:

Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.

Ni que decir tiene, porque es cosa que
se cae de su peso, que hay entre las herman-
dades sus piques furibundos; siendo las que
sostienen mayor y más irreconciliable anta-
gonismo de abolengo y hostilidad de raza, la
del Santo Cristo de San Pedro y la de Nues-
tro Padre Jesús de San Miguel.

Tal división existe entre ambas herman-
des, que, como cierto predicador de la nove-
na de Nuestro Padre Jesús, *imperitus mo-
rum*, desconocedor de los usos y costumbres,
hablase a troche y moche en sus sermones de
la pasión de Cristo, de los dolores de Cristo,
de la divinidad de Cristo, y el Cristo para
arriba y el Cristo para abajo, la hermandad
de Jesús se creyó en la obligación para con

los devotos de la sagrada Imagen de pararle los pies al padrecito, que por cierto era orador de muchas campanillas, yendo toda la Mesa, y punto menos que bajo mazas, a decirle, como el que está dispuesto a que la cosa no pase de castaño oscuro:—Haga usted er favó de no mentá en los pedriques na más que a Nuestro Padre Jesús Nazareno, ¿está usted?; que acá no estamos por costear novenas, pa que se las pedriquen ar Cristo de San Pedro.

Dada esta hostilidad de parte a parte, y aquella decidida afición a las saetas, la hermandad que alberga en su seno un buen cantador de ellas, tiene en él algo así como un hierofante, como sér superior y casi divino; una cosa muy grande y muy sagrada que hay que conservar por encima del mundo, no ya sólo para tenerlo y aprovecharlo, sino para retenerlo secuestrado y libre de que pueda alistarse en la fila enemiga.

Tal era el Tuerto Pollo, hermano fervorosísimo del Cristo de San Pedro, cantador de saetas, que ponía el pelo de punta, al decir de las viejas de la hermandad, *y hasta allí una criatura, con un coro de ángeles metíos en er pecho.*

Er fervor del Tuerto Pollo no fué parte,

sin embargo, a que, cuando la república de Castelar, se hiciera republicano de lo más sanguinario, petrolero y hasta blasfemo que ha calado gorro frigio; por donde la hermandad se vió en el triste lance de amputarse aquel miembro podrido y canceroso que exhalaba fetidez como de infierno, y el Tuerto Pollo quedó expulsado para propio ludibrio y terror saludable de las gentes.

III

Y amaneció en el horizonte de Marchena el día de los días de sus días: el Viernes Santos; ese día en que el sagrado terror de la tragedia del Gólgota parece como disuelto en el ambiente que se respira... ese día en que hasta los campos, alegres y risueños y paradisiacos, como en plena primavera en que están, se tornan, a pesar de su exuberante vegetación, melancólicos como cementerios y silencioso como sepulcros... ese día, señalado como de luto universal hasta en el calendario de los pajaritos, que, según la leyenda de Andalucía, ayunan y no cantan... ese día en fin, en que la infortunada Víctima del Calvario se enseñoorea sobre la conciencia humana, como si quisiera hacerle sentir el infinito peso

de la tremenda responsabilidad de un deicidio.

Amaneció, repito, el Viernes Santo. La hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno andaba por las calles. Jesús había sido preso por la cohorte romana y encerrado en el palacio de los Duques. *Habíanse abierto las puertas de palacio* (así empieza el sermón) y Jesús había salido a la *plaza Arriba*, donde una muchedumbre, como sería la que invadía a Jerusalén por la fiesta de la Pascua, se agrupaba a presenciar las caídas de Jesús, en el *horror sublime* de la pasión.

«Empapada la ardiente fantasía»

Jesús caía en tierra una vez, y otra vez, hasta tres veces. Indignado contra el pueblo, le volvía las espaldas. San Juan salía entonces en busca de la Virgen. La Virgen intercedía con Jesús. Jesús se decidía a perdonar, y en prenda de sus paces con el hombre, movía el brazo derecho y daba la bendición al pueblo arrodillado.

El drama siempre antiguo y siempre nuevo de la Pasión, no cabiendo en teatro tan exiguo como es un templo, hacía de toda Marchena su grandioso escenario... Todos los marcheneros eran o actores o espectador-

res de aquel drama divino. Todos se sentían transportados a la Ciudad de los Profetas; a la calle de la Amargura, a las laderas del Gólgota.

El Tuerto Pollo, el repudiado, el proscrito, el incircunciso, por decirlo así, de aquel *Israel Dei*, como diría el Apóstol, saboreaba entre tanto todo el amargor de su repudio y toda la soledad de su proscripción. Se creía como peregrino en su patria, como alienígena entre los suyos... ¡algo así como el Judas vitando de aquel apostolado de creyentes y amigos!

Era la primera vez, desde que tenía uso de razón, que no se vestía de penitente; la primera vez, desde que sabía cantar, y cantó, como los pájaros, desde su cuna, que no cantarían saetas a su Cristo de San Pedro... Y una comezón horrible le corroía las entrañas... Y un remordimiento como de condenado le mordisqueaba la conciencia... Se encontraba como el Judío errante de la leyenda popular, que negó a Jesucristo el agua en el camino del Calvario, que anda desatentado por el mundo, sin detenerse nunca, sino arrastrando, día tras día, de pueblo en pueblo y de gente en gente, la maldición divina que se le dijo, como reconvención por su dureza: —¡Anda! ¡anda!...

Y dieron las tres de la tarde. La hora suprema de la historia, el cenit de los siglos. La hora que repercute en todo corazón cristiano como el último quejido de Cristo moribundo... ¡Las tres de la tarde del Viernes Santo, que yo no sé cómo haya quien pueda oír sin escalofríos por el cuerpo, sin remordimientos en el alma, sin escozor en los ojos! El Tuerto Pollo no pudo más. Ya estaría saliendo de Santo Domingo la hermandad de su Cristo de San Pedro... del Cristo de sus amores... del Cristo de sus cantares... del Cristo de quien él se había apartado como el Hijo pródigo de su padre renuente... de su padre que lo esperaba... de su padre que acaso soñaría con la hora de estrecharlo contra su seno amante.

Y con efecto: ya la Imagen del Santo Cristo estaba en la *Plaza Vieja*. Las filas de nazarenos, de caídos capuces, se extendían a lo largo de la calle de San Francisco como interminable desfile de negros fantasmas en historias de encantamientos... cuando por la calle de Alcaudete, corriendo como un loco en dirección contraria a la de la procesión, se vió venir un hombre desarrapado, que, rechazando bruscamente a cuantos intentaban detenerlo, avanzó por entre las dos filas de

«VENITE AD ME OMNES»

(CUENTO DE NAVIDAD)

El guardia civil que pegado a la tabla del nacimiento con un goterón de cola había puesto Pepito a la entrada del portal de Belén para que diera guardia de honor a la Sagrada Familia y mantuviera el orden, era un muñeco muy propenso al abuso. Se le daba el pie, y se tomaba la mano.

Habiendo visto venir de la ciudad de Jerusalén, por la cuesta que serpenteaba entre riscos de corcho con escarcha de cristal machacado, y en derechura al puente de cartón nada menos que los tres santos Reyes, con su séquito de pajes vestidos de sotas y de palafreneros que sostenían las riendas de los engualdrapados dromedarios con cuello de girafa, sintió que se le alegraban las pajarillas con tanta grandeza, y, soñando el muy ambicioso con un ascenso o con una cruz pensionada, a fin de congraciarse con los regios

peregrinos, empezó a despejar de gente menuda el sagrado portal, invadido a la sazón por la patulea, o sea, por pastorcillos de tres al cuarto y pastoras y zagalas de medio pelo.

—¡Fuera!—empezó a gritar;—tú, pastora, la del queso enarbolado: a ver si te quitas de ahí, que en la calle no hace humo.

—Haga usted el favor—le replicó la pastora muy indignada—de gastar mejores modos y de no levantar calumnias a las cosas. Esto no es un queso, ¿está usted? ¡Esto es una pandereta!

—Si es pandereta o no lo es, yo no tengo que ver nada con eso. He dicho que te vayas con la música a otra parte, puesto que insistes en que eso es una pandereta, y yo no digo las cosas más que una vez.

—¡Mira el hartío de ajos, cómo se vale de la ocasión para arrollar a los pobres!

—¡Más respeto a la autoridad!

—¡Jurrio peste!

—¡Me parece que estás tu buscando un aguinaldo, y te lo vas a encontrar! No te doy un culatazo con la carabina porque, como soy de barro, no tengo movimiento en las articulaciones.

—¡Toma! Pues por eso yo no le he tirado

ya a usted la pandereta a la cabeza y le he despicado el tricornio, no porque me falten ganas. Y en cuanto no se calle usted voy y llamo a aquel soldado de Herodes, y verá usted qué pronto...

—¿Qué soldado de Herodes? ¡Aquel que tiene la batuta en la mano y debajo del brazo un rollo de papeles?

—Hasta ahora sí que no he acabado de convencerme de que no ha visto usted el nacimiento nada más que por un agujero. Lo que tiene en la mano no es una batuta, ¿está usted? Lo que tiene en la mano es una espada, para que usted se entere; y lo que usted dice que es un rollo de papel es un niño en pañales, hijo de esa señora que está de rodillas delante de la sangradera. Mire usted, mire usted cuánta sangre hay ya en la sangradera, y eso que todavía no le ha tocado al niño; con que cuando llegue a cortarle la cabeza, no le quiero decir a usted la que va a echar.

—Pues mira, cata ahí una cosa que me da lástima: ¿no podría aquel posadero que está asomado a la ventana de la venta con el pimiento morrón en la mano venir a ver si evitaba ese muñequicidio?

—¿Pero dónde tiene usted los ojos, mu-

ñeco de Dios? ¿No está usted viendo que eso es un candil encendido, y que no tiene más remedio que tenerlo? ¿Cómo, si no, va a decir a la Sagrada Familia que busque albergue en otra posada? Ha visto usted a nadie que pueda dar una mala respuesta, sin un candil?

—Mira, Rebeca—dijo en esto un pastor de calzón blanco, justillo grana y chupa verde, que tenía en la cabeza una tabla con seis discos de barro, que parecían botones, y que eran nada menos que tortas de polvorón para el Mesías recién nacido,—que una muñeca mocita no debe dar tanto palique a un muñeco casado, y por añadidura militar.

—¿Entonces va a ser una como ese fraile franciscano que está ahí a la vuelta del portal junto al palacio del rey Herodes, todo el día de Dios metido en su agujero, con la capucha encasquetada y lee que te lee, haciendo meditación?... ¡No, señor! Bueno que los frailes hagan esa vida, pues para eso han renunciado al nacimiento y roto para siempre con todas sus pompas y vanidades. Pero la que no tiene vocación de anacoreta, me parece que no ofende a Dios ni al prójimo con hablar con un muñeco de educación. ¿No es verdad, usted?—le preguntó al civil.

—¡Y tanto! — contestó el interpelado, agradeciendo el piropo de la pastora.

—Mas valía,—prosiguió «el del verde gabán» encarado con la de la pandereta,— que te fueras al río a lavar la ropa, como aquella pobrecita, que desde que la hicieron en Triana no ha dejado de lavar ni un instante... ¡Muñeca más hacendosa!

—¡Toma! Si fuéramos a eso, tú también podías estar sacando agua del pozo, como aquel muñeco que está junto a la torre de la iglesia de Jerusalén. Pero a tí no te gusta ni te ha gustado nunca nada que sea doblar el espinazo, y...

—Eso me lo dices tú a mí, porque sabes que no me gusta pegarle a las señoras; pero como vaya allá, quizás te dé con la tabla en la cabeza y te la rompa por el cuello. ¿A tí nunca han tenido que pegártela con lacre?

—Haga usted el favor de no faltar a esta muñeca—le increpó el civil.

—Cuando tenga usted vela en este entierro, puede usted hablar—replicó al de la Benemérita el de los polvorones:—conque, cuchareta: donde no te llamen no te metas...

—Quien se va a ir ya de aquí, pero muy lejos, va a ser usted, so mal muñeco. Y usted, la de la zambomba, y usted, el del clari-

nete, que va usted a despertar al Niño; y tú, el de la orza de lomo; y tú, el de los corde-ros; y usted, la de las gallinas. Largo de aquí todo el mundo menos esta señora (la de la pandereta), que bastante habéis abusado: que tienen que llegar sus majestades los santos Reyes y no quiero que tengan que confundirse con la canalla. ¡Largo de aquí!

—¡No nos da la real gana!

—¡Estamos en lo nuestro!

—¡Que se vayan los Reyes!

—¡Abajo los tiranos!

—¡Muera la burguesía!

—¡Viva la igualdad!...

Y el muñeco del clarinete empezó a tocar *La Marsellesa*. A una muñeca que estaba en lo más esquivo de la montaña tocando la zambomba, le dió un ataque de nervios al oír la gritería, y como el tajo era tan perpendicular y tan escueto, la pobrecilla se cayó en el río. Afortunadamente no se ahogó, por ser éste de espejo; pero se le arrancó la cabeza y un brazo, torciéndosele el carrizo del instrumento musical.

Indignada la turba, empezó por apostrofar al civil y a ponerle que no había por donde agarrarlo; y una pastora anarquista, que tenía en las manos dos cosas que parecían

morcillas de entrañas, pero que eran dos castañuelas para al baile, propuso un abucheo a los santos Reyes. ¡Así! ¡Para que lo contarán los periódicos! Y empezaron a cantar:

—¡Los de los turbantes!

¡Que se los quiten!

¡Que se los pongan!

¡En las narices! —

San José no pudo ya más. Se levantó de junto al pesebre donde estaba arrodillado adorando al Niño, y con la vara de alambre en la mano derecha, salió a la puerta del portal, exponiéndose a coger un constipado, pues la noche estaba más fría que el alma de un usurero.

—¿Qué es esto?—empezó a decir.—
¿Quién ha visto silbar a los poderes legítimos y hacer burla y chacota de la más genuina representación de Dios sobre la tierra? Callen los muy ineducados, y respeten y arrodíllense. *¡Non est potestas nisi a Deo!* (1)
¿Pero qué entienden de latín los muñecos? Respeto a la autoridad y obediencia a los Reyes, *etiam discolis*, como dirá un Apóstol.

—¡Pero que no nos arrollen!—replicó el del verde gabán, señalando al civil.

(1) No hay poder, sino de Dios.

—¿Quién os ha arrollado?—preguntó San José.

—¡Ese!

—¡El civil!

—Er de las patas *añilas*—añadió una muñeca que debía ser gitana, porque estaba haciendo buñuelos encima del portal, junto a la estrella de los Reyes Magos: —¡ese, que mala puñalá trapera le den en los estantinos: er civí, que mal rayo lo parta, que no sirven má que pa preceguí la inocencia! Ande usté ahí con er, don Patriarca, y mátele usté 'e repente, sin que arcance er zantolio. Media librita 'e guñuelos le dy a osté er día en que no quéé uno.

—Señor—empezó a decir el civil al Santo Patriarca con el más ceremonioso comedi-miento:—como los Santos Reyes están al llegar, quise tener esto despejado de ciertos elementos. Y con los mejores modos...

—¡Eso es mentira!

—¡Eso es mentira!...

—Les supliqué que se alejaran.

—Pues muy mal hecho—contestó San José.

—¡Viva San José!

—¡¡¡Viva!!!

—¡Viva su señora!

—¡¡¡Vivaaaa!!!

—¡Silencio!— gritó el Patriarca.— Y oiga usted para su gobierno (al de la benemérita). Pepito lo ha puesto a usted en la puerta del portal, para si se nos ocurre algo y para que haya orden: no para evitar que los pobres se acerquen a Dios. De los pobres es el reino de los cielos...

—¡Viva San José!

—¡¡¡Vivaaaa!!!

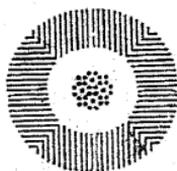
—¡A ver si calláis ya! ¡De los pobres es el reino de los cielos y, por tanto, el Niño! ¿Está usted?

—¡Viva San!...

—¡Que te calles he dicho! Aunque no, porque sea de los pobres, deja de ser Rey de reyes y Señor de los que dominan. Que vengan, pues, los grandes, y los ricos, y los poderosos, y los reyes, cuando les plazca, que acá también descendemos de reyes, aunque ahora no tengamos donde nos llueva Dios; pero no porque vengan los reyes, se les ha de arrojar a los pobres de lo que es suyo. Deseando estoy que el Niño empiece a hablar, para que le oigáis decir esta frase, que dará la medida de la infinita caridad de su corazón de Dios: *venite ad me omnes*: venid a mí todos, ¡todos!... ¡¡todos!! grandes y

pequeños, buenos y malos, víctimas y verdugos... todos, todos... *¡omnes!*

Y San José se metió dentro del portal, dejando al pobre civil más callado que un muerto y más serio que un cuarto de especias.



LA CRUZ DE MAYO

En pleno tiempo pascual, cuando los prados están vestidos de terciopelo verde, como reinas, y los huertos coronados de azahares, como desposadas; cuando las arboledas parecen turiferarios de dalmáticas blancas como la nieve, que remontan al cielo el embriagador perfume del incensario de pétalos que es cada flor, y cuando hasta la sierra abrupta y estéril, como el seno de la Esposa de Zacarías antes de la aparición de Gabriel Arcángel, vé brotar de entre sus pizarras de color de plomo y como hojas de espadas yuxtapuestas, romeros y escaramujos vestidos de flores, y jaras y lentiscos, brezos y adelfas invadidos de pimpollos; cuando los pajaritos en celo cantan el aleluya de la resurrección de la especie y los cielos con sus espléndidos amaneceres primaverales parece como que se ríen de alegría; cuando todo, en fin, está como de zambra y fiesta, y todos los seres de la creación saborean la vida, cata erguirse la

Cruz, negra como un lecho fúnebre, ensangrentada como un patíbulo, inflexible como la justicia, escueta como la verdad y dura como la muerte, reclamando una fiesta, de la liturgia, y festejos populares, de las costumbres.

La fiesta es su Invención por Santa Elena, madre de Constantino. Los festejos, distintos en cada lugar, pero todos alegres y regocijados, que si no, no merecerán el nombre de festejos, descollando entre todos, a lo menos por estas Andalucías, el adorno de las cruces de los humilladeros en las afueras, y el de las de los nichos o retablos, que les labró la piedad en las encrucijadas de las calles.

Pero no importa que la piedad las vista con las flores que produce Mayo, ni que el pueblo andaluz que arma un bailoteo por cada esas pajas, baile delante de ellas como si no hubiese nacido para otra cosa. La cruz, aunque ceñida de flores, sigue siendo un ara, y aunque empavesada de banderolas y gallardetes, sigue siendo un patíbulo de dolor y de tormento: tormentos y dolores que, porque fueron divinos por parte de la persona de

El Divino Cordero
Que murió en ella,

como dice la copla popular, engendran en

nosotros esperanzas de auxilios de robustez y de energía para la hora de nuestra muerte.

Nunca se me olvidará, a propósito de esto último, una oración que aprendí cuando niño, engarzada en un cuento que oí contar con motivo de la jaculatoria en cuestión, embebido yo con lo maravilloso de la fábula, como se embeben los pequeñuelos ante todo lo descomunal y desusado y peregrino.

La jaculatoria dice... Pero quizás sea mejor contar el cuento y dejar que ella salga cuando tenga que salir.

Por sí o por no, allá va el cuento y la reconstrucción de la escena en mi imaginación de chiquillo, que no había hecho más viajes que uno a la feria de Manzanilla, pasando por Chucena... y Torre Cuadros. (1)

Pues, señor: esta era una vieja, muy viejecita, que se estaba muriendo en una choza. (Como las del Cortinal, barrio de chozas que había por entonces en mi pueblo).

El Padre Cura del pueblo... (El Padre Serafín, Franciscano exclaustrado, Párroco de mi lugar cuando yo me criaba) iba a entrar en la choza para dar a la moribunda Su Divina Majestad... (Y yo veía el grupo de

(1) Hacienda con caserío en el término de Hinojos (Huelva).

Cura, sacristán y monaguillos, hombres con sendas capas, llevando los faroles, y mujeres enlutadas rezando por la salud de la enferma, *si le convenia*)... pero mire usted por donde, al llegar a la puerta de la choza, la gente no podía entrar.

¿Vaya que usted no sabe por qué era? Pues porque todas las cruces que había en todo el pueblo, y muchas de los pueblos circunvecinos, habían venido andando, andando, andando, y estaban todas ellas dentro de la choza. (Y yo veía en la estancia, de las dimensiones punto menos que de un chiveterín, la Cruz del Humilladero, que está al final de la calle de Sevilla; la de Tío Pollo, que se yergue en medio de la encrucijada que forma la calle Abajo con la de Tío Periquito; todas las del via crucis que, partiendo de la Iglesia Parroquial iba hasta la ermita de la Patrona, en cuyo porche estaba el Calvario, consistente en tres postes de mampostería con sus tres cruces, y por remate de miserere la llamada Cruz del Valle, con sus cinco escalones de ladrillos cortados, y sus artísticos cuadros de azulejos pintados en Triana. Yo me hacía cruces de que tantas, y tan voluminosas algunas de ellas, cupiesen en una choza tan mezquina).

—Hermanita:—dijo el Padre Cura desde la puerta, viendo que no podía entrar, con tanto impedimento:—si quiere V. recibir a Su Divina Majestad, es menester abrir un agujero en la choza, por donde quepa siquiera mi mano.

—¿Y por qué no entra su merced?—preguntó la pobre viejecita, con voz que se le apagaba por intervalos, como lámpara que consume la última gota de aceite.

—Porque con tantas cruces—respondió el Cura—no puedo entrar.

—Pero ¿tantas cruces hay?

—Pues todas las del pueblo y dos o tres de Chucena—(Las mismas que yo había visto en mis excursiones de feriante a la de Manzanilla).

—¡¡Tienen muy buena crianza las Santas Cruces!!—exclamó la moribunda.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque se pintan solas para cumplir un encargo.

—¿Para cumplir un encargo...?

—Sí, señor, Padre Cura. Desde que me criaba, ¡toda la vida!, he tenido la santa costumbre, siempre que veía una cruz, de decirle, aunque no fuera más que de pasada:

Salve, cruz preciosa,
Donde Dios murió;
A la hora de mi muerte
Te convidó yo.

Y por eso será, Padre Cura, que hayan venido todas las que conozco, a hacerme compañía y darme fuerzas en este trance. Entre su merced sin cuidado en la choza: que lo que es camino seguro para que las almas lleguen a Dios, no puede ser estorbo para que Su Majestad llegue a las almas.

Y como pasa el rayo de sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo, el Cura con la Sagrada Hostia, entre los dedos, atravesó por enmedio de los pilares de las cruces, y llegó a la cabecera de la enferma, que acabó de celebrar la fiesta de la Cruz de aquel año de Cristo, donde ya no se cuenta por años, porque es el inmutable *siempre* de la bienaventuranza.



LA RATONCITA DEL LAZO

(CUENTO INFANTIL)

A mi sobrina Mariquita Almonte.

I

De la muerte de Roequesos estaba horrorizada su viuda.

Había sido aquel un ratón nada edificante: glotón, hasta la gula; amigo de lo ajeno, como un Diego Corrientes; arriesgado hasta la temeridad, en andar como un acróbata por los palos de morcillas y por el vidriado gollete de las tinajas de arropo; y de tan poca crianza, que hacía sus necesidades sin miramiento alguno en lo más regalado y florido de la despensa. ¡Mire usted qué indecente!

—Por el amor de Dios, esposo mío,— le decía aquella mañana la buena ratona, casi con lágrimas en los ojos:—déjate de dar asaltos a la despensa y de entrar a saco en

el aparador. Mira que es ofender a su Divina Majestad tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y que nosotros, que no tenemos como los hombres otra vida después en que recibir galardón o castigo, conforme a las obras, todo lo bueno o lo malo que hagamos en la vida hemos de recogerlo aquí. El día menos pensado te atrapa Micifuz, el gatito pintado de la señorita Elena, que quiere congraciarse con la señora, y ¡ay de tí como te eche la zarpa, y ay de mí y ay de nuestra inocente Roequesitas!; porque tú no lo contarás, yo quedaré en la viudez y en el abandono, y nuestra pobre hija en la orfandad y en la miseria. Déjate de correrías de pirata en seco. Contentémonos con el maíz que tan abundantemente tenemos en el sobrado de esta hospitalaria casa en que vivimos, hasta sin pagar renta, y demos gracias a Dios, porque otros pobrecitos tienen menos. Déjate, pues, de morcillas de entrañas, de quesos de bola, de natillas y de polvorones; que eso es harto regalo para nosotros.

—No de sólo maíz vive el ratón, ¿estás tú?—le replico Roequesos con tono sentencioso, accionando con el rabo.—El ratón es libre. La propiedad es un robo. El hombre es un tirano, que todo lo quiere para sí, y ha

llegado la hora de la nivelación y de la igualdad. A mí me gusta muchísimo la asadura en manteca, ¿estás tú?, y habiéndola en la casa, como la hay, no voy yo a dejar para otro lo que puede ser para mí. Todavía no he probado yo este año el lomo en adobo, que tanto me gusta; ni el turrón de Jijona, que tan aromático es; ni las empanadillas de cabello de ángel, que con tanto primor y maestría adereza Dolores la cocinera. De todo hay ya con abundancia, pues se avecina la pascua de Navidad, y los señores, como cristianos viejos, huélganse de celebrar el nacimiento del Mesías... Conque dejame tú a mí de austeridades de Semana Santa, que más sabe el loco en su agujero que el cuerdo en el ajeno.

—Por Dios, marido: que el consejo de la ratona es poco, y el que no lo toma es loco...

—He dicho que el ratón es libre, y en uso de mi derecho hago lo que me da la gana. ¡Viva la libertad! ¡Abajo los burgueses! ¡Paso al apetito libre!

Y desapareció del agujero, camino de la despensa chupándose las patitas de gusto ante el hartazgo de golosinas que había previsto en su mente soñadora.

Pero ¡ay de él! Micifuz le echó la zarpa

al verlo atravesar como una exhalación camino de la despensa, matándolo de una colmillada en la nuca y dejándolo en poder de la gata del señor Vicario, su íntima amiga, para que le diera en su vientre sepultura eclesiástica...

¡El ratón propone y Dios dispone!

Séale leve el estómago de la gata del señor Vicario.

II

La pobre viuda quedó inconsolable, y todas las ratonas del doblado fueron a acompañarla en su duelo; mas como las heridas del alma no acierta a curarlas nadie más que Dios, Roequesas se entregó por entero a la piedad. Por otra parte, se persuadió de que los tres enemigos del ratón son mundo, ratonera y gato, y para librarse del primero, ya que de los otros dos es imposible, resolvió, cuando pasaron los nueve días, retirarse con su hija al convento de las Descalzas, monjas las más recoletas del lugar.

Se despidió, así pues, de sus amigas cuando llegó la hora, y por un agujero de la tapia de la huerta entró en la clausura.

Entonces se dió de lleno a la vida devo-

ta, pásándose las horas en el coro debajo del sillón de la Madre Maestra de novicias, y hasta subiéndose a veces al facistol para cantar las divinas alabanzas, paseándose por los libros de canto llano, adornados de místicas miniaturas de fondos de oro... Otra ratona muy chismosa, que había en el convento, dijo que la había visto comerse la badana de la pasta... yo no lo creo. .

Por su gusto, Roequesas no hubiese hecho otra cosa que perderse en los místicos arrobos de la vía unitiva; pero su director espiritual, que era un ratón muy prudente y muy sabio, como nacido y criado en el estante de los libros del Padre Capellán del convento, le dijo que, siendo madre, no debía descuidar la educación de Roequesitas, para hacerla ejemplar prototipo y dechado de todo linaje de virtudes ratoniles. La viuda cayó en la cuenta y se dedicó a la educación de su hija.

III

Roequesitas era un primor. Muy redonda de ancas, muy gallarda de lomo, muy fina de hocico, de ojitos muy brillantes y muy negros, y con el rabo más fino, más flexible

y más aterciopelado que registran los fastos de la historia... natural.

Pero era muy presumida. ¿Quién no tiene un defecto, y más siendo ratona? Y su mamá, que la quería sin tacha, hizo por corregirle aquel resabio con atinados avisos y prudentes consejos, llegando hasta hacerla roer esta saludable cláusula de un ritual que se había dejado en el confesonario uno de los confesores de las monjas, que era Párroco:

«Despreciaréis el demasiado y superfluo ornato del cuerpo en comparación de la virtud».

Pero ni por esas: Roequesitas proseguía cada vez más vana y dada más sin freno a las locuras de tocador, pasándose las horas muertas encima de la cajonera de la sacristía, mirándose en la biselada luna de una cornucopia y haciéndose con un pedazo de cinta rosa, que con intenciones sacrílegas royó de un cíngulo, un lazo con que adornarse la punta del rabo, como ella había visto adornarse la punta de la trenza a Clarita, la niña del demandadero.

—Que va a ser tu perdición ese afán desmedido de pulirte y de acicalarte—le decía Roequesas una tarde que la sorprendió en la huerta del convento mirándose con hon-

da complacencia de sí misma en el agua de la atarjea:—que por mirarte tanto y embelesarte mirándote y remirándote, el día menos pensado no te das cuenta de que viene Morrongo, el gato de la Abadesa, y te coge desapercibida y te almuerza, te come o te cena, según la hora, dejando a tu pobre madre sin ventura, con el corazón traspasado por un nuevo cuchillo de dolor. Tira ese lazo que va a ser tu ruina. La limpieza y la honestidad son el mejor arreo y el mayor encanto de las ratonas jóvenes.

—Pero mire usted, mamá, que es usted muy austera. ¿Es pecado, quizá, componerse para parecer un poco mejor de lo que una parecería sin compostura? Déjame usted rendir culto a lo bello y saciar este apetito de agradecer, innato en toda ratona... ¡Me gusto tanto con este lacito de seda rosa!...

—¿De seda?... ¿seda una pobre?... ¿seda una huérfana?... ¡Eso lo has robado tú!... ¡eso...

—No, mamá, no es robado. Es que... ¡ejém! ¡ejém! ¡ejém!—y tosió unas cuantas veces, a fin de dar lugar a que se le ocurriera el embuste con que quería sincerarse en el concepto de la autora de sus días.—Es que la madre sacristana lo arrancó de un cín-

gulo, porque estaba ya muy usado, lo tiró a la basura..

—¡Mentira!—replicó la viuda muy indignada. —Esas cosas se queman y no se tiran a la basura: con que ya tienes un embuste para cuando vayas a confesar. Pero, aun dando de barato que así hubiese sido, ¿tú no sabes que es sacrilegio aplicar cosas sagradas a usos profanos, y quién sabe si pecaminosos? Las cosas santas deben tratarse santamente; conque quitatelo ya, si no quieres que te tire un bocado.

—Pero, mamá...

—No hay pero que valga. ¡Quitatelo!

Y la pobre Roequesitas hizo por obedecer, porque, aunque presumida, era muy obediente.

Tan apretado, empero, estaba el lazo y tan firme y complicadamente anudado a los pelos del rabito, que no consiguió desatárselo en los dos o tres tientos que se dió...

—¡¡Morrongol!—gritó su madre, echándose a correr en el paroxismo de la angustia hacia un agujero de la atarjea, donde cayó con un ataque de nervios. Roequesitas huyó también, pretendiendo esconderse debajo de un rosal de bengala que tapizaba el muro, mas con tan mala ventura, que, clavándosele

en el lazo las espinas que a manera de garras erizaban las varetas del rosal, quedó presa por la robada cinta de color de rosa, como por la rizada cabellera Absalón fugitivo.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡¡¡socorro!!!— gritó fuera de sí, haciendo hercúleos esfuerzos con las patitas por romper aquel aditamento malhadado.

¡Que si quieres! Morrongo, sin tener en cuenta para nada que era viernes de cuaresma y que está prohibido en tales días, aun cuando se tenga la santa bula, el uso de carnes, se merendó a la malaventurada Roequesitas, no quedando de ella sino el rabito, preso aún por el lazo,

por do más pecado había,
a las espinadas ramas del rosal.

IV

—¡Qué quiere usted!—decía Roequesas al ratón del Padre Capellán cuando fué a darle el pésame.—El Señor me la dió para mi ventura y el Señor me la ha quitado para mi prueba; yo acato su voluntad y bendigo su mano, aun cuando me haya herido. Pero crea usted, Padre (era su director espiritual), que

lo que más me atormenta es el motivo de su muerte. Hubiera sido menos dada a vanidades y devaneos, y hubiese salido ilesa como salí yo del asalto del artero Morrongo.

—Tienes razón, hija mía. Ayer mismo me estuve yo comiendo un libro de San Agustín que tiene el Padre Capellán, donde dice: *cum nudo, nudi luctari debemus*. Hay que luchar desnudos con el enemigo desnudo, para que, no teniendo por donde asirnos, podamos escaparnos de entre sus garras. ¿Tú ves la desventura de Roequesitas? Pues eso pasa también a muchas niñas que son muy monas y muy bien mandadas, y todo lo que se quiera; pero que luego son muy presumidas y no les gusta nada más que ponerse lazos en el tupé y en los tirabuzones, y el diablillo las coge por ahí, y...

--¡Ay, no me lo diga usted!..

—Como lo oyes; el diablillo es el gato de las niñas, y los lazos, las redes con que las coge.



RESIGNACION

I

Jamás hubo en Hinojos matrimonio más avenido. Más que *dos en una carne*, eran dos en un alma. Bastaba de media vez que Juan dijera que era de noche, para que Valle encendiera el velón, aunque fuera a las doce del día del mes de Junio.

¿Ir él a la feria de Manzanilla sin traerle a su Valle media libra de alfajor valverdeño, hijo legítimo del alajú moruno, y quien dice media libra de alfajor dice un ciento de nueces o medio almud de castañas, conservadas en arena, a fin de preservarlas de la rugosa vejez de sus hermanas las pilongas? Antes se vendría sin los bieldos para la era o sin la campanilla para la vaca, que sin agasajo y fineza para su Valle.

Pues, señor, sucedió que Valle dió en malear; que se lió una *pisebrera*, como se llama en Hinojos toda enfermedad prolija

y laboriosa, y que para la caída de la pámpa-
na, Valle *empinó el jopo* y se fué al otro
mundo, en donde por luengos años nos
aguarde.

Contra lo que se esperaba, Juan no de-
rramó una lágrima en el mortuorio, ni dejó
escapar una queja después del sepelio...
¿Job?... ¡A bien que no lanzó muchos lamen-
tos el Pastor de Hus durante las largas horas
de su infortunio!, mientras nuestro pobre
Juan, replegado en sí mismo, como los gran-
des pacientes, y mudo, y resignado como las
supremas víctimas, acompañó al cadáver has-
ta el cementerio, y se tornó a su casa triste
y solo y más triste y más solo que su casa
misma.

El cura, que vivía tabique en medio como
quien dice, edificado de tanta y tanta resig-
nación, cuando algún malicioso, o mejor, ma-
liciosa, pues los hombres de Hinojos son poco
habladores, decía hablando de Juan lo de

«Dolor de codo, dolor de viudo,
corto y agudo»,

ya estaba el celoso Párroco echándole una
andanada, y poniendo por las nubes el rendi-
miento y a la voluntad divina por parte del
viudo, que decía con sus obras lo del infortu-

nado de la Idumea: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor.

II

Bien vienes mal, si vienes solo, dice un adagio. Dígolo, porque no habría pasado un mes de la muerte de Valle, cuando la vaca de Juan cogió un lobado de padre y muy señor mío en el Cerro—Vicente, donde pastaba, y por pronto que se acudió, y por más que se hizo, sus días estaban contados y estiró la pata.

El dolor del pobre Juan no tuvo límites. Y sería porque llovía sobre mojado, sería porque tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe, sería... vaya usted a saber por lo qué sería, lo cierto de ello fué que Juan se llevó tres días con tres noches llorando, a grito pelado, provocando la rechifla de todas las maliciosas de la calle, a quienes había medido el resuello para adentro el señor cura, con tanto que si fué, que si vino, de resignación cristiana, como enjaretó a propósito del mudo dolor de Juan en los primeros días de su viudez.

Amoscado el señor Párroco con las pu-

llas que las susodichas maliciosas le soltaban, ganosas como buenas mujeres de tomarse el desquite, se decidió una noche a ir a ver a Juan,

Y con mil expresiones de atención y respeto,

dijole lo siguiente, colocando el paraguas que traía, entre las dos puertas del portal de en medio.

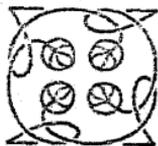
—Mira, Juan, hijo mío, que rebelarse de esa manera contra las disposiciones del Señor, es ofenderle. La cruz debe llevarse, no a regañadientes y arrastrando; sino airoosamente y con gracia. Bueno que sientas tu desventura, porque no somos de palo; pero ese llorar tan desafortadamente pasa de castaño oscuro y hasta es un mal ejemplo para el pueblo sentir más a una vaca, que a una esposa. No echés por tierra, hijo mío, con tu rebeldía de ahora, tanto como nos edificaste el mes pasado, cuando Dios hizo pasar a Valle a mejor vida, que la sentiste, y todo lo que se quiera... ¡vaya si la sentiste!, pero que de aquello a esto.

—¡Ay, Pae Cura, Pae Cura de mi arma!
—contestó Juan, poniendo el grito en el cielo:—la cosa es mu distinta, pa que usté se

entere. Cuando se murió mi Valle, y aun antes de morirse, lo menos veinticinco vinieron a metérseme por los ojos pa casarme con ellas. Me se ha muerto la vaca hace tres días y no ha jabío un... pajolero que haiga venío a decirme: aquí ties otra.

Y el señor cura de mi lugar

caló el bonete, requirió el paraguas;
miró al viudo, fuese y no hubo nada.



DE ULTRATUMBA

(CUENTO DE NOVIEMBRE)

I

Cuando murió el pobrecito de don Ernesto no había en toda la casa ni dos reales.

La enfermedad había sido muy larga y muy costosa, como tisis pulmonar. La paga de capitán de Infantería venía estrecha en sana salud, y en cuanto reforzarla con ahorros de los tiempos de las vacas gordas, en eso no había que pensar ni por soñación, siendo así que las once mil pesetejas a que dichos ahorros ascenderían, estaban en la casa de Bancarrota e Hijos, comerciantes de la plaza, que habían tenido a bien hacer suspensión de pagos tan guapamente, cuando el bueno de don Ernesto necesitaba un río de oro, así para médicos y botica, como para alimentos extraordinarios... para las mil zarrandajas, heraldos precursores de *la Pelona*,

como llama la gente de Andalucía a la *pallida mors*, que diría Horacio.

Menos mal que cuando ésta pulsó con su *aequo pede* el piso tercero, izquierda, donde el Capitán vivía, los compañeros de arma del difunto, compadecidos de la precaria situación de la viuda y del enjambre de chiquillos, fruto del matrimonio, echaron un prorrato que dió por resultado unas... próximamente mil pesetas, que fué no poco dar: con lo que se pagó un funeral y transporte modestitos, un ataúd lujoso, con mucho terciopelo recordado y mucho áureo latón, una carroza a la Federica con caballos engualdrapados de terciopelo y empenachados de negras plumas y aurigas de empolvados peluquines, que no había más que ver, un nicho de tercera para el cadáver y hasta media docena de coches para el duelo, quedando lo sucinto para unos cuantos *babis* de coco negro con que enlutar a la prole y para un largo velo de crespón, amén de unos *bieses* de lo mismo con que «agrar» el tinte de luto a un vestido de cachemira negra que se «arregló» la viuda, poniéndole a la falda lo de arriba abajo y pasando las duras y las maduras para sacar los *buches* de las mangas.

¡Dios se lo pagara a todos, y nunca,

nunca olvidaría ella tan generosos amigos de su difunto!

II

Pues, señor, cuentan las crónicas que el alma de don Ernesto estuvo en un tris si se condenaba o no. Pero la misericordia divina hizo que llegara el Santo Oleo cuando aún alentaba el infeliz (que si se retrasa el señor Cura el canto del pensamiento, se encuentra con el cadáver amortajado), y gracias a ese santo Sacramento, especie de bautismo de la otra vida que borra todo pecado y las reliquias de él, don Ernesto se salvó, como hemos dicho, saliéndole de condena en el juicio particular sesenta y nueve años de purgatorio. Triste era esto, dicho sea en verdad; pero tortas y pan pintado al lado del infierno, del que se salvó por tabla, gracias a la ligereza del señor Cura. ¡El Señor se lo pagara, y se quedaba corto don Ernesto! ¡Ahí era nada verse en el purgatorio, después de haber olido la chamusquina y el vaho a cuerno y azufre de las calderas de Pedro Botero!

III

El alma del Capitán hizo muy amiga en la cárcel del purgatorio de las más de las ánimas benditas que allí moraban: que no hay lazo que una tanto como un mismo infortunio, ni infortunio que pueda correr parejas con el de verse privado, siquiera sea no eternamente, de la espléndida visión del rostro del Altísimo.

De entre todas las ánimas con que trabó amistad, ninguna tuvo con él trato tan íntimo como la de una Condesa, que también se había salvado de milagro por lo mucho que se escotaba para los bailes; alma que recibía diariamente una infinidad de misas, por haber dispuesto en su testamento que se le aplicasen dos mil en el término de tres meses, y luego una diaria, por agrupaciones de treinta, a fin de que resultaran de San Gregorio.

—Veo, hermanito—díjole cierto día el alma de la Condesa,—que le mandan a usted muy pocos sufragios. ¿Tan pocos amigos y tan ningunos parientes dejó usted por allí?

—Ni lo uno ni lo otro—contestó el Capitán:—mis amigos lo hicieron muy bien con mi cadáver, y en cuanto a mis parientes, están muy apurados y no pueden hacer más que

lo que están haciendo: rezar todos reunidos por mi alma, y...

—Sí que rezan por usted, y hasta aquí llegan sus oraciones; pero lo que es de misas, perdone usted por Dios.

—Crea usted que no pueden los infelices. La viudedad de la pobre de mi mujer no alcanza para nada, y una casa de familia...

—¿Conque era usted casado?

—Sí, señora, a Dios gracias, y con una mujer que no me la merecía. Era más cariñosa y más buena para mí...

—No lo dirá usted por las misas que le manda.

—Si no puede, señora, así no puede! Deje usted que cobre un crédito que le dejé contra la casa Bancarrota e Hijos: verá usted cómo lo primerito que ella aparta del cobro es algo con que mostrarme que no me olvida: algo que certifique que, aunque la guadaña de la muerte haya cortado el nudo que unía nuestros cuerpos, nuestras almas siguen unidas por el amor. Es muy buena mi Laura, y me ha querido mucho. Su Angel de la Guarda me ha asegurado que está inconsolable la pobrecilla.

—¿Y tiene usted muchas esperanzas de que ese cobro se lleve a efecto?

—Así se lo pido a Dios, por ella y por mis hijos. ¡Como que los pobrecitos no tienen nada más! Ayúdeme usted, hermana, con sus fervorosas oraciones al Señor; que las súplicas de las almas del purgatorio pueden mucho.

—Sí que lo haré descuide. Me inspiran mucha lástima las viudas y los huérfanos, y además que, aunque no sea más que por egoísmo, ya ve usted si querré yo que nos manden sufragios que nos alivien. ¡Ya usted vé! cinco mil años que tengo que estar aquí, como las santas obras de los vivos no acorten el plazo de mi destierro...

—Pues años son.

—¡Y los años de aquí, que son como eternidades!

IV

Pasaron meses y pasaron años, y la casa de comercio Bancarrota e Hijos halló un comanditario poderoso y comenzó a pagar a tocatejas. Las oraciones de don Ernesto fué lo que alcanzó el milagro. La capitana viuda cobró sus pesetas efectivas aunque no los intereses.

Don Ernesto, que lo supo por el Angel

de la Guarda de la misma, se apresuró a decirselo a su amiga la Condesa.

—Pues que sea enhorabuena, don Ernesto; que sea enhorabuena. ¡A ver cómo se porta con usted!

—Como quien es, señora; como quien es; lo que toca las misas de San Gregorio, esas por de contado. Y crea usted, señora, que sobre no hacer ella más que lo que debe, me pondrá una corona si lo hace. Eso de participar, como yo participo, de tantísimo sufragio como aquí viene y no aprontar ninguno de que participen los demás, me parece hasta una gorronería como se dice en la tierra, y esto es muy desairado para mí.

—Pues a ver si Dios quiere...

—Sí querrá; Laura es muy buena y me ha querido mucho, y antes faltará una estrella del firmamento que ella deje de enviarme una prenda de su amor.

V

El alma de don Ernesto estaba inconsolable al otro día.

—¿Pero qué le pasa a usted?—le preguntó la Condesa.

—¿Qué quiere usted que me pase? ¡Que

mi mujer ha gastado treinta duros en una *prueba de amor eterno!*

—¿Y por eso, criatura, se apura usted?

—¿No quiere usted que me apure? Lo que empleado en misas o en limosnas hubiérame franqueado la bienaventuranza, lo ha gastado la muy reloca en una corona de flores de porcelana, *que quita las penas*; pero no las horribles del purgatorio.



JUICIO PARTICULAR

*Cuento dedicado al M. I. Sr. D. José Joaquín
Domínguez*

Magistral de la Catedral de Guadix

I

Del coro de las Vírgenes creo que partió la cosa. Lo cierto de ello fué que el Señor se pasó por la portería, llamó a San Pedro, que dormitaba como en el Getsemaní, y le dijo, sobre poco más o menos:

—Mira, Pedro, que se me están quejando algunos bienaventurados de que eres muy blando para las lágrimas, y de que, en cuanto ves a un pecador con el pañuelo en la mano, ya no eres hombre, y lo dejas entrar en el cielo como si le chorreara el agua del bautismo.

—Señor: como yo también pequé, y me salvé por el arrepentimiento y por las lágrimas, la verdad, me conmuevo en cuanto veo

llorar; y lo mismo es ver un pecador arrepentido, que ya me tiene vuestra Divina Majestad hecho una jalea. Vuestra Divina Majestad no sabe, y eso que es omnisciente, lo que es verse uno pecador y desear ser perdonado.

—Sí; yo soy el primero que no puede ver llanto, sin sentir llenas de misericordia las entrañas y doblegarme al perdón. ¿Quién, si no, más... ¡vaya! más sin.., carácter que tú, cuando negaste tres veces a mi Hijo; más dado a devaneos que María Magdalena; más empecatado que Dimas, ni con más malas intenciones que Saulo, perdonados, sin embargo, por mí, como si tal cosa, en cuanto derramaron una lágrima de contrición perfecta? Por algo soy llamado el Dios de las misericordias; pero no tanto amén que se acabe la misa, ni tanta misericordia, que no vaya a aparecer la justicia por ninguna parte. Ni tanto ni tan calvo.

—Pues yo, Señor, me parece que cumplo con mi deber cuanto es dado a la humana flaqueza. Si vuestra Divina Majestad no está contento de mí, o tiene otros planes y quiere que presente la dimisión...

—¿Qué es eso de dimisión? En lo eterno no hay mutaciones ni cambio de personal. Eso queda para el tiempo, medida del movi-

miento *mensura motus*. En la eternidad, medida del ser que permanece, *mensura entis permanentis*, nada se cambia, ni nada se muda. Aquí no hubo, ni habrá, porque hay: aquí ni nada ha sido, ni nada será, por la sencilla razón de que todo es. Por consiguiente, a no volver a hablar de dimisión de cargo ni de nada que lo parezca, sino a permanecer en tu portería y a no permitir la entrada sino al que se encuentre limpio como el oro, bien sea por el agua del bautismo, bien por el riego purificador de las lágrimas. Pero lágrimas de verdad, ¿te enteras? Pues como se dice por allá abajo: en cojera de perro y en lágrimas de mujer no hay que creer.

—Pero los hombres...

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Si son peores la mayor parte de ellos! ¡A bien que hay pocos hipócritas con don de lágrimas!... Nada, nada: mucho cuidado con todo el que llegue; y el que no venga limpio como una patena, sobre todo de estómago, que vaya al purgatorio, que para eso está.

—Decuide vuestra Divina Majestad, Señor.

Y el Señor se entró en la gloria, quedándose San Pedro paseando por delante de la esplendente puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y las llaves al hombro.

II

—Pues veremos a ver —empezó a decir, hablando consigo mismo —quién es el guapo que entra en la bienaventuranza sin tenerla más que merecida. ¡Que se arrime a bordo el que se atreva! ¡Lo que es a mí no me vuelven a sacar los colores a la cara! Demás sé yo de dónde parte todo esto. Esto no es más que por haberme compadecido del alcalde que murió el otro día, y haberlo dejado entrar en cuanto lloró un poquillo. No se repetirá, yo lo aseguro, como Pedro me llama. Y pues el Señor me honra con su confianza y me entrega las llaves, yo me echaré un nudo en el corazón, si es menester, y haré justicia seca.

Cuando hete aquí; de la mano del Angel de la Guarda, llegar un sí es no es encongado y medroso el alcalde de un pueblecito de Andalucía, llamado Villacualquiera, el cual señor alcalde acababa de morir de una indigestión de bienes de Propios; y, tomando al Santo pescador del mar de Tiberiades por un Gobernador de provincia o cosa así, le saludó, aunque palurda, muy expresivamente, poniéndole en la mano, al estrechársela, un tentador billete de mil pesetas con el busto del duque de Veraguas.

—¡Cristiano!—díjole San Pedro, rechazando muy indignado el codiciable pápiro.—
¿Por quién me ha tomado usted? ¿No sabe usted que yo lo dejé todo por seguir a Cristo?

—¡Vaya, Señor, no sea usted tan *despreciable!* Una fineza se le hace a cualquiera. ¡Si viera usted el señor Gobernador de mi provincia qué cara pone y qué bien le saben hasta los de veinte duros!...

--Pues a bien que no estamos en ningún Gobierno civil. Conque exponga usted lo que desea, que, como sea de justicia, se le otorgará de mil amores, sin necesidad de sobornos ni adehalas. ¡Tuviera que ver!

—Pues yo... la verdad, quisiera que me permitiera usted pasar a la gloria. Me dijo aquí el señor don Angel que era muy amigo de usted, y que usted era muy bueno, y que se ponía en el caso de lo que es el mundo, y de lo peligroso que es manejar bienes de Propios, porque andar con miel y no chuparse los dedos es punto menos que imposible... y veníamos a ver si me dejaba usted entrar, porque usted ha tenido siempre muy buen corazón... y yo quisiera que se quedara usted con el billete para que aplicara una Misa por mi alma, que ya vé usted que no es posible dar una propina con mayor delicadeza.

—He dicho que no lo tomo, y no lo tomo.

Ni a mí se me compra como a un concejal, ni el cielo se adquiere con chanchullos, como si fuera un acta de diputado. Si merece usted entrar de rondón, entrará usted y tres más; ahora, si no lo merece usted, váyase al purgatorio, hasta que yo le avise.

—Pues examíneme usted, a ver si vengo en condiciones.

—Ante todo: ¿cómo viene usted de estómago?

—Más bien que el mundo; de modo que si no es más que eso...

—Pero, entendámonos, ¿qué es lo que usted entiende por traerlo bien?

—Pues lo que se entiende en todas partes por traerlo bien: repleto hasta el gollete, y como para no sentir hambre por toda la eternidad. ¡Seguro está que pida yo ni una taza de caldo!

—Pues cabal y precisaments ese es el último encargo que me ha hecho el Señor: que no entre nadie sino con el estómago limpio.

—¡Por vida del!...

Y se le saltaron las lágrimas.

—Mire usted—añadió San Pedro empezando a blandearse, como siempre que veía llorar:—hay un recurso, puesto que me inclino más a la misericordia que a la justicia.

Tome usted un vomitivo fuerte que se lo limpie, y....

—Ahí está la cosa, señor San Pedro: que como no me trague una cuadrilla de hombres con azadón a jornal, no hay quien me arranque la balsa que tengo aquí. (Señalando el estómago).

—No es menester tanto, hombre. Que vaya el Angel a la tierra; que compre en cualquiera botica un real de calomelanos, y verá usted cómo lo ponemos en disposición de entrar, sin que el Señor de las justicias infinitas me tenga que poner la ceniza en la frente.

III

El Angel, que era... un ángel de bueno, y que tenía mucho interés en que se salvara aquel alma encomendada a su custodia, batió las alas, cruzó las nubes con la rapidez del rayo, llegó a la tierra, compró en una droguería, para que lo despacharan más bien, no un real, sino una peseta de calomelanos y se plantó en un periquete delante de San Pedro.

¡Mira qué bien despachado!—dijo el santo Apóstol al desdoblar el papel donde venía el medicamento.—Echeselo usted (al alcalde) en la boca. Tápese usted antes las narices

para no tomarle gusto. ¡Ajajá! Ahora un trago de agua, y adentro. De salud le sirva. Siéntese usted un rato: o mejor, pásese para precipitar el efecto de la medicina, y quiere decir que cuando se limpie usted hablaremos.

Al pobre alcalde se le empezó a poner la cara de color de pajueta. Se le amorataron como el lirio las cuencas de los ojos; se le enfriaron las extremidades, que era una compasión; y un sudor, que metía miedo, le comenzó a correr por la amarilla frente. ¡Qué fatigas!... ¡Qué bascas! ¡Qué arcaldas! Como pudo, se levantó, pues, aunque no lo hayamos dicho, se había sentado en el umbral de la puerta. El Angel le puso la mano en la frente, que de tanto consuelo y alivio sirve en semejante trance, y... ¡aaahhh! vayan con Dios todas la cataratas de todos los Niágaras

Aquello era un río. Pero un río de piedras; tanto, que San Pedro se asustó y hubo de preguntar al Angel:

—¿Padecía, quizá, del hígado?

—No, señor.

—¿De los riñones?

—Tampoco.

—¿De la vejiga?

—Tampoco, señor; no padecía de nada.

—Pues, ¿entonces?...

—Es que el pobrecito mío se comió una carretera que se iba a hacer en el término de su jurisdicción, y...

—Ya, comprendido. ¿Pero qué demonio es eso? ¿Pasto?...

—Mire usted, señor San Pedro—dijo el Angel con tono suplicante:—retírese usted, y yo le llamaré cuando el pobrecito acabe de vomitar.

—Pero, ¿qué pasto es ese? Indigestión de pasto en un hombre, aunque sea alcalde, la verdad, yo no la he visto en la edad que tengo.

—¿Qué quiere usted? ¡Las cosas del otro mundo! Se quedó con la subasta de la dehesa, y el pobre no ha digerido los pastos todavía.

—¡Aaaaahhhh!—y allá va de la boca del alcalde una cosa que no le cabía en la cabeza a San Pedro que fuera comestible: corchos y más corchos.

—¿Qué es eso? ¿Otra subastita?—preguntó al Angel el viejo Pescador.

—¡Otra subasta!—contestó el Angel.

—¡Aaaaahhhh!—y cata, no ya piedras, ni bellotas, ni pastos, ni corchos, sino pinos y más pinos, y eche usted pinos, unos con copas y otros sin ellas.

—¡En mi vida he visto otra!—murmuró el Santo Portero, todo asustado,

—¡Qué quiere usted!—dijo el Angel.— Es la especialidad del término, y el inocente se atracó de lo lindo. ¿Qué alcalde de cuantos han empuñado la vara en Villacualquiera no los devoró a millares?... Ya el pobrecito no lo va a hacer más.

—Pues mire usted, señor Angel—falló San Pedro con voz solemne,—yo lo siento muchísimo, pero este hombre no puede entrar. Como usted sabe muy bien, no se perdona el pecado sin restituir lo quitado. La restitución aquí es imposible, porque los dineros de los alcalde son como los del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van, y los de este malaventurado tomaron las del humo; y, aun dado caso que tuviera con qué restituir, ¿cómo hacerlo ya, si está en lo eterno, donde ya no se merece ni se hace, sino sólo se obtiene lo que en el tiempo se mereció? Crea usted que lo siento, porque al fin y a la postre es un alma redimida con la sangre preciosísima de Jesucristo. Pero no puede ser. El estaba en el mal, murió en el mal y al lado de que cae el árbol...

—De modo que después que he vomitado y todo—arguyó el pobre alcalde, con las

manos sobre el estómago vacío—me dice usted que me vaya?

—Sí, hijito mío. Has sido demasiado *incautador* para entrar en la Gloria.

—Si yo lo hubiera sabido, cualquier día tomaba los calomelanos...

—Prueba de que te falta hasta el arrepentimiento. Por tanto, vete de aquí; llégate ahí más abajo, pregunta por Pedro Botero, que es el contratista, dile que te lleve a donde está el mal Ladrón, que es el jefe de coro, y siéntate junto a él, que ese es tu sitio.

—¡Por vida del!... ¡Voy a estar más aburrido!...

—No lo creas. Hay allí la mar de alcaldes.



ESCULTOR DESCONOCIDO

(SUCEDIDO)

Estaba yo (y perdonen los lectores que desahucen a mi) estaba yo, a la sazón, de Cura de Santiago, de Sevilla; y, aunque no tan sobrado de dinero que se pudiese decir que estuviese podrido de rico, tampoco estaba, para decir verdad, tan a la cuarta pregunta, que no pudiese permitirme el lujo de adquirir de cuando en cuando antigüedades... de a peseta, real más, real menos.

Pronto corrió la noticia y cundió la fama de mis aficiones arqueológicas entre chamarrileros y anticuarios, y raro era el día en que no me llevaban al archivo una tetera de china sin tapadera o sin asa, cuando no sin lo uno ni lo otro; una badila de mango salomónico, pero sin paleta; un almirez decorado de máscaras desgastadas y romas; un tomo de breviario sin principio ni fin; una moldura vivero (dígolo por las chinches de que eran gusane-

ra todos los ángulos y recovecos de su talla); un trozo de brocado del tamaño de un pañuelo de mocos; un pedazo de fleco... que había sido; un tabor japonés sin gollete... y cincuenta mil porquerías por este estilo y orden. Verdad es que a tal señor tal honor. Quiero decir: a tal comprador, tales mercaderías.

Crea el lector que, a pesar de mis aficiones arqueológicas y de mi gusto por el diálogo con tipos populares y callejeros, deploré una y mil veces haber dado lugar a ser tan solicitado y requerido, cuando no como comprador o negociante, como perito o árbitro. ¡Fuera todo por Dios!

Había tirado el jabón por aquellos días y díchole adiós al restregadero para meterse a traficante en «arte retrospectivo» una buena mujer, aunque quintañona y trabajada, fresca y metida en carnes; sorda como el Muro de los Navarros, por donde Santiago linda con San Roque; escasísima de luces, tanto o más que de oído, y perita en materia de arte, como quien en su vida no ha salido del Corral del Conde ni ha desempeñado otra misión, que lavar a soldados y gente *ejusdem furfuris*; quien por ser de la collación de Santiago, y a fin de hacer por tenerme de su parte, para que cuando, como Cura, tuviese

yo papeletas de pan que repartir, no dejaba pasar ni un solo día sin llevarme «una ganga» al tenor de las arriba apuntadas.

Tenía ella mucho empeño en que fuese yo y no otro, quien se llevase la ganga.

Aunque sorda la buena mujer, había oído campanas. Ahora bien; que no sabía dónde. Quiero decir: habíase enterado por los compañeros del oficio de que a los Grandes de España y Grandes Cruces por derecho propio, y a las demás personas tituladas, por extensión, se les da el tratamiento de vucencia; y como yo fuese, si no Grande de España ni Título de Castilla, persona con quien le convenía estar a bien y tener a su talante y devoción por lo de las papeletas y otros valores, no se andaba con chiquitas en su trato conmigo, endilgándome cada güencia (sic) que me tumbaba de espaldas.

No sé si fué el Teniente Cura que me ayudaba en el ministerio parroquial, si fui yo mismo y propio quien cometió el pecado de apostasía de pasarse al bando de los rebaptizantes, imponiéndole el nombre de *Señá Güencia*.

Y con estos precisos antecedentes, vaya cuento y venga viento.

Acababa yo una mañana de decir Misa¹

y, como es natural, me apercibía a dar gracias a Dios por tal y tamaño beneficio, para lo que me hallaba de rodillas en la capilla del sagrario, valiéndome del barandal como de reclinatorio.

Por lo de: «Sangre de Cristo, embriágamel!» andaba yo pecador, cuando sentí en el hombro delicado golpecito. Volví la cara al lado de la solicitud que se me hacía, y la atención a las cosas de la tierra, y ví a mi Teniente Cura que me decía con la voz queda y mate con que habla en el templo:

— Señá Güecencia, con una Virgen *my güena*, para que la vea usted. Dice que no es de Montañés, pero que es de otro escultor *my regüentísimo*, que tiene tanto o más mérito que el mismo Montañés. Conque acabe usted pronto, que se va el tío.

— Que espere unos momentitos, que ya voy para allá.

Y torné a la oración de San Ignacio: «¡Agua del Costado de Cristo, lávame!...»

.....

A los quince minutos próximamente, yo entrando en la colecturía:

— ¡Hola, amiga Encarnación!

— ¡Hola, güecencia!

Y lo de «me alegro de ver a usted bue-

na» y lo de «me alegro tantísimo que no haya novedá en la familia», y lo de «deme güecencia la mano», y lo de «Dios la haga a usted una santa», hasta que tuvieron finiquito y remate los cumplimientos, y empezó el trato.

—¿Qué trae usted por aquí?

—A ver si le gustaba a güecencia esta Virgen de los Dolores, de un escultor muy güeno, que hace muchísimos años que se murió.

Y yo abrí tanto ojo.

—Vamos a verla.

Y Encarnación empezó a desliar una sábana en estado de decrepitud, de un algo cónico que había puesto sobre la mesa del archivo, dejándome ver a poco una mezquina imagen de esas llamadas *de candelero*, tan torpemente esculpida y tan grotescamente encarnada, que era una muda pero elocuente solicitud para que León Isaurico con los iconoclastas volviesen a la historia (1). Jamás ví cosa más mala ni más fea (perdóneme la soberana Señora, tan inicuaamente tratada por el infame artista)... Era el ensañamiento de la fealdad, con premeditación y alevosía...

(1) Herejes destructores de imágenes.

Crea el lector que dolían los ojos de ver aquello. A mí se me cayeron los palos del sombrero.

En mi cara se debió de pintar el desencanto y el descuajeringamiento en mi ademán, a juzgar por las siguientes palabras de la chamarillera, desalentada con mi mutismo:

—¿Qué? ¿No le gusta a güecencia?

—Mire usted, la verdad... no me enamora.

—Ande usted, quéese con ella güecencia, que se la voya da my baratita, y es de un escultó my güeno. Treinta...

—No, señora, no me llena.

—¡Que por treinta reales, y lo que sea razón, se la pueo dá a güecencia!

—No, sí no es por el precio: es que... no me gusta... mucho: la verdad.

—Po don José Gestoso dice que es de un escurtó de mucha nombradía, que jace muchísimos años que se murió. Cuantito la vió, lo dijo.

—¿Que don José Gestoso ha dicho eso?

—¡Como lo oye güecencia!

—Pues, mire usted: me extraña que señor tan competente en la materia haya dicho tal cosa.

—¿Tan mala le parece a su mercé (digo) a güecencia?

—Tan mala, no: ¡tan peor! Y dudo que el Sr. D. José Gestoso haya dicho a usted eso, siendo así que es una autoridad inapelable en la materia, y no tiene el mal gusto, por otra parte, de pitorrearse con los pobres. Crea usted, Encarnación, que esto es muy malo.

—Po D. José ha dicho que es muy güeno.

—Pues insisto en que no creo que lo haya dicho. ¿Se lo ha oído usted decir?

—Mire usted, señor Cura (digo) güencia: las cosas en su punto, y la verdá por delante. Como güena, er señó don José no me ha dicho si es güena o no lo es... Lo único que me dijo fué er nombre del escurtó, que debe ser my güeno y de muchísimo mérito, cuando na más que con ver la imagen, dijo que era de él. Lo cuar que debe hacé muchísimos siglos que se murió, cuando yo no lo he oío mentá en la edá que tengo.

—¡Tampoco! No es posible que esto sea de ningún escultor, que tenga estilo propio, ni peculiar fisonomía en el arte. Esto es muy malo.

—¿Entonces esto no es de naide?

—Sí, señora, que es de alguien. Pero de alguien anónimo o que merece serlo.

—Que me maten, si entiendo a güecencia lo que quié decir.

—Pues, mire usted: que esto es muy malo, y que, aunque se ponga usted en cruz, no creo que un perito como el señor Gestoso atribuya mamarracho semejante a ningún escultor de ni siquiera mediana nombradía.

—Yo—prosiguió mi interlocutora, envolviendo en la sábana el desaguisado artístico, cosiéndola aquí y acullá con alfileres,—yo, ya sabe güecencia que no entiendo de escurturas cosa mayó. Pero verá güecencia por qué lo digo. Fy a verlo ayer tarde, lo cuar que no estaba, y lo tuve que esperá, y a lospue me fy, y a lospue gorví a ver si le gustaba la Vigen y se queaba con ella, porque güecencia sabe que le gusta mercá cosas antiguas, lo cuar que es my cotufero y no compra ni una jilacha como no sea de lo mejón, y bien que podía haberse queao con ella, porque más güena, imposible: ¡misté güecencia si será güena, que tenía cinco milagros edentro 'e la urnia! Pero vamos ar caso: que llegó mi hombre, y dígole, digo: a ver si le gusta a osté una Vigen que le he traío, my regüenisísima.

Me llo a quitarle los arfileres y a sesta-parla, jasta que se la dejo como a güecencia,

sin sábana ni ná, y lo mismo fué verla, que decirme cuantito que le echó la vista encima:

—¡Sí, sí! de... ¿cómo dijo, Encarnación? ¿cómo dijo? No me acuerdo, señor Cura, cómo dijo; pero fué el apellido del escurtó.

—¿Pero de quién dijo que era?

—¡Ahí está la cosa: que no me pueo acordá en este mismo ite!

—Y mi interlocutora se cruzó de brazos. Tras cinco o seis segundos de mirar al pavimento, se llevó el dedo índice de la izquierda a la boca, y se estuvo otros segundos mordiéndose la uña. Se rascó en la sien derecha con la mano correspondiente, movió los labios como quien hace por encarruchar un nombre que tiene en la punta de la lengua sin acertar con la estructura de sus sílabas, hasta que dándose una palmada en la frente, exclamó con aire de triunfo:

—¡Ya! ¡ya me acuerdo!... ¡¡de Candele-ro!! dijo que era. Conque ya vé güecencia qué regüen escurtó.

.
Sin comentarios, y perdone el amigo D. José Gestoso que lo tomemos en boca y traigamos en lengua.

EL DEMONIO INAPETENTE

Bien que se lo tenía dicho su previsor a suegra: que no anduviera tanto por las orillas de la Laguna Estigia, si no quería pescar un paludismo, que diera al traste con su reinado en la *Cittá dolente*, que diría el Dante, o en los profundísimos infiernos, como se dice en cristiano.

Pero él, erre que erre con su matraca; paseo va y paseo viene por los alrededores de la negra Laguna, en espera de la barca de Carón, a ver si le traía muchas almas que atormentar: sucediendo lo que su augusta madre política le tenía pronosticado: que pescó el paludismo con la forma de tercianas; que éstas hubieron de durarle tres meses muy corridos, y que le quedó a los postres un señor don desgano, que no le permitía pasar ni lo que da el almanaque; quiero decir: agua y viento.

La suegra no quería pensar ni por los catalanes que cerrara el pico definitivamente.

te y diera en la flor de no comer, no se sabe si por acendrado amor al paciente (malas lenguas dicen que no), o si por no perder ella misma el mangoneo que tenía en el infierno como reina-suegra, pues hasta en aquel mismo conjunto de todos los males diz que es mejor tener la sartén por el mango y sentarse en las alturas del poder, que estar en los plebeyos llanos del montón, de la muchedumbre anónima, de la patulea.

Y como viese la buena señora que su yerno el desganado Lucifer le dejaba plantadas las chuletas de lomo de escribano, que asadas en papel sellado y diciendo comedme, comedme, ella misma le había servido sobre la mesa, díjole apenadísima y casi con lágrimas en los ojos.

—Pero, Luciferito, hijo mío; ¿de cuándo a dónde has hecho asco tú a la carne de escribano? Mira que está muy rica, pues para enternecerla la he estado machacando lo que no es decible, hasta con la maja del almirez. Ya ves: su poquito de ajo, su hojita de perejil, su polvito de pimienta, su zumito de limón...

—Déjeme usted a mí de carne de escribano, que estoy de ella hasta aquí (y se tocaba a la punta de los cuernos): he

abusado mucho de ella, y *omnis saturatio, mala.*

—Bueno, hijo mío, no te violentes si ves que no te la lleva el estómago; pero lo que es sin comer no se puede vivir, y es preciso pensar en otro plato: ¿quieres que te aderece unas manitas de secretario de ayuntamiento, que tantísimo te han gustado siempre?

—¡No en mis días, a lo menos por ahora! Llegan aquí tan sucias...

—Se chamuscan un poco a la lumbre, se raspan, y...

—No, no; no hay suficiente fuego para ello en la cocina, a no ser que las tengamos a la lumbre toda la eternidad. Cuando yo esté mejor.

—Entonces, ¿y unas rodajitas, de morcilla de entrañas de contratista de consumos?...

—Son muy negras, mamá, y más que negras, duras, y hay que masticarlas mucho. A mí lo que me conviene con este desganazo tan atroz son cosillas ligeras, que se deglutan pronto.

—Pues mira: te freiré unos poquitos de sesos de librepensadores.

—¿Tantos se han condenado de anoche acá?

—Pues... unos veinticinco.

—Total: que habrá escasamente para hacer una croqueta.

—Por ahí, por ahí.

—Pues, mire usted: para poca salud más vale ninguna. Déjelos usted en la despensa, hasta que se reuna como para hacer una tortilla para uno, y...

—Pues va para largo.

—¿Qué? ¿Tan santamente viven ahora, que no se condenan?

—¡No! tan poquísimo seso tienen.

—¡Ah, ya!: creí que se habían convertido.

—¡A Dios gracias, no!... Oye: una cosa que te ha gustado siempre hasta chuparte los codos, cuanto y más los dedos: ¿te preparo una escarlatina de lenguas de maldicientes, que hay ahí una sangradera, que no la salta un galgo?

—¡Quite uste allá, señora! *Consueta vi-lescut*. Estoy más alto de lenguas de maldicientes que de carne de escribano. Además, además que son muy dañinas, y para un convaleciente como yo, figúrese usted. Únicamente picándolas; así: picándolas mucho; como para albóndigas, ¡vamos! y, después de muy picadas, tirándolas al estercolero, es

como puede uno conjurar el peligro de que hagan daño, y aun así lo harán; mándelas usted al guano antes que se pudran y den mal olor, porque, parar de hablar esas lenguas y repudrirse, todo ello es uno; y lávese usted las manos, pues como lleguen a tocar envenenan. Y pensemos, pensemos a ver qué hay por la despensa, pues, como dice usted muy bien, sin comer no se puede vivir.

—Ahí tengo unas asaduras de prestamista al veinticinco por ciento mensual...

—No: que tendrán muchos cálculos.
—Pero oye tú: ¿los cálculos no se hacen con la cabeza?

—Esos son los cálculos matemáticos. Pero debe usted saber que, a fuerza de hacer cálculos con la cabeza, se forman cálculos en las entrañas y se vuelven los hombres de piedra enteramente.

—Pues, hijo, algún alifafe es menester que tengan las viandas para que vengan a este mercado. Filete de párvulo no venden aquí.

—Comprendido: si yo sé demás que todo lo que aquí viene tiene que tener sus chacalacas; pero hígado de prestamista, y de prestamista al veinticinco por ciento mensual, eso es ya, más que hígado, turrón de peladillas de arroyo.

— ¡Si quisieras que te asara unas agallas de empresario fúnebre!... Tú no te puedes figurar el racimo de ellos que se ha condenado esta noche. Yo, con el mal ladrón los he mandado mientras tú no disponías otra cosa.

— Basta que usted lo haya dispuesto, para que yo lo suscriba.

— Tantas gracias.

Y se interrumpió el diálogo cosa de tres minutos. Llegó en esto el parte telegráfico del hundimiento de un puente en no sé qué vía férrea, con el descarrilamiento de un tren atestado de viajeros, y la suegra del diablo, por la fuerza de las ideas asociadas, preguntó a su yerno:

— Oye: ¿y un picadillo de abogado consultor de compañía ferroviaria, que probablemente iría en el convoy alguno, de gorra, por supuesto?

— ¿Quiere usted que reviente señora? Para eso un salmorejo de víboras, escorpiones y basiliscos. ¡Nada que huela a compañía ferroviaria! Esos se queman, como a la langosta, sin aprovechar de ellos ni la ceniza.

— Pues, hijo, yo no atino, por más que me devano los sesos, con qué aderezarte para que almuerces. Los boticarios te han dado en cara, porque dices que te saben a

agua de pozo; los sacristanes, porque dices que te huelen a aceite de lámparas y a mocos de cera; los mozos de plaza, porque hasta ellos mismos, vienen faltos de peso; los comerciantes, por temor de que roben hasta dentro del estómago; conque tú dirás qué te preparo, porque lo que tú estás buscando con tantos dengues y tiquis miquis es escaparte por la tangente y quedarte sin almorzar. Y a propósito de robo: ¿no se te antojaría un poquito de estofado de fondista de estación?

—¡Quita, quita! ¿Fondista de estación? Ni con ellos ni con los dueños de balneario quiero yo ni el saludo. Aun muertos y sepultados y descendidos a los profundísimos infiernos habrán de pedir dinero por daca esas pajas. Que los quemem como a los abogados consultores de las líneas férreas, y que avienten las cenizas.

—¿Pues entonces?... ¡Pero tate!—exclamó la repostera de Lucifer, dándose una palmada en la frente, abriendo una alacena que había en el muro y sacando y limpiando con el delantal, para quitarle el moho, un... una cosa del tamaño de un huevo de perdiz, negra, dura y resistente como mojava:—¡tonta yo, que no me he acordado de que esto estaba aquí! A ver si esta golosina...

—¿Y se puede saber qué es eso tan menudo?

—Un corazón de editor. Anda chúpalo un poco, a ver que le sacas.

—¿Sacarle? ¡A los editores, mamá, no se les saca nada!

—¿Ni una gota de sangre coagulada?

—Puede que tenga alguna: pero con seguridad que ha de ser sangre ajena. ¿No se acuerda usted de lo que decía un donosísimo Quevedo que estuvo a punto de venir por aquí? Pues decía el muy zumbón, que los editores y los libreros son los únicos hombres que se condenan por *las obras* de los demás.

Y en esto entró un demonio en el comedor, no sin haber pedido permiso desde la puerta.

—Señor:—dijo cuadrándose delante de Lucifer como un quinto delante del general: —yo me he permitido disponer un plato, que acaso sea del agrado de vuestra majestad cornuda: ¿quiere que se lo presente? En cuanto yo le diga lo que es, se le alegrarán a vuestra majestad las pajarillas. ¿Se lo sirvo, señor?

—Sírvelo, a ver.

El diablejo se acercó al torno, habló con el cocinero mayor de palacio unas cuantas palabras entre dientes, se calzó los guantes

blancos y, echándose el rabo al hombro, a guisa de servilleta, se presentó delante del soberano con una gran bandeja de plata Meneses.

—¡Un ingrato, señor!—hubo de decir el diablo camarero, contestando a la mueca de curiosidad y de pregunta hecha por Lucifer.—Un ingrato muy hermoso que acaba de traer Carón, y que es lástima que sea para nadie, pudiendo disfrutarlo vuestra cornuda majestad. Lo he mandado preparar con mayonesa de hipocresía que es el adobo que les va mejor, pues hasta en el mismo infierno gústales ocultarse y pasar inadvertidos. Viene enterito y pleno, guisado con toda la tinta de toda su ingratitud, como los calamares; conque a comer vuestra majestad, hasta no poder más, que barriga llena a Dios alaba.

—¡Magnífico! — exclamó Lucifer, relamiéndose de gusto, tomando con la mano izquierda el tenedor y con la derecha el cuchillo:—de esto ne me canso nunca. Cada vez me sabe mejor. Me sabe a Judas Iscariote, me sabe a... mí mismo... ¡Digo, digo! ¡Ingratitud e hipocresía! ¡Miel sobre hojuelas! Por quien soy que no he de dejar ni rebañaduras. Los ingratos, como los cerdos, de los pies a la cabeza no tienen desperdicio.

FIESTA ONOMASTICA

DEL NATURAL

Nunca pudo caberme en la cabeza cuando, chiquillo de Humanidades, oía en el Seminario a los alumnos de Teología moral tomarse la lección, o prepararse, repasando, para los exámenes, el por qué la *mentira* había de definirse *dictum vel factum contra mentem, cum intentione fallendi*: dicho u hecho contra la mente, con intención de engañar: siendo así que para mí no existían más mentiras posibles, que las muchísimas que yo enjaretaba cada y cuando tenía necesidad de disculparme de alguna barrabasada o diablura, cosa que tenía lugar lo menos quince veces cada cuarto de hora, con lo que se sobreentiende que era a cada minuto; sin que se me ocurriese ni siquiera en sueños la posibilidad de la mentira en acción o de obra; la mentira ejecutada; la mentira *vivida*, como hoy se dice.



Rodando el tiempo y comerciando yo con hombres, fué alcanzándoseme poco a poco la razón por qué el *factum* o hecho ha de entrar en la definición del concepto moral que nos ocupa, al ver que, por cada embuste dicho, hay setecientos ejecutados; y si no, allá va como prueba lo que llamar pudiéramos fiesta onomástica.

Llamábase doña Carmen: Carmela, como la denominaban sus íntimos, aunque *sesenteaba*, y celebraba sus días, como se cae de su peso, el 18 de Julio.

Como había de tener otro defecto (perfecto no hay nadie), tenía el de la vanidad de las relaciones, llevando a punta de lanza el que le rindiesen parias a domicilio en el día de su santo cuantos tuviesen trato con ella, siquiera el más efímero.

¡Que si parecía mentira que las de Valdelatosa no la hubiesen felicitado el año anterior!... ¡Que si qué orgullosísimas las de Tejada: ser las tres de la tarde y no haber parecido todavía por allí!... ¡a ver si sucedía como ahora tres años, que no vinieron, y luego se excusaron con que fué un olvido!... ¡Que si redescastadísimas las Tales, si groseras las Cuales!... Que era, en fin, necesario de todo punto ir a felicitarla, quieras que

no, so pena de caer bajo la acción corrosiva de aquella lengua, en comparación de la cual era «bálsamo tranquilo» el mismo vitriolo.

Pues, señor, acontecía que iba usted a las diez de la mañana, pongamos por caso, y se hallaba usted, al entrar por la cancela, una mesa con un pliego de firmas y una bandeja de tarjetas a tentebonete. Pasaba usted a la sala, después de cinco minutos de quejas inaguantables porque el año pasado no había ido usted, y apenas, apenas se había usted sentado en el sofá, cata aquí la única criada de la casa, disfrazada de doncella (traje de alpaca negro, desechado de la señora, con cuello y puños aimidonados, amplia chalina negra y severo delantal de peto blanco) entrando con una bandejita de aluminio, y en ella tres o cuatro tarjetas y un telegrama.

—Con permiso de usted—decía doña Carmen.—Y abría el telegrama y lo leía.

Seguía usted hablando con la señora, dado caso que le dejara meter baza, pues abierto el registro de los resentimientos y de las quejas, eche usted són que me pierdo, y torna a catar al par de minutos otra vez en escena la doncella consabida, portadora esta vez de una cesta de flores, de parte de Zutano o Perengano.—

—Déjala sobre el velador y gratifica...
Pues, sí, señor: es usted muy descastado, señor D. Juan, y muy huraño con los amigos. Eso debe ser de familia. Dígolo porque...

—Sí, señora, es de familia: eso es de un tío que nos lo dejó, como podía habernos dejado unas cuantas acciones de la Tabacalera...

—No lo eche usted a broma, no lo eche usted a broma. ¡Familia más cena a oscuras y más poco aficionada al trato de gentes...!

—¡Y crea usted que no sabemos lo que perdemos con ser así!

—¿Se puede?—la doncella.

—¡Adelante!—la señora.

—Estos cinco telegramas, dos de ellos urgentes.

—Con permiso de usted.

.....
Pues sí, señor—sigue doña Carmen entre zarandeos del abanico:—un señor tan simpático como usted...

—Muchas gracias.

—y hecho un gato en sobrado en aquel encierro de la calle Abades.

—¡Qué quiere usted!

—¿Se puede?

—¡Jesús, hija, qué fastidio!.. ¿Otra cesta

de flores?... Y ¿por qué no la has llevado al comedor? ¿De parte de quién viene?

—De parte de la señora condesa de Valdelamusa.

—Ponla ahí, en cualquier parte, y gratifica.

Sigue un rato de lamentaciones de la señora por las informalidades del confitero, que a la hora que es no ha servido todavía el pedido de dulces, hecho la tarde anterior, ¡mire usted qué bochorno! y una sarta de denuesos y reconvenciones a la doncella por haber extraviado el tirabuzón y no poder brindar a usted ni siquiera una copa, ¡mire usted qué vergüenza!... hasta que se abronca usted más de lo que ya estaba; se despide sin garbo y se larga con viento fresco, maldiciendo con todas las energías de su alma al que implantó en el mundo la perniciosa costumbre de celebrar las fiestas onomásticas de la gente con ratos de tormento, recogidos a domicilio.

—Tal fué mi primer visita de felicitación a doña Carmen. Por cierto que aquella noche, como hubiese tenido que ir a casa de otra Carmen a hacer lo propio, salió la conversación de las felicitaciones, y, a propósito de ello, el recuento de las hechas por mí en todo aquel día, y claro está que, al contarlas,

no me iba a dejar en el tintero una de tanta monta como la que nos ocupa.

—¡Conque ha estado usted allí!

—Sí, señora: allí he estado. Me recordó su marido que celebraba sus días...

—¿Y habían llegado los dulces?—me preguntó mi interlocutora, sin pizca de intención.

—Todavía no—respondí con la mayor inocencia: créanme ustedes.

—¡Confitero más informal que el proveedor de esa real casa...!

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque todos los años pasa lo mismo: se cansan de encargárselos y no los manda. ¡Y ellos sin escarmentar de un año para otro!

—¡El demonio! ¡El demonio son ustedes! —dije a mi interlocutora, viendo de una sola ojeada toda su picardía.

—¿No ve usted que nosotras hemos tenido visita con ella en tiempos de mi madre, y conocemos el paño?

—Entonces lo de los dulces, ¿es comedia?

—¡O sainete, mejor! ¿Vaya que el tirabuzón para abrir las botellas tampoco parecía por el mundo?

—Exacto; así fué.

—Como que ni el mismo San Antonio, *el Chico*, de la Catedral, ha podido conse-

guir que parezca ni un año. ¡Mire usted que es desgracia!.. ¿Y qué? ¿Había mucha gente?

—Mientras yo estuve, no. Sí muchísimas tarjetas y no pocos telegramas.

—¡Los de todos los años, los de todos los años!..

—Amigos que la felicitan anualmente por telegrama, ¿no es así?

—¡Quiá!, ¡no, señor! Son unos cuantos telegramas recibidos por ella el año de la nana los más de ellos, guardados en la cómoda como oro en paño, para cuando esté de visita un incauto como usted, entrada de la doncella en el gabinete y telegrama que te crió. ¡Ja, ja, ja, ja!

--¿¿Pero es posible??

—¿Posible? Y tan posible. ¡Tan posible, por lo menos, como las cestas de flores!

—¿Entonces lo de las cestas de flores también es camama?

—También camama. Y si no, a ver cómo eran las cestas, si usted se acuerda.

—Pues... dos cestas de flores, como otras cualesquiera.

—Vaya usted recordando, a ver si son como las que yo le pinto. ¿A que era una de ellas de pleitas de fantasía, verdes tirando a seco, con el asa muy alta, en forma de corazón?

—Del color de la pleita no me acuerdo. Asa, así en forma de corazón, si la tenía.

—¡La misma que viste y calza! ¡La que tiene, durante todo el año, encima de la consola de la salita de confianza! ¡A bien que no tiene fecha en gracia de Dios! La otra, en cambio, sería de rejilla de bambú, dorada toda con purpurina, con dos argollas en lugar de asas... ¿No era así?

—Justo y cabal: así era.

—¡La que le regalamos nosotras también con flores hace la friolera de quince años! El año que se casó mi hermana Paca: conque ya ve usted.

—¡Pero si las flores eran naturales, frescas y olientes, como acabadas de cortar de la maceta!...

—Y eso ¿qué importa? Esas flores se han cortado esta mañana en la azotea, ¿está usted? Se han preparado las cestas lo mejor posible, porque gusto hay que concederle que lo tiene, y preparadas las cestas, ya sabe la doncella lo que tiene que hacer. Cada vez que entre un novato, exhibición de cestas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Pero es usted el enemigo en carne mortal, Carmen...

—Pues no crea usted, don Juan, que he sacado ni tanto así de mi cabeza. Y si no,

usted lo ha visto, cómo le he ido acertando, punto por punto, todo lo que ha pasado. Lo que decía usted la otra noche, sentado ahí mismo, hablando con Rafael: que lo que da el natural vivito y coleando, no hay fantasía humana a que pueda ocurrírsele. ¿No es de usted también la frase de que hay frases y tipos que no se pueden utilizar para el arte, porque el que no los conozca los creará inverosímiles?

—Sí, señora, que lo digo: y su examiga de usted es uno de ellos. Tiene la mar de sandunga su fiesta onomástica. Si casi estaba tentado por escribirla.

—Pues a ello, don Juan: que de ningún cobarde se ha escrito nada. Duro y a la cabeza con los cursis. ¡Embusterísima!

—Pues quede usted con Dios.

—¿Qué con Dios, ni qué niño muerto, sin que haya venido Rafael? Aquí no hay cestas de flores; pero no se ha extraviado tirabuzón ninguno, ni nos ha dejado con tres cuartas de narices el confitero. ¡Manuel! ¡Sirve al señor un helado!

.....
Ande usted con él; que está riquísimo.

.....
¡Mira! tráete la caja de los puros de encima de la mesa del señorito.

SUUM QUISQUE

No fué ni más ni menos que algo así como una temporada de vacaciones que quiso tomarse Júpiter, harto, hasta más no poder, de la etiqueta del Olimpo, y molesto con tantas intrigas y tiquismiquis, dimes y diretes, como los de que había un hervidero a toda hora en los que diría Horacio *quietis ordinibus deorum*, o sea, en los pacíficos—¡vaya una paz!—órdenes de los dioses.

Desde luego se decidió por el más riguroso de los incógnitos, a fin de no tener que andar con recepciones ni demás zarandajas en el camino. Arregló su maletín, por no decir *cabás*, de imitación de piel de cabra Amaltea, con lo más indispensable y perentorio; mandó traer del Suizo un cesto de fiambres a tente bonete; convidó a la excursión a su consorte, la señorita Juno, que andaba por aquellos días a la greña con Venus Cíprida, por lo de la adjudicación de la manzana en el juicio del hermoso París, y una

mañana muy tempranito, mientras todos los dioses dormían a pierna suelta, montaron en un magnífico automóvil con la acreditada marca de la fábrica de Vulcano.

—¡Dios, y qué manera de correr por aquellas laderas de aquel Olimpo abajo, entre nubes de humo de gasolina, fragores del herraje del vehículo y trompetazos de... claro está: ¿de qué habían de ser los trompetazos, sino de la trompeta? En fin: que en un dos por tres, como el otro que dice, estaban contemplando la plácida llanura del mar de la Jonia, quieto, tranquilo y extático a la sazón, como en el cuadro de Alma Tadema: «Safó escuchando a Faon tañer la lira.»

Casualmente estaba en la orilla el carro de Neptuno, con un soberbio tronco de tritones de pura raza inglesa, que no había más que ver. Y, como lo que deseaban las dos deidades era soledad y apartamiento, hicieron muelle de la roca de Leúcales, que estaba de allí a un paso; montaron en el abandonado carro del dios de los mares, y hételos en un santiamén en una isla desierta, cual otro Robinsón con su leona querida.

«Soy tu Leona querida;
La que llevaste al altar,
La que llevaste al altar...»

Pues, señor, ni en la isla había nadie, ni había nada. Por algo hemos dicho que era isla desierta; pero tan desierta y tan sin oasis, que... ¡vaya! como la palma de la mano. ¡Con decir que ni un jaramago ni para un remedio!...

Como antes de subir a bordo habían merendado sus divinas majestades, la cesta de fiambres sacada del Olimpo dió un bajón, que con otro por el mismo orden, el vacío perfecto. Por donde el Padre Jove, tras corto intervalo de duda, hubo de decidirse a crear cuatro cosillas, a fin de proveerse de sana y abundante alimentación, mientras durase su temporada de esparcimiento.

Y empezó por el reino vegetal: un prado de lechugas, que son muy sanas, y otro de fresas, que son muy ricas; hasta una media docena de perales de San Juan y otros tantos albaricoqueros o damascos, de pomos de terciopelo por defuera y de mieles por dentro; seis o siete cerezos garrafales, con cada fruta como un coral; unos cuantos naranjos a rama vuelta, con tanta bola de oro y tanto azahar de nieve, y una porción de higueras, de las comunmente llamadas zafaríes, con unas brevas tamañas como dos puños, que se reían a carcajadas de la ambrosía. ¡Mire usted si se reirían, que hasta se les rasgó la cáscara!

Como no pensaban permanecer en la isla sino una temporada, y ésta de primavera, por tener proyectado el veraneo en no se qué Biarritz, no se metió el creador en más dibujos de vegetales.

Pero Juno era golosilla, y echó de menos miel. El esposo, complaciente, le creó unas abejas hacendosísimas que, con el aromático néctar del azahar, fabricasen panales llenos de miel, con que la augusta esposa del Tonante se chupase los dedos y hasta los codos, si chorreaba.

Y ya, unas gallinitas, que abasteciesen de huevos frescos, que tan nutritivos son. Y ya, unas ovejuelas, que diesen lana con que hacer unos cojines, pues no era cosa de estar a suelo pelado. Y ya, unas vaquitas suizas, que proporcionasen leche, cosa tan recomendada por todos los higienistas del Olimpo, amén de alguna que otra ternerilla, que en caso de apuro pudiese suministrar, quien dice un par de filetes, dice toda *una serie* de chuletas. Y con esto, y con un banco de ostras en la risueña playa, que decían «quítate allá» a las famosas del lago Lucrino, cantadas por Horacio, puso finiquito y remate al reino animal.

Y... lo que son las cosas, cuando empie-

za uno: al ver tan hermosas sus creaciones, quiso crear una pareja humana que de ellas disfrutase, y así la creación tendría un entendimiento capaz de conocerle, al par que una voluntad capaz de amor y de agradecimiento... y de mil cosas más, a cual más buena.

A pronunciar iba el *fiat* creador, cuando Juno le tapó la boca con la rosada mano.

—¿Qué vas a hacer, criatura, (digo), creador?... ¿A crear hombres?...

—Eso precisamente; a crear hombres.

—¡Ni que lo pienses, ni que lo pienses!

—Pero, ¿por qué, mujer?

—Porque cosa más inútil no se ha visto. ¿Qué nos va a dar el hombre, por mucho que nos dé? ¿Da miel? ¿Da lana? ¿Da fruta?...

Nada, no; ni pensarlo. Aquí no se crea nada más que aquello que pueda ser, como quien dice, una letra a la vista, y los hombres maldito lo que habrán de darnos.

—Pero mira, mujer, que la creación sin hombres parece como una torre desmochada, como un cuerpo sin cabeza, como...

—¡Comendador, que me pierdes! ¡Que tú no sabes todo lo malo que puede ser un animal con talento! Acuérdate, si no de los gigantes, cuando quisieron escalar el Olimpo, poniendo el Osa sobre el Pelión... ¡A bien que no consumiste muchos rayos!

Ter sunt conati imponere Pelio Osam:

Ter Pater estructos disjecit fulmine montes.

—Aquella fué una, y se la llevó el gato: déjame que los cree, verás como algo dan.

—¡Que el consejo de la mujer es poco, y el que no lo sigue es loco!

—¡Anda, mujer!

—Bueno, tú allá; pero que conste en acta que yo salvo mi voto. Yo me lavo mis manos como Pilatos, y para tí la gloria que dar-te puedan, y para tí el descalabro de la pifia, si te sale la criada respondona. ¿Vaya que no te dan ni una sed de agua?

—Lo veremos.

—¿Qué te apuestas?

—Un par de pavos reales para tu carro.

—Aceptado.

—Pues manos a la obra.

Y creó un duo de tenor y tiple, que hasta allí la canela. Blancos y colorados, como si estuviesen hechos.

«de frescas rosas y apretada leche»,

rubios como los triguales en sazón, ágiles como corzos, y finos y acabados de dibujo como primores de carne y huesos. Con decir que a Juno se le atragantó la mujer y que le cogió ojeriza, queda dicho cuán hermosa hubo de parecerle.

—De todo cuanto aquí hay—dijoles Júpiter, llamándolos a careo, recién creados,—podéis comer. Ya véis que no me reservo nada para nosotros, ni siquiera las fresas, que son el plato favorito de la Señora. Creced y multiplicaos y vivid dichosos, pero sin olvidar que de mí dependéis y que para mi gloria os he creado.

Y pasaron dos o tres días sin novedad mayor. La mujer salió muy vividora, y adula-ba a Juno, que era un contento; y por lo que toca al hombre, resultó un mozo de comedor excelente y un *chauffeur* inteligentísimo, tanto, que el inmortal se complacía en su obra, y hasta la inmortal se daba parabienes, porque su esposo hubiese prescindido de su consejo.

Cuando otra mañana, también muy tempranito, se levantaron los dioses con ganas de pasear y de tomar el fresco. Y acabada, que acabaron, su *toilette*, se agarraron del brazo como dos novios y salieron a disfrutar de los ópimos frutos de cuanto habían creado. Era la hora de recoger los tributos.

Y llegaron al prado de lechugas, cuajadas de rocío por más señas, que estaban hechas una bendición: blancas, tiernas, oleosas y dulces, como no hay legumbre alguna que

las iguale. Dos o tres se comieron por cabeza.

De las fresas no se diga, porque era recogerlas a puñados y vayan con Dios la dulzura del azúcar y el aroma de los caramelos de los Alpes; y si es de peras, albaricoques, cerezas y demás *ejusdem furfuris*, aquello fué un hartazgo fenomenal.

Empalagados de tanta fruta, se liaron con las ostras, por desempalagarse. Tras las ostras, y para precaver todo peligro de indigestión, se apiparon de leche. Como postre, extrajeron un panal del hueco de una peña, dorado como el sol y chorreando miel, y encontrándose en lo más repuesto de la espesura un nidal de huevos como puños, ya no tuvieron arriscos para tirárselos al colete, sino los recogió la diosa muy guapamente en el nevado peplo de elegancia escultural, para rebozar con ellos los sesos de una ternera que habían señalado para el sacrificio.

Y andando, andando, andando por el bosque, columbraron a lo lejos y al borde de una parlera fuentecilla, la pareja humana: ella comiendo fresas como por castigo, y hasta arrojándoselas a las gallinas, y él fumándose un puro de anilla reluciente, de la caja de más fuste que guardaba el padre dios para su particularísimo regalo.

Cuando Juno vió aquello, como era tan iracunda, a punto estuvo de estrellarles los huevos en mitad de la frente. Se contuvo, sin embargo, a un ademán de Júpiter, que le propuso hacerse invisibles, a fin de sorprenderlos en su coloquio, y, como pudiese en ella más la curiosidad que la ira, pues al fin era hembra, aceptó lo propuesto por su marido, y cátaelos sentados entre los desapercibidos interlocutores.

—Pues no creas tú—decía la mujer— que me gustan gran cosa.—Aludía a las fresas.—Mucho más me gustan los albaricoques: y si es las cerezas, no digamos: hágolo, a ver si acabo con ellas pronto y se van con la música a otra parte. ya que tanto les gustan a los dos, sobre todo a ella, que es la que resultá más imposible. ¿Tú no ves cómo se pone ante la menor contrariedad? ¡Genio más vidrioso! Yo, es cosita, hijo mío, que no la puedo pasar ni con chocolate de los Padres Benedictinos. ¡Gasta muy malos modos y es muy soberbia!

—Y luego, que es más celosa que veinte turcos. ¡Chica marimorena que arma en cuanto alguna otra diosa o alguna ninfa de tres al cuarto manda a Jove unas malas memorias desde el Olimpo! ¡Tengo yo también pocas

ganas de que salgan tocando tabletas y nos dejen en paz y en gracia de Dios! ¿Crearás que, por ver si cogen el portante, hoy mejor que mañana, al verse él sin tabaco, fumo y más de cuatro veces, sin gustarme ni pizca? Ya ves—prosigió el hombre, en un brote de desatentada ambición:—yéndose ellos, nos quedaríamos nosotros hechos dueños y señores únicos y absolutos de la isla. Y con lo poco y bueno que en ella hay, pues todo ello es de primera, y con otras mil cosas que pudiéramos importar de otras mil partes e ir aclimatando, estaríamos como unos príncipes del Congo, sin rey ni roque y con el verde a la barriga.

—Sí; la música y los palos desde lejos. Y a propósito de palos, o, por mejor decir, a despropósito: ¿tú no has reparado qué ajadilla está? Gracias a que los dioses no envejecen nunca, y a que ella no se lava una vez que no se seque con una toalla que debe ser de Venus, porque tiene un enlace con una V y una C, bordadas a punto ruso, y que yo creo que querrán decir Venus Cíprida, porque Juno no va a ser; gracias a eso, repito, y al muchísimo cuidado, se va... así sosteniendo: porque vieja, es más vieja, que el dormir de noche.

Juno no pudo más. El oírse llamar vieja le hirió en lo más vivo... Una mirada de Júpiter la contuvo, sin embargo.

—Si es viejecilla, sí es viejecilla—replió el socarrón del hombre, entre dos bocanadas de humo del cigarro:— y gracias a lo que dices, no está haciendo el pompón.

—Y a la diosa se le iban y le venían ganas de estrangularlos.

—Fíjate cuando la veas—añadió la mujer para más remachar el clavo:—cómo se le conoce ya la pata de gallina. ¡Si no fuera por tanto colorete y por tanta mano de gato...

Y Juno no pudo más. Cogió a la muy habladora por el moño y la zamarreó de lo lindo. La arañó y la golpeó, poniéndola como ropa de Pascuas y como digan dueñas, perdiendo a Jove, corrido al ver su obra, siquiera un par de rayos que los partiesen.

—¡Pero ya! ¡Pero ahora mismo! ¡Para eso eres Dios! ¡Rae esta mala semilla de sobre la haz de la tierra, y tornen para siempre a la nada, de la que en maldita la hora salieron!

—¡Pero, mujer!...

—¡Que no seas calzonazos! ¡Hazte respetar!...

—Pero...

—¡Qué peros ni qué camuesas! A los bichos venenosos se les aplasta.

—Déjame hablar, mujer, déjame hablar. ¡Te pones de una manera por cualquier cosa!... ¿No habíamos salido esta mañana a recoger los frutos de nuestras posesiones? Pues no pierdas de vista que *suum quisque*: cada cual da lo que tiene. Por eso las abejas te han dado miel; leche las vacas, las gallinas huevos, fresas el fresal, cerezas los cerezos, peras los perales..., cada ser, en fin, lo suyo. ¡Qué mucho que los hombres nos den ingratitudes, si llevan ese virus en la masa de la sangre!



CONCURSO DE ACREEDORES

No bien empezaba el sol a calentar, se sentaban los tres, o, por mejor decir, se tendían contra uno de los viejos paredones del Hospital de las Cinco Llagas (vulgo de la Sangre), cara al

Bermejazo platero de las cumbres,
A cuya luz se espulga la canalla,

que en los días de invierno, como llegue a abrirse brecha por entre las nubes, y en Sevilla no tiene que tomarse ese trabajo, no se va, ciertamente, con el desaire en el cuerpo de no haber sido recibido con todo honor, casi con idolatría, por los desocupados y por los pobres.

Y, cosa particular: así como dos meses llevarían de estarse viendo a diario aquellos tres hombres, sin que a pesar de ser andaluces éste, aquél y el de en medio, se les hubiese ocurrido por jamás dirigirse ni media palabra. Llegaban al consabido paredón en

el intervalo de hasta un cuarto de hora; se sentaban, primero al modo oriental, claro está que en el suelo, que es el más santo de los triclinios; se rascaban a discreción, apenas el rubicundo Apolo hacía un recorrido por sus cuerpos; se tendían a poco cuan largos eran; se echaban sobre la cara, a modo de antifaz, la mugrienta gorra o el desportillado sombrero, y... a roncar el que dormía, y a esforzarse por dormir el que aún no roncaba.

Así permanecían los tres, desde que, como hemos dicho, empezaba a calentar el sol, hasta que, debilitado como un anémico, clavaba a manera de saetas sus horizontales rayos en las pupilas de los que iban hacia el poniente.

Entonces nuestros tres héroes, o sea *los tres Apóstoles de Montesión*, como las mujeres del barrio los llamaban, sin duda porque la cofradía de dicho título representa en el primero de sus «pasos» la Oración del Huerto, en que van, mientras Jesús es confortado por el Ángel de la Roldana, dormidos que si tienen que dormir San Pedro, San Juan y Santiago, entonces, repito, nuestros tres héroes, con otro intervalo de unos veinte minutos, iban desperezándose poco a poco,

bostezando y sentándose; se rascaban o no, según el cuerpo se lo pedía; tornaban a bostezar, como si a jornal estuviesen a ello o como si lo hubiesen tomado por contrata; se ponían de pie; se sacudían el polvo de la escasa ropa, y, sin decirse oxte ni moxte, tomaba uno de ellos por debajo del arco de la Macarena hacia la calle de San Luis, otro por la Resolana, con derechura a la Puerta de la Barqueta, y el otro, finalmente, hacia la Ronda de Capuchinos.

Mas cata aquí que una tarde, en que hubieron de despertar casi a la vez, como acertara a pasar por junto a ellos un señorito, y tirase al azar un chicote de esos incombustibles, quiero decir que no arden ni con el rayo que pedía el gitano del chascarrillo para partir el queso, los tres, con una agilidad digna de mejor causa, se abalanzaron a la colilla, dispuestos a defenderla de los otros, como la mujer esforzada y no forzada de la insula Barataria, la bolsa que en reintegro de su malaventurado honor decretó el bueno de Sancho Panza que se le diese.

—Pa mí.

—No, que es pa mí.

—Este es pa mangué—dijeron los tres a una, haciéndose un pelotón sobre el hallazgo.

Y revolcones del uno sobre los otros dos, y codazos a los demás por parte del que primeramente había hecho suya la presa, y palabras nada finas en boca de los tres, y hasta alguno que otro pulgarón en desquite de algún otro aguinalgo por el estilo, y la gran trapatiesta, y su grupo de curiosos en derredor de los beligerantes.

—Pero ¿qué es eso?

—Pero ¿qué pasa?

—Oye, ¿qué ha pasao ahí?

—Ná: que *los tres Apóstoles 'e Montesión* han despertao, y se están esperesando unos a otros.

—¡Dios, y qué gusanera la que han ar-mao, y to por un chicote, que no lo jase ardé ni los jornos 'e Cartuja.

—¡Pero, hombre, por Dios y por María Santísima de la Esperanza! ¡Ni que fuá er premio gordo!

Y los tres beligerantes, hala, que tira, que dale, que torna, cual si estuviesen remando, y el chicote en el apretado puño de uno de ellos, amenazando trocarse en polvo de rapé.

—¡Señores!—propuso al fin el menos legítimamente acreedor a la presea, y que era un hombre de hasta unos cuarenta y cinco

años, desdentado, desteñido y espiritado, como si el hambre perpetua hubiese en él un feudo.—¿Vamos a jasé un trato? ¿Quieren ustés que yo me lo jume, y ustés escupen mientras?

—¡Miá er mal ánge!

—¡Miá er sin gracia, dándolas 'e gufón!

—¡Quítusté allá, so jambreira, chupa-torsías!

—¿Que no? ¡Po allá veréis!

Y vuelta a echarse encima de los restantes, y cata recrudecerse la contienda.

—¡Otro trato, señores!—exclamó extenuado por la fatiga, el que ostentaba el derecho *primi capientis*, y que era un *golfo* de una veintena de años, largo y esmirriado como su mote (se llamaba «El Chorreón»), marchito de mejillas, transparente de orejas, carcomido y verduoso de dentadura y lacio de tufos:—otro trato, señores. ¡Haiga paz y concordia entre los prínsipes cristianos, como dice el arto de contrisión! Que ca uno de los tres cuente su vía y exponga su situación en er mundo, y el que quiá que resurte con más mal sino y más pajolera estrella, ese que se lo jume en gracia 'e Dios. ¿Estais conformes, señores?

—¡Ajajá!

—¡Chipé!

—Pontonse es mío, sin distinsión de clases—aseguró el primero.—¡Imposible en er mundo otro hombre más desvalío que yo! Já-ganse ustés cuenta de que soy er del pino verde.

—¿.....?

—¿.....?

—Sí, hombres: ¿no caéis?

Yo m'arrimé a un pino verde
Pa ver si me consolaba;
Y como er pino era verde,
De verme llorar lloraba.

Figúrense ustés, compadres, cinco chorreles, que se dicen de una vez y que se puen tapá con un güevero. Mi mujé y mi cuñá, siete. Mi suegra, que la tenemos por vitalisio, como las capellanías, apalabrá con el enterraor, como el otro que dise ende jase tres años por San Miguel, y ni por esas..., ni por las otras: ¡que no la mata, vaya, ni er *Tato!* Totá: ocho de familia, yo nueve, y la casa diez, que por no verlos pasar lo que pasan de carpantas aquellas criaturas, me vengo aquí argunos días a ver si cojo el sueño... que jasta en er suisidio he pensao argunas veses, na más que me pasa a mí con er suisidio lo

que a un compadre mío, que vive en San Bernardo, que le tiraba la inclinación al arte, y con una silla en medio de la sala, jasta allí los primores de aquel hombre, pasándola de mula y tirándole cá *verónica* que ni la 'e la calle de la Amargura, ¿está usté? Pero aluego le daba jindama de los cuernos, que si no hubiá sío por mó de eso, estuviera a estas horas retirao como er Guerra. Po eso me ha pasao a un servidó, ca y cuando se me ha ocurrió poné fin a mi esistencia: que madao mucho sisco de la peiona, y cata aquí por qué aniguá de echarme ar río, me he venío a tenderme pansa ar sol, por aquello de que más vale malo conosío que güeno por conosé. Conque ustés dirán si lo der pino verde no me viene como sembrao en una maceta.

—Pero esas son las salías—objetó con muy buen sentido el tercero de los tres, que todavía no había hablado.—Diga usté los ingresos, porque argunos tendrá usté, a no ser que seais como los camaleones. Usté tendrá su ofisio, ¿no verdá usté?

—Sí, señó, que lo tengo, y en güena hora lo diga... Ahora, que es un ofisio... que debía de gastá braguero, por lo quebrao que es; pero que tenerlo, lo tengo.

—¿Y se pué saber cuál es?... Misté que

no es pa jasele la competencia; que cuando sale el sol, sale pa to er mundo... Venga de ahí ese ofisio, que pa sentensió un pleito hay que ofí dambas partes.

—Po yo—empezó a contestar el requerido, y no de amores, rascándose cachazudamente detrás de la oreja como el que está haciendo memoria.....—lo que no tengo es tallé, ¿sabusté?, pero ofisio, lo tengo. Yo...., aunque ustés lo tomen por alabansia, y fantesía....., yo sé mi ofisio como er primero, porque..... ¡vaya!..... a mí me lo enseñó mi padre, que jasta allí la canela, porque era cosa que tenía fama....., y yo, mi ofisio es.... vestirme de armao tos los años que sale er Santo Intierro.

—Totá: ca siete años; por güena cuenta.

—¡Chipé!

—¿Y tan y mientras?

—Po... pensá en er suicidio y tomar er sol en el invierno y el fresco del río en er verano.

—Pontonse, amigo mío, siento tantísimo desirle a usté que er chicote es pa mí— exclamó su interlocutor con aire de triunfo.— Ya pué usté ir buscando otro pino verde, porque yo necesito un piná como los de Alcalá de Guadaira. ¿Sinco churumbes usté? Po

yo siete, y la más grande mar casá, y condos, y pa caer en cama. Totá siete y dos nueve, y lo que venga diez. Suegra y suegro, lo cuar que son mu amantísimos de la familia, y aunque viven en Mairénilla la Taconera, porque ellos son, ella de allí, y mi suegro de Palomares, po resurta que se vienen los dos to los años allá pa los arreores de Semana Santa, porque a dambos a dos les gustan mucho las cofradías, y ya se están con nosotros jasta espúes de carnavá. Y a to esto, con unas ganas 'e comé dambos a... catorce (¡que mentira! ¡yo no creo eso que disen por ahí de que hay personas que paesen de desgano!), lo mismo ella que él, y su hija, que en eso han salfo a ellos, mis hijos, que en eso han salfo tititos a la manta baja, son capases 'e comerse la Giralda jecha pan de Arcalá, y de vianda la Torre 'e Oro. Y a to esto, señores, sin haber en aquella pajolera casa quien lo gane na más que yo; que er día en que yo les farte, lo que Dios no permita..., ¡vamos que no quió ni pensá lo que va a ser en er mundo de esos infelises!

—Po ya, diga usted su ofisio—le preguntó el primero, un si es no es conmovido ante tan triste cuadro:—porque es de suponé que no será usted un vago de profesión.

—¿Yo?—replicó el interpelado, herido en lo más sensible de su amor propio—¿yo vago de profesión? No, señó; que yo también tengo mi ofisio: mi ofisio es... pues... miusté: ajumá cristales cuando hay eclipses. Por sierto que me ha partío er Padre Eterno con haberlos prohibío, cuando hubo el úrtimo, por dos siglos y medio; o qué sé yo. ¿Ustés no entienden ninguno de armanaque?

—Po jagan ustés er favó de dirme echando un fóforo—exclamó *el Chorreón*, poniéndose el chicote entre los carcomidos y verdosos dientes.—Porque yo tengo mi padre, pero con perlesía, sentao en un sillón. Mi madre, con catarata, sentá también, pero en un medio armú, porque sillón, el que tenía era como un automóvi, que andaba solo, de tantas chinches, y se vendió en er Boquete por cuestión de higiene... Mis agüelos paternos y maternos, pa que no haiga resentimientos 'e familia...; tres hermanas mar casás, aunque en mala comparasión, porque ellas siempre que se han casao ha sío por lo sivi..., con tres chiquillos la Salú, que paesen tres bichos de armeja; otros tres la Rosío, que paesen tres jorquillas invisibles..., y la Esperansa, con uno ciego, que no sabe el angelito na más que a la jacena; otra tonta,

que le ha dao por comé, y como no está en su conocimiento, se ha comío esta mañana el cabo de un palaustre de un vecino der corrá, que es arbañí, y pa remate de *miserere...* de Eslava, mi mujé, que nos himos casao pa feria 'e San Migué, y mi señora madre política, que se quié vení a viví con nosotros, y que lo que sea de uno, sea de tos.

—Po ya: el ofisio.

—Po güeno: las entrás.

—¿Entrás?... pues... las der pelo. ¡Yo no cuento en er mundo, a estas horas, na más que con lo que ustés dos, que ar fin ya me conosen, puean jasé en mi favó er día que a bien lo tengan!

—Po está usté lusío.

—Po ná, júmeselo usté. Quié disí que a quien Dios se lo dió San Pedro se lo bendiga.

—Po tantas gracias, señores. En la calle Conde Negro tien ustés... una calle, porque nosotros no poems pagá casa y en er patio der corrá nos apañamos, y en mí un fié servidó, que su mano besa, pa lo que ustés gusten mandá... a ver si es una *perra gorda* manque sea.

DE VISITAS

Drama histórico, con prólogo y epílogo irrepresentables

I

Llamárase todo lo Visitación que rezaba su partida de bautismo. El nombre no hace al hombre, y claro está que ni a la mujer tampoco. Pero no dejaba de tener sal a esportones que se llamase doña Visitación criatura con tan innatas e invencibles antipatías al visiteo. ¡Cómo no se lo hubiesen puesto por eso que los retóricos llaman antífrasis!...

En sacándola de visitar los Sagrarios, única visita que hacía de buena voluntad, porque cristiana lo era a machamartillo, que no volvieran a hablarle de más visitas en el resto del año, porque ya estaba de mal talante y de peor humor; lo mismo que de soltera, cuando vivía en el hogar paterno bajo la férula de su madre, doña Candelaria, visitera

donde las haya habido empedernidas (y de ahí sin duda, su firme voluntad de tener una hija Visitación), que, cuando enlazada en santo matrimonio con el rico industrial don José Cumplido y Caballero, se vió en la necesidad de agradecer por medio de una visita a los donantes los regalos de boda que habían recibido de sus innumerables conocimientos, y de seguir cultivando las amistades aportadas al matrimonio por cada uno, amén de las ganancias, que en su no corta vida de casados tuvieron que ir adquiriendo poco a poco.

Cosa es que no se ha averiguado a punto fijo si era también innato en don José el horror hacia las visitas, o resultas de aquello del refran: «Los que duermen en un mismo colchón, se vuelven de una misma opinión»! lo cierto del caso es que, si ella detestaba las visitas como ciento, él abominaba de ellas como mil y quinientos, por donde tocar en aquella casa a hacer visitas era algo así como tocar a vísperas sicilianas.

Pero dirá cualquiera que me escuche: —si tan rematadamente hostiles a visitar eran uno y otra, ¿por qué demonios encendidos, hechas las visitas de recién casados, no se declararon en cantón independiente y quemaron el tarjetero, como las naves Hernán Cortés?—

Pues... ahí verá Vuestra Real Majestad, como dicen que contestó a Isabel II cierto Ministro de Marina, a quien hubo de preguntar la zumbona Soberana cómo siendo tantísima el agua de los mares, y estando, al parecer, por el horizonte más alta que la tierra, no se desbordaba sobre los continentes y los cubría: —Pues ahí verá Vuestra Real Majestad.—Tan hostiles y todo, tenían de cuando en cuando que caer de su burro y meterse ellos mismos en las fauces de la fiera, sin que de una vez para otra escarmentasen, sabiendo tanto ella como él, cómo las gastaba el otro de los dos, y que siempre, por siempre jamás que se trataba de hacer visitas, había en aquella casa, por lo demás tranquila y serena como la superficie de un lago encantado, un alzapié de todos los demonios y una marimorena que cantaba el credo..., *un drama nuevo*, en fin, aunque no de la grandeza trágica, ni con mucho, del de Tamayo y Baus.

Ordinariamente el drama tenía tres actos, con sus correspondientes decoraciones. Allá va, y Dios me ayude.

ACTO PRIMERO

Comedor de casa de más que mediana posición, pero sin grandes refinamientos de lujo. Al foro, aparador de caoba maciza, atestado de china antigua, cristal de varias épocas y alguna plata labrada. Cortinajes de yute, de a treinta y cinco reales el metro, en los balcones de derecha e izquierda del espectador. Alfombra de moqueta catalana, un si es no es sobada y desteñida en los huecos, y un... *si, señor, que es resobada* y con calvicie debajo de la mesa, de caoba asimismo. Torno para el servicio de la cocina, jugando con un aguamanil de cerámica trianera, a cada lado del aparador cada cosa. Cuadros con «bodegones» de estamperia en las paredes, con marco de nogal, simétricamente distribuidos. Gran lámpara en el centro de la mesa, con su pantalla de seda verde, y sillas de haya y cuero repujado, y, si no repujado, comprado como tal. Se ha acabado la cena. El criado barrido el mantel, ha hecho mutis por la derecha, con dirección a la cocina, no sin haber servido te con ron de Jamaica a don José y hierbaluisa en infusión a la señora. Hora: las ocho de la noche.

ESCENA UNICA

DICHOS

Don José.—(*Sacando un puro de la petaca, encendiéndolo con mucha parsimonia y aspirando con deleite la primer bocanada del aromático humo.*)—Pues sí: catorce días ha hecho esta misma tarde que vinieron. *Lo cual* que hasta vergüenza me dió, cuando esta mañana me topé de manos a boca con don Aquilino.

Doña Visitación.—Yo también me tropecé ayer en Misa con doña Pilar y le dí la bienvenida y le dije que ya iríamos por allí...

imal hayan las visitas!... De modo que, si tú quieres, mañana, que es domingo y que no tienes que ir a la fábrica, podíamos...; si te parece, cumplir con ellos, que luego después, ya lo sabes: todos son resentimientos y disgustos.

Don José.—Yo, por mi parte, cuando tú quieras... (*Pausa.*) Por más que también es fuerte cosa que, porque a esos señores se les antoje estar viniendo cada lunes y cada martes a visitar su hacienda, tengamos la gabela los naturales del país de hacerles su visita correspondiente cada vez que entra en sus planes venir a su negocio.

Doña Visitación.—¡Qué quieres, hijo!..... Esa es la sociedad..., que Dios confunda. Y lo peor del caso es que, si se lía usted la manta a la cabeza y manda usted con viento fresco a tantísimo imprudente como cree que el hombre no ha venido a este mundo nada más que para hacer visitas, empiezan con que si raros, con que si ogros... y no, señor: no es que una sea rara ni sea *ogra*; sino que es muy cargante eso de vestirse de tiros largos, tenga usted ganas o no las tenga usted..., ir a ver a personas, que maldita la gracia que le hacen a una muchas veces..., a oír mil tonterías y tenerlas que decir... y que si el tiem-

po arriba, y que si el tiempo abajo, y que si patatín y que si patatán..., y «¿a dónde van ustedes tan pronto?», cuando lo que están deseando es perderla de vista a una para ciento y un día..., que si por algo me alegré el mes pasado de que se muriera doña Eduvigis, es porque ya no tendremos que ir a su casa el día de su santo, que empalmaba los resentimientos de un año con los del otro..., y ¡ojalá se muriera también doña Consuelo, la del Registrador, y nos quitábamos otro subsidio..., ¡Dios Padre me perdone!

Don José.—Pues mira: ahora que hablas de muertos: tampoco hemos dado el pésame a las de Fuencarral, y eso que te lo dije. ¿Vamos también mañana..., aunque ya es tardecillo, y quiere decir que con una pedrada matamos dos pájaros?

Doña Visitación.—Sí; si yo estoy conforme con todo lo que está en razón... Sino que ¡vamos a lo imprudente que es la gente, que no tiene en cuenta el que a una no le gusta visitar, y hoy se muere la una y mañana se casa la otra, y hoy esta que se va, y mañana la otra que viene..., y visita porque muda usted de casa, y visita porque tiene usted un niño..., que también estamos en deuda con Concha Luque, que se ha venido con dos

a la vejez...: no cabíamos en casa, y lo demás! De modo que, si vamos a matar pájaros, hazte cuenta que tenemos por delante una bandada que ni las de las grullas.

Don José.—Pues mira: quiere decir que estiraremos la pedrada de mañana lo que podamos, y quede el tajo por donde quede Empezaremos por don Aquilino, que está con la maleta hecha, como quien dice, y luego, para los del pueblo, más días hay que ollas.

Doña Visitación.—Pero lo más..... criminal de la cosa es que eso de las visitas hechas es pan para hoy y hambre para mañana: hace usted el arresto de pagarlas una por una, y al revolver de la esquina, como si tal cosa. ¡Antes de quince días se las han devuelto a usted, y otra vez está usted en deuda con todo bicho viviente, y caras largas a pasto, y bocas hocicudas por vitalicio, en cuanto a la media hora no ha salido usted nuevamente de saya y mantilla a dar la lata a domicilio y a que se la den a usted, que es lo peor.... Así es que, ya lo sabes: lo que es conmigo no cuentes tú para ir a casa de don Aquilino, ni a la de las de Fuencarral, ni a la de Concha Luque, ni.... ¡tate! ¡¡Otra que también debemos más de cuanto há, y que esa sí que es necesario hacerla, por encima del mundo:

la de las Lopas!! El hermano Canónigo, ahí desde el día de la Virgen, y nosotros sin haberle dado al pobre señor la enhorabuena por el nombramiento, y eso que nos valimos de él para lo de la licencia del oratorio..... ¡Cuando te digo que esto de las visitas es para desesperar a Job en el muladar!.....

Don José.—Pues mira: todos como nosotros, que no tenemos nada que ver con nadie, y que nos llega el verde a la barriga, en buena hora lo contemos. ¿Vamos a ponernos el mundo por montera, y que nos tome así el que quiera tomarnos, y el que no, que nos deje, como la carne de oveja, que el que la quiere la toma, y el que no la deja? Porque esto de tener que apechugar con lo que tanto a tí como a mí nos revienta la hiel en el cuerpo, cuando, si no fuera por las visitas, que mal rayo las parta, seríamos el matrimonio más feliz de la tierra..... ¡Vaya, que eso se corta aquí por lo sano de una vez! Y con que nos manden boca abajo el plato que nos mandan boca arriba nuestros conocimientos, estamos de la otra banda. ¡Pues ya se ve! ... ¡Pues ya se ve!... ¡Nada, no! Y lo que siento más en el mundo es las muchas....—¡o pocas, o las que sean, porque muchas, la verdad, no han sido!—visitas que hemos hecho. De aquí en adelante, el que quiera venir,

que venga cuando quiera, y el que no quiera venir, que nos eche la bendición hasta el Valle de Josafat, y tal día hizo un año.

Doña Visitación.—Tampoco puede ser eso, Pepe. Mientras se esté en el mundo hay que vivir en él.... Ve tú solo y excúsame.... Diles.....

Don José.—¡Eso es! Tú, libre y realenga de visitas, y yo hecho un andarín de Ceca en Meca, aquí me entro y de allí me salgo, haciendo más alegrías que no siento, y compartiendo penas, que maldito si me importan ni medio comino. Nada: no; lo que es yo solo, ni que lo pienses. En los matrimonios bien avenidos, la mujer junto al marido. O conmigo mañana, a visitar hasta.... a los Hércules de la Alameda, o a romper de una vez con esta absurda y perniciosa rutina, y caiga el que caiga.

Doña Visitación.— Bueno: iremos los dos.... Si yo no me opongo, así, resueltamente.... Pero convén conmigo en que es insoportable esto de hacer visitas.

Don José.—Convenido contigo en que es una desgracia como otra cualquiera; pero convén tú conmigo, a tu vez, en que a la fuerza ahorcan.

(TELÓN RÁPIDO).

ACTO II

Amplio y bien ventilado dormitorio matrimonial y cuarto de vestir al mismo tiempo. Al foro, cama de palo santo, entre dos mesillas de noche, de lo mismo, cobijada por rico dosel de damasco carmesí, un tanto desteñido, aunque no tanto, en verdad, como los complicados lambrequines. A la derecha del espectador y entre los huecos de dos balcones, un espejo de vestir, de luna biselada, y frente a éste un ropero, también de luna, ante el que habrá una silla, cuyo espaldar servirá de percha a un *chaquet*, mientras su asiento hará las veces de azafate a unos pantalones a rayas y un costoso chaleco de fantasía, amén de un camisón de lustrosa pechera, como de porcelana del Retiro. A los pies de la silla, un par de brodequines de charol, por demás puntiagudos; y por aquí, por allí y por acullá, sillas fuera de su sitio y ropas en desorden.

Al alzarse el telón, doña Visitación, vestida de punta en blanco, estará dada a todos los demonios, porque el «cuerpo» del vestido le está corto de talle por delante, según ella, cuando, en realidad de verdad, la prenda está en su sitio; sólo que la buena señora no quiere convencerse de que todo lo Luis XV, que es su talle por detrás, es por delante Imperio. Yo no encuentro otra manera más apropiada de decir que todos sus cinturones marcan una perfecta diagonal, de levante a poniente.

Tras quince o veinte tirones inútiles a la chaquetilla para que... no baje, porque no baja, se acercará al espejo de vestir a prenderse un hermoso velo de parches, complemento de su rico tocado, cuando entrará don José, en traje de casa, por detrás de un biombo que habrá a la izquierda.

ESCENA ÚNICA

DICHOS

Doña Visitación. (*Clavando en don José una mirada que equivaldrá a dos alfilerazos.*)—Hijo mío: ¡qué alma tiene!... ¡Pacho-

rra semejante!... Ahora aguarde usted a que te vistas, y salimos de casa a las ánimas de la noche.

Don José.—Pocos malos modos quiero yo: ¿te enteras?... Tras que uno hace el sacrificio de acompañarte, no falta más sino que tú vengas con exigencias y premuras. ¡Ni que fuéramos a recoger monedillas de cinco duros!

Doña Visitación.—¿Acompañarme tú a mí..., cuando yo soy quien va por los cabellos, *por mor tuyo*?

Don José.—¿Por los cabellos?

Al Rocío me llevan
Por los cabellos:
Madre de los Rocios
¡Tíradme de ellos!

¡Por los cabellos!

Doña Visitación.—¡Pepe! ¡Que me desnudo, y... se acaba este... *Vía crucis*, como el rosario de Espera! Tras que eres tú quien me arrastra, porque si no fuera por tí, estaría yo en mi corralón, echándoles de comer a mis gallinitas... ¡No, hijo mío! Aquí el acompañante soy yo, y nada más que yo, porque no digas que me echo fuera y te dejo en las astas del toro, o sea de visitas, ¡¡que mal rayo las parta!!... Sí; ¡rífete ahora! ¡Mira que

te...! ¡Anda: no seas más chinche! ¡Vístete ya!... Aquí lo tienes todo...

Don José.—¿*Chaquet* y todo cuento? Déjame de tonturas y de pamplinas. Sácame el terno a cuadros... ¡Ni que fuéramos de petición de novia!

Doña Visitación.—Lo que es de americana no vienes tú conmigo. ¡Eso para que te enteres! No voy a ir yo por esas calles como una reina, y tú, como un criado de confianza. Y, o me pongo yo de trapillo (y lo que toca yo no me ando desnudando y vistiendo otra vez), o te pones tú de *chaquet*, que es como corresponde, y como salen los caballeros de tu clase cuando acompañan a su señora. Conque ya lo sabes: o el *chaquet*, pero pronto ¡pero ya mismo! o ya está el velo guardado en la cómoda y el traje en la percha, y no vuelvo más a vestirme de visita, así venga a Atalaya el Padre Santo de Roma.

Don José.—¡Pocas bravatas a mí; pocas bravatas! ¿Te enteras?... Me lo pondré, porque... ¡Tate! ¿También los telescopios?

Doña Visitación.—¿Qué telescopios, ni qué niño muerto?

Don José.—Los brodequines de charol: que me hacen ver más estrellas que hay en la vía láctea. Esos sí que no me los pongo,

así viniera mi madre del otro mundo de hecho pensado a vérmelos puestos.

Doña Visitación.—¡Pepe! ¡Que me estás matando! ¡No me achicharres más la sangre de lo que la tengo! ¡Ponte las botas..., ponte las botas, y no me atormentes más!... ¿No tienes bastante con sacarme de mi casa y llevarme al suplicio, ¡mal hayan las visitas!..., y más gustosa iría yo a sacarme veinticinco muelas, que no a ver a tantísimo imprudente, que no se hacen cargo....; porque mayor cerrazón de mollera que la de la gente por ahí, yo no la he visto... y lo que es yo no salgo ya de casa, aunque me emplumen..., y ahora sí que me quito el velo... y se lo regalo a la que lo quiera de mis sobrinas, porque lo que toca yo, no vuelvo a salir de visita contigo, mientras el cuerpo me haga sombra..., y ojalá me hubiese plantado anoche, y me hubiese ahorrado ahora este sofocón, pero que «nunca es tarde si la dicha es buena»...

Don José.—(*Deteniéndola.*)—No, mujer; no te pongas así, que la cosa me parece que no es para tanto. ¿Que tú quieres que me ponga las botas de charol? Pues quiere decir que venciste, Galileo, una vez más..., y así estás tú de consentida y mal criada, que solamente yo, José... ¡de Arimatea! te aguar-

taría. Nada; verás qué pronto... (*Calzándose-selas*) ¡Ajajá!... Ahora la otra..., y «si tu mujer te dice que te tires de un tejado abajo, pídele a Dios que sea bajo»... ¡Y que no aprietan mucho!... Cuando te digo que quizás me las quite...

Doña Visitación.—Pero ¿cuándo se muere una, Dios eterno? (*Echando mano nuevamente a desprenderse la mantilla*).

Don José.—No, no; déjate puesta la mantilla. Me dejaré las botas y quiere decir que más que pasó el Señor por nosotros ..; pero yo te aseguro que lo que es el zapaterito este, ¡ese no me calza a mí más! ¡Y cuidado que se lo dije, y que se lo advertí! «¡Que no quiero esas puntas de palillos de dientes!» Y con efecto. ¡Y (*empezando a abrocharse la tirilla*) que no está muy estrecho este ojal, o muy dura con tanto almidón la pechera!... (*Pausa.*) Hazme el favor, mujer, de ponerme este botón condenado, que me he tirado a la hora esta veinticinco pellizcos, y me he puesto el pescuezo como el de San Bartolomé...

Doña Visitación.—(*Con tono didáctico*).—Pero tienes la mala costumbre, y dispensa que te lo diga, de no lavarte siquiera los dedos antes de abrocharte la tirilla, y la pones

hecha un *percol*. ¡Cuidado con... la carbonera, que has dejado el ojal! Te sacaré otra camisa.

Don José.—¡Ni que lo pienses, ni que lo sueñes!

Doña Visitación.—¡Pepe, por Dios! Que una corbata blanca sobre ese... revés de cazuela!...

Don José.—Pues me la pondré azul, o verde... o chocolate, o... ¡demonios coronados! ¡Lo que es yo, no me aireo!

Doña Visitación.—(Con el aire de *Neptuno en su celeberrimo «quos ego»*.)—¡Conque tú no te aireas!, ¿verdad? Pues mira: tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe. ¡Ahora sí que es cuando busca tú quien te acompañe, porque lo que toca yo no te soporto más chinchorrerías! Primero me tiraba de cabeza por el tajo de Ronda, que acompañarte ya. ¿Ves el velo? (*Quitándoselo*.) Pues ya, hasta que me lo pongan de mortaja...

Don José.—Aplaca, Señor, tu ira (*deteñiéndola para que no se despoje del velo*), tu justicia y tu rigor. Sácame la camisa y aunque sea una de fuerza, que por cosa, después de todo, de tan poca importancia, no quiero disgustar a... una buena moza.

Doña Visitación.—¿Yo sacarte otra cami-

sa?... ¿Otra camisa?... ¿Yo a tí?... Estás fresco si esperas semejante imposible. ¿Tú no has oído decir que en llegando a Flandes no hay más Flandes? Sácala tú con la peana del alma, que buenos remos tienes.

Don José.— Cuando quise, no quisiste
Y ahora, que quieres no quiero.

¿No es eso, prenda? Pues bueno: para demostrar una vez más a la señora Doña Visitación Aguado, que siempre se rompe aquí la sogá por su señor marido, y para que se persuada una vez más de que dicho señor no echa ni a echado nunca en saco roto lo de la Epístola de San Pablo: «El marido, por tener paz, muchas veces»—nada más que aquí es siempre:—«muchas veces, ceda de su derecho y autoridad», voy a sacar esa camisa de que se trata, y a ponérmela como si tal cosa...
(*Va a la cómoda, saca de un cajón una camisa y se la pone, sin quitarse la del litigio.*)

Doña Visitación.— Pero, ¿no te quitas la otra, criatura? ¿Te convences de que tienes los cascos montados al aire?...

Don José.— ¡Ay, verdad!... ¡Chorla como esta mía!... (*Se despoja de la primera y se viste la segunda*). Pero anda: abróchamela

tú, no volvamos a las andadas... (*Y Doña Visitación se la abrocha*)... ¡Ajajá! Dios te lo pague.

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido.

Alárgame esos tirantes, mujer, los favores se hacen por completo. (*Los recibe, en efecto, de manos de la cuellivuelta señora, y se los pones con más o menos trabajo...*) ¡Cómo no habías tú de sacar a relucir el chaquito de fantasía!... ¡Y que está muy bonito (*poniéndoselo*) un viejo dándola de petimetre!... Ajústame esa correilla: haz el favor... (*Y Doña Visitación lo hace, aunque con los peores modos...*) No, mujer; no me aprietes tanto. Suelta como un par de dedos... ¡Ajajá!... Ea: ahora el *chaquet*, y aquí no ha pasado nada... ¿Su chorreón de esencia y todo en el pañuelo?... ¡Cuando te digo yo que eres una mujer, que si yo fuera otro me estaría mirando en ella!... ¿Se le debe a usted algo, señora?... ¿Con quién estoy hablando yo? (*Va hacia ella en actitud amenazadora, y le toma la cara.*)

Doña Visitación.—¡Quítate de aquí, chocante! No te puedo ni ver, y vienes ahora con morisquetas. Anda ya para la calle, y

despídete, para mientras vivas de visitas conmigo. (*Al ver que don José le ofrece el brazo para salir de la habitación.*) No me andes con tonterías, no me andes con tonterías. ¡No te doy el brazo, ea! En la calle, porque no diga la gente. Pero aquí..., un abanicazo en mitad de la cara en cuanto no te estés quieto. ¡Qué bonito está un vejancón con ganas de retozo! ¡Nada, no! El rato que me has hecho pasar tú esta tarde, ese no me lo borras tú a mí ni con la sepultura.

Don José—Aunque vayas y te bañes
En el golfo de León,
No se te quita la mancha.
Que de mí se te pegó.

¡Y que gastara uno un dineral en casarse, para estos desengaños!... (*Vanse por la derecha.*)

(TELÓN PAUSADO.)

ACTO III

Calle de una vetusta ciudad de Andalucía, por el estilo de las que pinta García y Rodríguez, con su fuente mural adosada a la tapia del jardín de un caserón con honores de palacio y su devoto retablo de azulejos en una esquina. Casas con azoteas o con tejados, éstos con jaramagos por castigo, y aquellas coronadas de macetas; balconajes trocados en floridos jardines, ventanas y ventanucos; un mirador aquí, y acullá un campanario; allí una chimenea y enfrente un palomar, y por encima de todo, un cielo que se ríe y un aura que acaricia. La calle, que no pecará de ancha, pecará hasta mortalmente, si a mano viene, de accidentada. Al alzarse el telón, aparecerá revolviendo una esquina el matrimonio, agarrados del brazo, como si estuvieran en la luna de miel.

Es por la tarde.

ESCENA UNICA

DICHOS

Doña Visitación.--¡Que me estás asesinando con cuchillo de palo, José!... ¡Que el... camino del suplicio que me estás haciendo pasar desde que salimos de casa—¡tonta, tonta yo, que salí conociéndote!—le dice «quítate allá y échate a un lado» a la mismísima calle de la Amargura!... ¡Que es mucho chinchorro meterte en todo, y ahora, para remate de *miserere*, meterte en si me suenan o no las enaguas blancas! ¿Las he almidonado yo por si acaso?... Lo que tiene es que tú te has propuesto que no acabemos la fiesta en paz y lo vas a conseguir.

Don José.—Como que cosa más ordinaria que ese *frú-frú* del almidón, no se ha visto: y tú, que debías saberlo, y no de ahora, sino de siempre, bien podías haberte puesto otras.

Doña Visitación.—¡Qué bonito está un hombre cazolón!

Don José.—¡Que sea esta la última vez que se te escapa esa palabra! ¿Estás?

Doña Visitación.—No me des tú motivo y no se me escapará. ¡Mire usted que meterse en si suenan las enaguas blancas!...

Don José.—¡Me meto en lo que me importa y en lo que debo meterme!

Doña Visitación.—¡En los charcos de la calle, con tal de meterte en lo que no te va, ni te viene, ni te importa!

Don José.—¿Sabes tú que te noto esta tarde mucho más lenguaraz que lo de costumbre?... ¿Es que mi docilidad en acompañarte a tus visitas... ¡indecentes! la has llegado a interpretar como debilidad de carácter y juanlanerías?... ¡Pues muy pronto me planto yo, y tiro los treinta dineros, y armo la de Dios es Cristo, y ¡verás tú entonces un gato mondar habas...! ¡Pues no está esta mujer hecha un basilisco, rabiando desde que nos comenzamos a vestirl... Si tantas ganas atrasadas

tenías de visitas, ¿por qué no me lo propusiste, desde hace mes y medio?... Otra doña Candelaria tenemos aquí en cuerpo y alma. ¡Otra madre, que Dios tenga en la gloria, y que se murió con la mantilla puesta y el tarjetero en la mano!... ¡Si nadie debe dejar de morirse por la falta que haga!... Nada: de aquí en adelante, ya se sabe: todas las tardes, en cuantito se acabe de comer, de visita por ahí, hasta a los muertos del cementerio. Es el modo de que ese humor de ortigas se le apacigüe, y ese genio de vinagre de yema se le haga de azúcar cande. ¡Pues no parece que destetaron a esta mujer con leche de rabiacanas!... ¡Cuidado cómo se ha puesto por la simpleza del ruido de matraca de Viernes Santo que arman las enaguas blancas!

Doña Visitación.—Bueno: ¿has acabado ya?

Don José.—¡Acabar!... ¡Cuando me entierren! ¡Es mucha la bilis que me has hecho tú tragar en toda tu vida con tus exabruptos, y ahora que ha caído el borrico, bueno es darle los palos. Me tienes, hasta los pelos: para que te enteres. Pero hasta los pelos de la chistera; con que ya tú ves. Lo que tiene es que uno calla y aguanta, y de ahí que tú te envalentones y me armes una chirrichomba

por el negro de una uña. Y eso de sacarme a mí de mis casillas, y traerme y llevame como pandereta de brujas y como palillo de barquillero, a visitar a... a quien odio: porque, para que te enteres, yo odio a la humanidad, ¡y a tí la primera!... Ahora bien: que no es nada más que en las visitas; pues después se me pasa y soy incapaz hasta de matar un mosquito, y si no, tú lo sabes: en mi vida he hecho a nadie el menor mal, sino por el contrario, todo el bien que he podido, y si no fueras tú tan cicatera como eres, mucho más haría, y lo que es a las Conferencias de San Vicente, es cosa que les daría hasta la fábrica, porque sí, señor; hacen mucho bien, y en los corrales y casas de vecinos es donde se ven las necesidades de los pobres: que se le parte a uno el corazón de ver cómo están muchos infelices, sin cama, sin ropas, sin pan, sin medicinas..., bueno: ¿qué estaba yo diciendo?.. ¡Ah, ya, sí! Que aborrezco a la humanidad, y a tí la primera..., y hártate hoy, hasta que te lo tientes, de decir tonterías y de oír sandeces y bobadas: y «¿cómo están ustedes?», y «bien: ¿ustedes?», y «¡no: por el amor de Dios, ahí no; en el sofá: ¡tuviera que ver!», y «parece mentira: tanto tiempo sin vernos», y que si «descastadísimos», y que si «orgullosos», y

que si patatín y que si patatán. ., y que si «¿han visto ustedes qué calores?».. , y que si «no son naturales»... Ya lo creo: ¡cómo han de ser naturales! Pues ¿y cuando me empiezan ustedes con las macetas, que si «preciosa», que si «bonita»..., «que si me hice de un cogollito», que si «lo sembré», que si «agarró», que si «me lo tronchó la criada», que si «se me secó»... Y a propósito de criadas: que si «a la de cuerpo de casa, que tenemos ahora, no le gusta nada más que componerse»..., que si «la cocinera es tan estúpida»..., que si la otra que ténamos antes sisaba tanto más cuanto»..., que si la lavandera, que si la planchadora... Y a todo esto, aguante usted la mecha, y calle usted y trague usted saliva, y entreténgase usted en mirar las cornucopias o en contar los retratos de encima de las jugueteras, y luego no contradiga usted, cuando vengan los predicadores en la Cuaresma poniendo a Job por las nubes, y su paciencia por encima de los cuernos de la luna. ¿Vaya que a Job no le tocó una mujer como tú, sin prudencia y sin hacerse cargo de las cosas, que lo cogiera desde por la mañana hasta por la noche, todos los días del almanaque, y lo llevara aquí me entro y de allí me salgo, y «¿cómo está usted?» «Yo, bien: ¿y usted?».

así sucesivamente? ¡Ya lo creo que no! ¡Como que esa corona estaba reservada para mí! Por más que después de todo, nadie más que yo tiene la culpa, que me casé contigo, siendo hija de tu madre, visitera hasta... en la Jerusalén celestial si está en ella, que si estará, porque buena lo era, y, a excepción de lo aficionada a las visitas, en fin, sin tacha; pero, amigo, en tocándole la tarara a visitar, hasta su misma hija se quedaba en pañales. ¡Y cuidado que su hija es que se reíame de gusto de ir aunque sea a casa de Periquillo el de los palotes, y «hola, doña Visitación!» «¡Hola, doña Rupertal!» Y «¿cómo está usted?» «Yo bien, gracias; ¿y usted?» «¿Y don José?» «Nada, nada, al gabinete; que esto está muy revuelto..., y ¡al sofá!, y...» ¡Cuando te digo yo, que esto no te lo toleraba ni tu padre, que con haber tolerado a tu madre se dice todo!

Doña Visitación. (Con una dulzura que no espera su marido.)— Bueno, hombre, bueno: ¿has acabado ya?

Don José.— Aunque se me queda mucho en el tintero, hazte cuenta de que sí señora; ea: he acabado ya.

Doña Visitación.— Pues bueno: gracias a Dios que mejora sus horas. ¿Tú ves ese

Santo Cristo (*señalando al del retablo de azulejos que hay en la esquina*) que está en ese nicho, bendita sea su sagrada vida, pasión y muerte?

Don José.—Sí que la veo; ¿y qué?

Doña Visitación.—Nada, hombre, nada; sino que ni Él pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí. Y, pues tanto te he molestado hasta ahora con las visitas, y pues he sido tan tirana contigo haciéndotelas hacer, desde este punto y hora es cuando les echo yo la bendición para ciento y un días. Vete tú adonde quieras, que yo me voy para casa, y no me tiro al río de cabeza, porque todavía soy cristiana y creo en Dios.

Don José. (*Desconcertado por la resolución de su consorte.*)—Pero, mujer: ¡por los clavos de Cristo!

Doña Visitación. (*Con suprema dignidad de reina ofendida.*)—Bastante hemos hablado.

Don José.—¡Siquiera a don Aquilino, que nos ha estado viendo desde el balcón, y se ha metido dentro, quizá, a abrir la cancela!

Doña Visitación.—Primero a... los protestantes, que a más visitas, y visitas contigo.

Don José.—¡Es que te lo mando yo! (*Con mucho énfasis.*)

Doña Visitación. (*Con un desprecio que raya en el insulto.*)—Como si lo mandara un perro muerto.

Don José.—¿Conque así?

Doña Visitación.—Pero asinita.

Don José. (*Sacando el Cristo, como suele decirse.*)—Visitación, mujer, ¡por Dios y por su Madre!... ¡Anda, perdóname! Siquiera a don Aquilino, por lo que tú más quieras en el mundo... ¡Siquiera por... los brodequines de charol que me he puesto por tí, y que me han tenido toda la tarde en un potro!... ¿En un potro he dicho? He dicho mal: que me han tenido y me tienen en ¡¡una remonta!... Mira, Visitación, que yo he estado loco con el malditísimo del juanete, y no he sabido ni lo que he dicho ¡Anda, mujer!...

Doña Visitación.—Entra tú solo, si te da la gana, pues lo que es yo me las toco.

Don José.—Pues entonces... ¡Yo también! (*Y dando media vuelta, hacen mutis cada cual por su lado, no sin que don José gire la vista por toda la escena a ver si alguien los ve; y al persuadirse de que no, tire el sombrero de copa,*

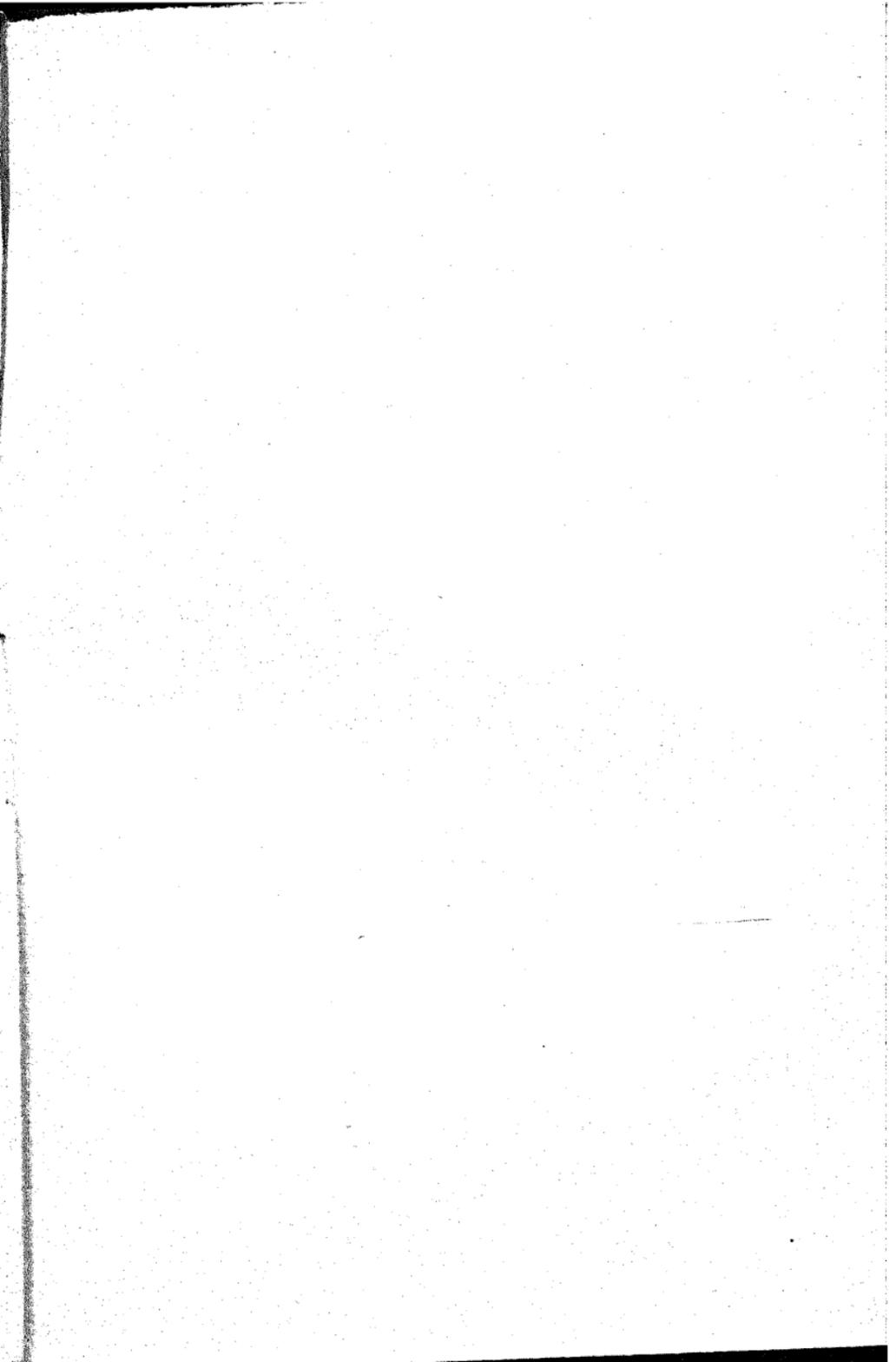
lleno de cólera y rabia, como el moro Tarfe, exclamando con entonación trágica, mientras cae el telón):

¡Malditas sean las visitas!

EPÍLOGO

Y lo más peregrino de este drama histórico, es que es rigurosamente tal, y que con ligeras variantes en el diálogo, ha tenido tantas representaciones, como trimestres de casados llevan los personajes. ¡Cuando se enteren!...



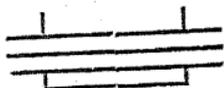


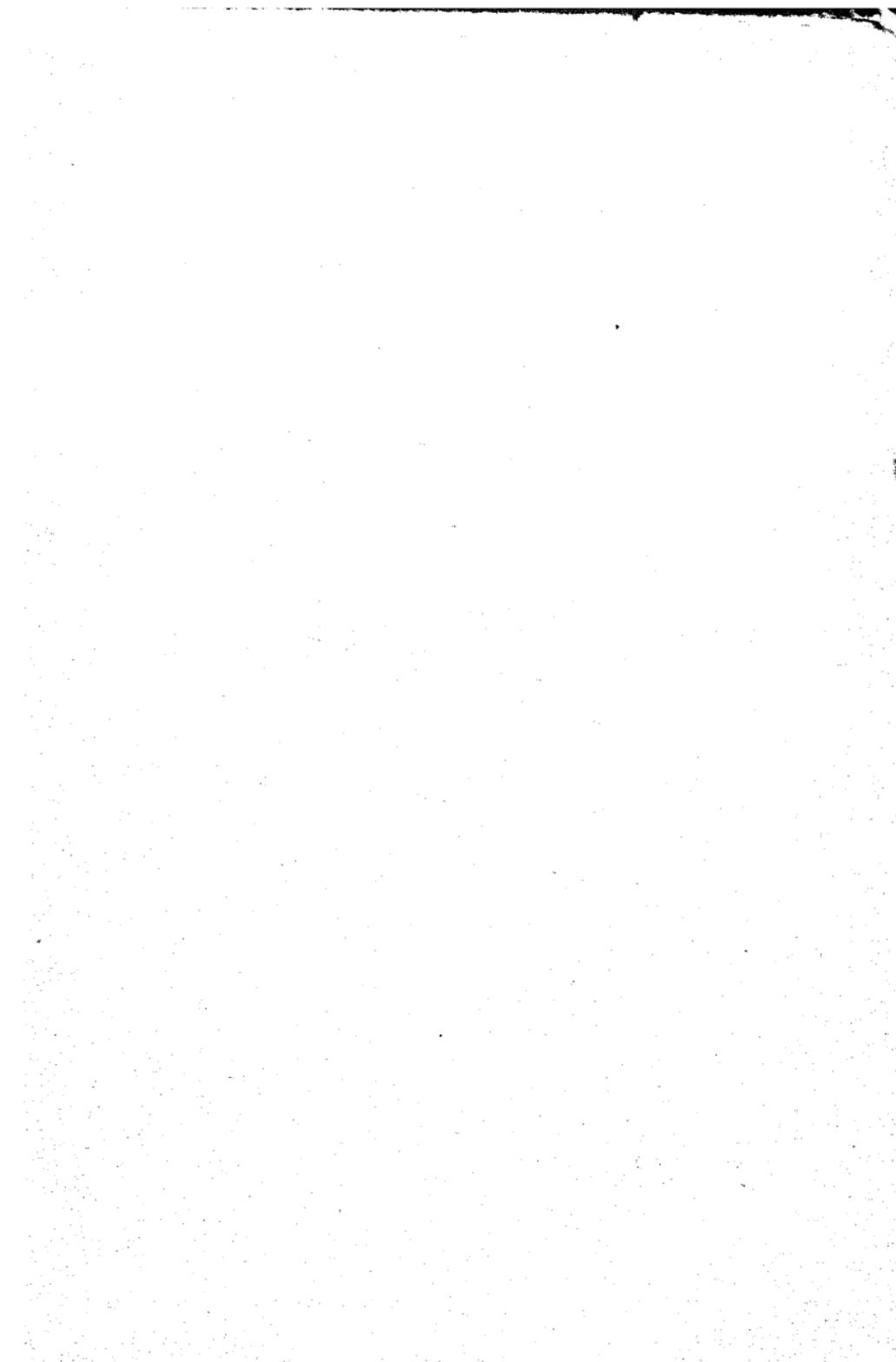
ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria al Excmo. y Rvmo. Sr. D. Enrique Almaraz y Santos, Arzobispo de Sevilla.	5
Criptografía.	7
Haz bien.	21
El Rocío.	33
Si Dios quiere.— <i>Tragedia en un acto</i>	59
Una parábola casi evangélica	68
Sufragios.— <i>Drama en un acto</i>	76
Angelitos al cielo.— <i>Cuento andaluz</i>	87
¡Había providencia!—(<i>Dicen que histórico</i>)	97
«Petitio Decentium».—(<i>Histórico</i>).	108
La Madre Alegría.— <i>Trozo de historia</i>	118
Los zapatos de Paquillo.— <i>Cuento de Reyes</i>	124
La promesa.— <i>Cuento sevillano</i>	134
Cuadro de Navidad.	147
Un carácter	157
Buenas palabras.— <i>Cuento popular</i>	166
Misterio de redención.— <i>Cuento</i>	178
Venite ad me omnes.— <i>Cuento de Navidad</i>	188
La Cruz de Mayo	198

La ratoncita del lazo.— <i>Cuento infantil</i>	204
Resignación	214
De ultratumba.— <i>Cuento de Noviembre</i>	219
Juicio particular	227
Escultor desconocido—(<i>Sucedido</i>)	238
El demonio inapetente	247
Fiesta onomástica.— <i>Del natural</i>	256
«Suum quisque»	265
Concurso de acreedores	277
De visitas.— <i>Drama histórico</i>	288





OBRAS DEL AUTOR

- ORO DE LEY, 4 *ptas.*
MANSEDUMBRE, 4 *ptas.*
PACO GÓNGORA, 4 *ptas.*
LA MILLONA, 4 *ptas.*
JAVIER DE MIRANDA, 4 *ptas.*
JUEGOS FLORALES, 4 *ptas.*
TEMPLE DE ACERO, 4 *ptas.*
DELICIAS VERANIEGAS, 4 *ptas.*
EL BUEN PAÑO..., 4 *ptas.*
COMO ME LO CONTARON..., 4 *ptas.*
VIVIDOS Y CONTADOS, 4 *ptas.*
JUSTA Y RUFINA, 3 *ptas.*
DE GUANTE BLANCO, 3 *ptas.*
EN EL CIELO DE LA TIERRA, 3 *ptas.*
CRUZ Y CLAVELES, 3 *ptas.*
HISTORIA CONTEMPORANEA, 3 *ptas.*
EL NIÑO DE NAZARET, 2 *ptas.*
JESUCRISTO Y LA BELLEZA, 2 *ptas.*
MEDIA PAVA, 1 *pta.*
EXPOSICIÓN DE MUÑECAS, 1 *pta.*
AMOR POSTAL, 1 *pta.*
LA BLANCA PALOMA, 1 *pta.*
LUCHA DE HUMOS, 1 *pta.*
EL SANTO CRISTO DE LIMPIAS, 1 *pta.*
GÜENAVENTURAS, 1 *pta.*

blica retractación, edificando a todos y ganándolos a todos, porque es sincera.

Y—¡Señores!: es semenesté que este hombre güerva a la hermandá—exclamó uno de los caporales, esgrimiendo la vara de mando y haciendo más pucheros que en todas las alfarerías de Triana.

—¡Que güerva! ¡que se armita!—empezó a decir el compacto gentío con voz como de muchas aguas...

—¡Armitío! --dijo por fin el Hermano Mayor, dando un abrazo de hermano al Tuerto Pollo, que antes de diez minutos volvía vestido ya de nazareno, como el pródigo, de la estola que le hizo vestir su padre para el banquete con que celebró su vuelta.

Misterio de redención: ¡una saeta!



«VENITE AD ME OMNES»

(CUENTO DE NAVIDAD)

El guardia civil que pegado a la tabla del nacimiento con un goterón de cola había puesto Pepito a la entrada del portal de Belén para que diera guardia de honor a la Sagrada Familia y mantuviera el orden, era un muñeco muy propenso al abuso. Se le daba el pie, y se tomaba la mano.

Habiendo visto venir de la ciudad de Jerusalén, por la cuesta que serpenteaba entre riscos de corcho con escarcha de cristal machacado, y en derechura al puente de cartón nada menos que los tres santos Reyes, con su séquito de pajes vestidos de sotas y de palafreneros que sostenían las riendas de los engualdrapados dromedarios con cuello de girafa, sintió que se le alegraban las pajarillas con tanta grandeza, y, soñando el muy ambicioso con un ascenso o con una cruz pensionada, a fin de congraciarse con los regios